

COMPENDIO

DE LA

DOCTRINA DE HIPÓCRATES,

Ó ANALISIS RAZONADA

DE SUS MAS PRINCIPALES É IMPORTANTES
TRATADOS:

Sacado de la historia filosófica de la Medicina del Doctor Tourtelle, catedrático de Strasburgo:

TRADUCIDO

POR DON FRANCISCO BONAFON,

MÉDICO TITULAR DE GETAFE.



MADRID:

Imprenta de D. LEON AMARITA

1828.

AL ILUSTRE

Gremio y Claustro de Medicina

DE LA

Universidad de Valencia,

glorioso defensor en todos tiempos

DE LA DOCTRINA DE HYPOCRATES

Y CELOSO PROPAGADOR

DE SUS SÁBIAS MÁXIMAS;

EN TESTIMONIO PUBLICO

DE LA GRATITUD Y ETERNO RECONOCIMIENTO

del menor de sus Discipulos,

QUE SE GLORIAMÁ SIEMPRE DE HABER

PERTENECIDO Á TAN CÉLEBRE ESCUELA:

Francisco Bonafon.

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR ESPAÑOL.

La presente obra ha sido sacada de la *Historia filosófica de la Medicina* del Dr. Tourtelle, que es sin disputa la mas completa é instructiva que se ha publicado, porque este sabio escritor ha sabido evitar los errores y defectos en que incurrieron sus predecesores. Muchos de ellos, conocidos por su talento y vasta erudicion, trabajaron sin gusto y discernimiento, y mas bien como compiladores, que como críticos que juzgan, dándonos las ideas de los demas sin pensar ellos por sí. El simple conocimiento de lo que otros han propuesto es estéril, é infructuoso, ofusca en vez de ilustrar, y aun algunas veces des-

alienta; porque ¿de qué sirve ostentar las doctrinas de Hipócrates, de Galeno y de Boerhave, si no se sabe lo bueno y malo que contienen? Es necesario, dice el padre de la Medicina, contemplar con ojos críticos los progresos de las artes y de las ciencias, y averiguar con sumo cuidado por qué ciertos planes y experimentos han salido falsos, cuando debían tener felices resultados; y por qué otros han sido felices cuando no debían serlo. Otros escritores se han complacido en seguir los sucesos de la vida particular de los médicos, y en recoger todo lo que les aconteció. Algunos se han atenido sobradamente á la cronología, y los mas apenas se han detenido á hablar de los médicos célebres por sus opiniones, siendo difusos con otros casi desconocidos.

Todos estos defectos ha procu-

rado evitar el Dr. Tourtelle, esponiendo con estilo elegante y conciso los progresos del arte de curar, fijando las épocas de los descubrimientos útiles, indicando los remedios nuevos, como tambien el modo de administrarlos, citando los médicos mas recomendables por su talento, y sobre todo, analizando sus escritos, y dando su dictamen con juiciosa crítica acerca de su mérito. Por lo dicho se vendrá en conocimiento de la razon que tuvo para dar á su Historia el nombre de *filosófica*, porque no se reduce á la simple enumeracion de los médicos que han existido, ni á la estéril nomenclatura de sus escritos, sino que se propuso examinarlos con sumo cuidado, esponiendo con claridad y exactitud todos los sistemas, y haciendo ver los daños y perjuicios que han causado á la humanidad.

Por lo mismo se detiene con suma complacencia á analizar los escritos de los médicos observadores de la naturaleza, que son los únicos que pueden contribuir á dilatar los límites del arte; y como entre todos ellos merece el primer lugar el inmortal Hipócrates, se ha complacido tanto en esponer sus máximas y doctrinas, que con razon puede mirarse este artículo de su historia como un compendio de la medicina Hipocrática, ó como una análisis razonada de los mas principales y útiles tratados que escribió el padre de la Medicina. Algunos de ellos le han parecido tan importantes y trascendentales, que los ha traducido literalmente, persuadido de que este era el único medio para propagar unas ideas tan sublimes como fecundas en resultados prácticos.

Convencido de estas verdades,

me propuse traducir este artículo de su obra, creyendo que no podría menos de ser útil á los profesores del arte de curar, que tendrán reunidos en un corto volumen las principales máximas de Hipócrates, y lo mas selecto de quanto escribió este hombre incomparable. Siendo muy pocos los facultativos que puedan leer con fruto sus obras originales, y presentando las traducciones latinas muchas dificultades por los grecismos de que abundan, no podrá menos de ser sumamente útil la traduccion española á la mayor parte de profesores. He puesto sumo cuidado en que saliese exacta y desembarazada; pero como son tantas y tan varias las materias de que se trata, no seria extraño que se hubiesen deslizado algunos errores y equivocaciones, porque es muy difícil acertar con la verdadera inteli-

gencia del autor. Por tanto agradeceré infinito las correcciones que los médicos ilustrados pudieren hacer, y las advertencias que tuvieren á bien dirigirme.



HIPÓCRATES.

La Medicina, como queda dicho, llegó á ser entre los griegos patrimonio de la filosofía, formando la principal ocupacion de aquellos que cultivaban la sabiduría. Esto se verificó hácia la sexagésima olimpiada, que venia á caer en el año décimo del siglo XXXV del mundo. Pero Hipócrates, que nació en la isla de Coos, una de las del Archipiélago, el año primero de la octogésima olimpiada, hácia fines del siglo XXXV, el año de Roma 318, cerca de 30 años antes de la guerra del Peloponeso, y 432 antes de Jesucristo, separó la Medicina de la filosofía, y solo conservó de esta, que habia cultivado con esmero, lo necesario para el ejercicio de la primera, uniendo tambien

con una sabiduría profunda el raciocinio á la esperiencia.

Hipócrates era el segundo de este nombre y el décimo octavo descendiente de Esculapio, ó de la familia de los Asclepiadas *Nebridas*, esto es, de *Nebro*, que se hizo famoso en la Medicina. Era nieto de Hipócrates primero, é hijo de Heráclito, y descendiente de Hércules por su madre Pheranetes ó Praxis-tea. Vivió mucho tiempo; algunos creen que 86 años, y otros que llegó á 109. Murió en Larisa, ciudad de Thesalia, y fue inhumado entre esta ciudad y Girtona, y aun en el dia se ve su sepulcro.

No solo aprendió Hipócrates la Medicina de su padre, sino que fue tambien discípulo de Heródico y del sofista Gorgias, que era hermano de este. Fue el primero que dió reglas claras acerca de la naturaleza y curacion de las enfermedades (1). Los médicos dogmáti-

(1) *Primus Hipocr. medendi præcepta clarissime condidit. Plinio; lib. 26, cap. 2.*

cos y observadores de la naturaleza le reconocen por gefe y le tributan el reconocimiento y admiracion que justamente merecen los divinos escritos de este grande hombre.

Hipócrates consultó siempre la naturaleza, descubrió con frecuencia sus misterios, y algunas veces le arrebató sus secretos: cometió á la verdad algunos errores que no pudo evitar con toda su sagacidad; pero en algún modo se justificó de ellos, y aun los ennobleció en cierta manera, por la ingenuidad con que los confesó, y mucho mas por el poderoso motivo que le determinó á ello, cual fue el de precaver semejantes defectos. Fue buen ciudadano, filósofo, sin despreciar por tanto á los hombres, y religioso sin supersticion. Todas las reflexiones de este hombre célebre estan respirando candor, honestidad, justicia, desinterés y amor al orden. «No busqueis, dice á los médicos, el fausto ni la opulencia; curad gratuitamente por sola la estimacion

« y el reconocimiento; socorred, cuando
 « se presentare la ocasion, al indigente
 « y al extranjero; y si amais á los hom-
 « bres, no podreis menos de amar á
 « vuestro arte. Si se os consulta alguna
 « enfermedad, no useis de grandes pa-
 « labrones, ni de discursos estudiados y
 « pomposos; porque ninguna cosa des-
 « cubre mas la incapacidad, y es imitar
 « el vano zumbido del moscardon. En
 « las enfermedades que permiten la elec-
 « cion de muchos medios curativos, el
 « hombre ilustrado que no desea impo-
 « ner, elige el mas cómodo y sencillo.»

Todos sus escritos abundan de semejantes máximas. Hipócrates estaba muy distante de tener de sí mismo aquella buena opinion que tienen de sí propios la mayor parte de médicos de nuestros tiempos, y no miraba como cosa ruborosa el confesar sus faltas, y la historia de los enfermos que habian muerto en sus manos. En el libro quinto de las epidemias refiere, que habiendo sido llamado para curar á Autonomo,

que habia recibido un golpe en la cabeza, tomó la fractura por una de las suturas, y por tanto no quiso trepanarle; pero el enfermo sintió al dia siguiente un dolor violento en el lado, y tuvo convulsiones en el brazo. Conoció Hipócrates su error, y le trepanó, pero en vano; era ya el dia quince de la enfermedad de Autonomo, era tiempo de verano, y no pudo menos de morir. De cuarenta enfermos, cuyas historias refiere en el 1.º y 3.º libro de las epidemias, solo escaparon diez y siete; todos los demas murieron. En estas confesiones se ve, como dice muy bien Quintiliano, el caracter de honradez y de ingenuidad de que solo son capaces las grandes almas.

No solo fraguó Hipócrates el camino médico, sino que limpió tambien los campos de la filosofía, llenos todavía de espinas y de malas yerbas, á pesar de los cuidados de Pitágoras, de Empedocles, etc. En sus escritos bebieron todos sus luces, y aun sus opiniones el divino

Platon y el sabio Aristóteles. Hipócrates admitia un principio universal, á quien daba el nombre de *Naturaleza*, cuyo poder es inmenso, y que es superior á todas las cosas (1). «La naturaleza, dice, «es por sí sola suficiente en los anima- «les para todo, y suple en ellos por «todo. Sabe todo lo que necesita, sin «necesidad de que nadie la enseñe, y «sin haberlo aprendido de nadie.» Consideraba la naturaleza como un ser inteligente que obra y gobierna con designio, y por un plan determinado. La daba facultades, que eran sus ministros. «Hay, dice, una facultad, y aun mas «de una: por ella se efectúa todo en los «cuerpos de los animales, y se distri- «buyen la sangre, los espíritus y el ca- «lor por todas las partes, las cuales por

(1) *Lib. II. de alimentis.* La palabra naturaleza ha sido empleada por Hipócrates en diversos sentidos: algunas veces entiende por ella la constitucion particular de cada ser. Este libro es uno de los que todos convienen en que es genuino de Hipócrates.

«este medio viven y sienten... La facultad nutre y da incremento á todo.»

La naturaleza atrae con sus facultades todo lo que conviene á cada especie, y *retiene, prepara y muda*, del mismo modo que *arroja* todo lo supérfluo y dañoso, despues de haberlo separado de lo útil. Hé aqui toda la teoría de la nutricion y de las secreciones, que son funciones que pertenecen realmente á la sensibilidad, y que se ejecutan por medio de la que es propia de cada órgano: teoría renovada en nuestros dias, y demostrada con el último grado de evidencia por el inmortal Borden. Cada parte atrae los jugos que le acomodan, y la nutricion no se hace por una simple *juxta-posicion* de las moléculas nutritivas, sino por una verdadera accion que ejerce la sensibilidad de la parte sobre estas moléculas. *Carnes enim attrahunt... corpus à cujusvis generis ingestis sibi quod confert assumit, et unaquæque corporis pars de singulis cibis.* El cuerpo humano no es, segun él, mas

que un órgano, aunque dividido en muchos, que tiene cada uno de ellos sus funciones propias. Todos están unidos por una estrecha correspondencia, y tienen un mútuo consentimiento en las afecciones que experimentan: *Conspiratio una, confluxio una, consentientia omnia*. Se ve igualmente al leer sus escritos que conoció el sistema de los poros, pues dice: *Spirabile est totum corpus, tam foras, quam intrò, ipsis etiam sensibus*: y aun la circulación, de cuyo descubrimiento se le ha hecho el honor á Harveo, no le era enteramente desconocida, como lo probaré en su lugar. Traslució aquella verdad que es la basa de todos los conocimientos fisiológicos y patológicos; á saber, que la sensibilidad es la que vivifica todas las partes, y la que determina por su impulso sus acciones: *Animantur animalium omnes partes*. Dió á este primer móvil el nombre de *ενορμωσις*, *impetum faciens*; es decir, lo que da la fuerza al cuerpo. Su principal foco está colocado en el centro del

cuerpo, *penitissime ad intima obscuratur*; de donde envia sus irradiaciones á las partes mas remotas. Esta doctrina, que adoptó Vanhelmont, ha sido despues esplanada por el ilustre Stahl, y ha servido de fundamento á su teoría.

Tales son los principales fundamentos de la doctrina de Hipócrates: lo que llama *naturaleza*, es el principio de las acciones que se ejercen en el cuerpo, y la compara al calor. «Lo que llamamos, dice el padre de la medicina, *calor ó cálido*, me parece que tiene algo de *inmortal*, que lo entiende todo, y que ve y conoce tanto lo presente como lo futuro (1).»

En otra parte dice (2): *Ignis autem ex commiso ac moto humore corpus secundum naturam ordinat ac disponit. Ignis igitur penitissime ad intima obturatus, ibi plurimus est, et maximum exitum facit.... In summa ignis omnia*

(1) *Lib. de carnibus.*

(2) *Lib. de diæta.*

*quæ in corpore sunt, secundum suum ipsius modum exornavit ad universi-
mutationem, parva ad magna, magna
ad parva; in hoc anima, mens, pru-
dentia, augmentum motûs, imminutio,
permutatio, somnus et vigilia. Hic om-
nia per omnia gubernat, et hæc, et illa
nunquam quiescens. Sin embargo, dice
tambien en otra parte del mismo libro:
Irrepit in hominem anima, ignis et aquæ
temperamentum habens: lo cual designa
la union de las cualidades del fuego y
del agua.*

HERACLITO Y THALÉS.

Por estos testos se ve que Hipócrates tomó en parte de Heráclito (que era de Efeso, y vivia en el principio del siglo XXXVI del mundo, casi al mismo tiempo que Pitágoras), y en parte de Thalés de Mileto (uno de los siete sabios de Grecia, gefe de la secta jónica, y que vivia 640 años antes de Cristo) su sistema acerca de la naturaleza. El

primero miraba el fuego como principio de todas las cosas. Segun este filósofo, el fuego dió origen al mundo que es finito, y el mismo lo destruirá algun dia. No solo vivifica el fuego con sus emanaciones todos los cuerpos orgánicos, sino que tambien depende todo de sus varias mutaciones, segun que está condensado ó enrarecido. El condensado se transmuta en humedad, y adquiriendo un cierto grado de consistencia, se convierte en agua. Reuniéndose mas el enrarecido, se convierte en tierra; y recíprocamente, la tierra fluidificada se convierte en agua, la cual da origen á todas las demas cosas con los vapores que se desprenden del mar y de la tierra: las unas son claras, puras, y alimentan el fuego; y las otras tenebrosas, y sirven para nutrimento del agua. El alma es un fuego mas ó menos ardiente, que segun su grado de calor, hace á los hombres mas ó menos ingeniosos é ilustrados, y mas ó menos sabios y virtuosos. Las almas de los filóso-

sofos debian de ser, segun él, tan ardientes como la llama de una fragua de tres fuelles, al paso que las de los ignorantes se parecen á los fuegos de paja que apenas tienen accion sobre el cuerpo. Segun esto, la ciencia, la prudencia y todas las virtudes dependen de un cierto grado de calor.

Thalés, por el contrario, enseñaba que el agua era el principio de todas las cosas; que era susceptible de tomar todas las formas posibles, y que tenia disposicion para recibir todas las especies de metamórfosis. Hay fundamento para creer que deseando este sabio remontar á los primeros principios de los seres, solo se valió del testimonio de sus sentidos. Llegó á percibir que el agua es el alimento universal de los vegetales y de los animales, y que sin ella todo perece. Habian sin duda conjeturado tambien que todos los cuerpos habian sido fluidos en su principio, aun los diamantes, los cristales, los metales, las piedras, en una palabra, los minerales.

Ademas Thalés habia estado mucho tiempo en Egipto, donde se creia que todo habia principiado por una pasta mole ó legamosa, y aun la misma agua era alli adorada como una de las mayores divinidades: hé aqui por qué los antiguos poetas afirmaron que Venus, que es la diosa de la generacion y el alma de todo lo ánimado, habia nacido del mar.

Algunos químicos de los siglos pasados han intentado resucitar en algun modo el principio universal de Thalés, y entre otros, David Vanderbeck y Vanhelmont. El fundamento de su doctrina apoya en que el agua se convierte en tierra, porque despues de la destilacion de este fluido se encuentra siempre una cierta porcion de ella; pero en el dia está ya demostrado que esta tierra solo proviene de la accion combinada del agua y del calórico, que la disuelve de los vasos destilatorios, pero que no es de modo alguno efecto de una metamórfosis.

Thalés pretendia que el alma estaba

compuesta de partes desunidas y sutiles, que estaban siempre en un movimiento perpétuo, y la definia una *naturaleza sin reposo*. Él es el que dió aquel precepto que encierra toda la ley natural: *No quieras para otro, lo que no quieres para tí.*

«La naturaleza del cuerpo, dice Hipócrates, es el principio ó el fundamento en que debe apoyarse todo raciocinio en materias de medicina (1).» Por *naturaleza de los cuerpos* deben entenderse aqui los efectos que se verifican en ellos, tanto en el estado sano, como en el morbosos, y de ningun modo el conocimiento anatómico del cuerpo, como han pretendido algunos escritores. Hipócrates recomendó á la verdad su estudio, pero no quiso hablar de aquella anatomía vana y fastuosa, que no enseña cosa alguna útil, antes al contrario, hace perder á los que la cultivan un tiempo precioso, y aun se bur-

(1) *Lib. de locis in homine.*

laba de aquellos hombres que la daban una gran importancia, y que se tenian por sabios del primer órden, solo porque conocian la anatomía minuciosa ó sutil. « Algunos médicos, añade, y algunos filósofos dicen que no se puede « ser médico si no se conoce lo que es « el hombre, su primitiva formacion, y « la composicion de su cuerpo. Todo lo « que estas gentes han dicho ó escrito « en órden á la naturaleza, me parece « mas propio de la pintura que de la « medicina; y estoy persuadido que no « se puede conocer la naturaleza con « mas claridad que por medio de la medicina, como han llegado fácilmente á « comprender aquellos que poseen bien « este arte. »

Hipócrates miraba la astronomía como una ciencia esencial del médico, y recomienda su estudio á su hijo Thesalo. Refiere los influjos del oriente y del ocaso de ciertos astros (1), y dice:

(1) *De aere, aquis et locis.*

«que todo lo que está entre el cielo y
 «la tierra se halla lleno de aire, y que
 «por este medio experimentamos los
 «efectos del sol, de la luna y de las es-
 «trellas (1).»

Demuestra en efecto la observacion,
 que el influjo de los astros es tal, que
 escitan tempestades, vientos, en una
 palabra, toda especie de alteraciones en
 la atmósfera, y por consiguiente mu-
 danzas en nuestros cuerpos y en nues-
 tras almas.

Quando Saturno está en conjuncion
 ó en oposicion con algun planeta, que
 no sea el sol, y su aspecto es sextil,
 trino ó cuadrado, determina vientos
 frios, que vienen por la mayor parte
 del norte. Esta es la razon porque este
 aspecto causa en invierno unos frios
 tan rigurosos y secos, y hace las no-
 ches tan claras y serenas. En la prima-
 vera, y especialmente en abril, ocasio-

(1) Por la palabra Πνεύμα, *spiritus*, de que
 usa en este pasage, entendia el aire y los vientos.

na frios repentinos que echan á perder las plantas. Cuando Saturno está en conjuncion con Venus, se deben esperar lluvias frias con vientos de oueste ó de norte.

Quando es Júpiter el que tiene uno de los aspectos de que acabo de hablar, con cualquier otro planeta, escita vientos, especialmente en la primavera y en el otoño. Es raro que sople un viento impetuoso y violento sin que Júpiter esté en conjuncion con algun otro planeta. Venus es una de las principales que decide la lluvia, especialmente quando está en conjuncion con Mercurio, Saturno ó Júpiter. Los que alegran la naturaleza y traen serenidad, son el Sol y Marte, especialmente en el verano quando estan en conjuncion. Producen tambien semejantes efectos, aunque en menor grado, quando estan en conjuncion con Júpiter y Mercurio. Este pone tambien el tiempo tan inconstante, que en un mismo dia trae lluvia y serenidad. Escita viento quando está en con-

juncion con Júpiter, y lluvias cuando se verifica con Venus. Se debe tambien advertir que los influjos de estos planetas varían mucho segun las diversas posiciones del Sol y las estaciones del año; porque Saturno causa un frio mucho más intenso en invierno que en verano. El Sol y Marte producen menos calor en la primera de estas estaciones, que en la segunda: Júpiter y Mercurio causan vientos más impetuosos en la primavera y en el otoño, que en el verano.

En los equinoccios es cuando las enfermedades agudas reinan ó adquieren mas violencia, y en los solsticios se disminuyen y estinguen. Aquellos son tambien perjudiciales á los tísicos, éticos, y para las enfermedades de languidez.

El Sol tiene un influjo real y notable sobre nuestros cuerpos, como lo prueban las mutaciones que experimentan, segun que estan espuestos á su accion directa ó indirecta. Una circunstancia

notable que apoya mi proposicion, es que los meses de abril y de noviembre son los que traen mayor mortandad. La accion de este astro tiene todavía de particular, que segun sus diferentes posiciones, aumenta ó disminuye las enfermedades. Es un hecho confirmado por una constante observacion, que las calenturas continentales se aumentan hácia el ocaso del sol, especialmente las pituitosas; y las inflamatorias y biliosas á su oriente. Las fluxiones, los dolores y los tumores observan tambien un periodo solar en orden á sus recargos. Es conocido el influjo que tienen sobre los cuerpos los eclipses de sol y de luna. Juan Mateo Faber (*in append. decad. 2, anno 8.º, pag. 49*) refiere que un caballero, naturalmente melancólico, se ponía mas pensativo y triste de lo regular el dia antes del eclipse; y que cuando este se verificaba, corria como un loco, con la espada en la mano, por las calles y por las casas, hiriendo á todos los que encontraba, rompiendo las sillas, las

puertas, y todo lo que se le ponía por delante.

Está bien probado que en todas las fases lunares, y especialmente en los syzigios, experimenta el aire mutaciones mas ó menos considerables que influyen particularmente sobre las personas nerviosas, y sobre las de una constitucion débil y lánguida. Se ha observado que los ataques de la epilepsia repetian mas comunmente en las épocas en las cuales vuelve la luna á un cierto punto de la cuadratura en los syzigios. El periodo de los dolores de la cabeza y de las cardialgias ocasionadas por el mal de piedra, se verifican frecuentemente hácia el plenilunio. Refiere el sabio Wepfer en su disertacion sobre la apoplegía, muchos ejemplares de sugetos que han padecido en dicho tiempo ataques apopléticos. Este influjo de la luna, conocido de los antiguos, es sin duda el que dió lugar al culto supersticioso que le tributaban. Las romanas creian que este planeta tenia influjo so-

bre el parto; y para tenerle propicio, adoraban á Lucina, ó la luna.

Se observó que en los plenilunios se aumentaban mas los tumores glandulosos, y especialmente las escrófulas, y que se disminuian insensiblemente, á proporcion que va menguando la luna. Aulo Gelio habia ya notado que las ostras y las conchas se llenan á proporcion que crece la luna, y que se disminuyen en su último cuarto.

Observó Bonet que durante el primer cuarto de la luna, y principalmente en la noche que precede al novilunio, la sarna y todas las demas enfermedades exantemáticas se presentaban con toda su actividad; y que cuando está en su plenilunio, del mismo modo que en su último cuarto, se aumenta la serosidad en nuestros cuerpos, y produce toses, letargos, asma, parálisis y cachexias. En efecto, son mas frecuentes estas afecciones en estos tiempos que en los demas.

Notó igualmente Galeno que la luna

tiene un influjo real sobre nuestros cuerpos, como se ve claramente por sus obras. Cárlos Pison, el hombre mas despreocupado de su siglo, se esplica sobre este particular del modo mas claro y mas propio para probar que habia observado el influjo lunar en las enfermedades. «El estado de los enfermos, «dice este observador (1), prueba evidentemente que las enfermedades y «los dolores crecen durante las seis horas que sube la marea, y que se disminuye su violencia durante las seis que baja. Se observa lo mismo en las enfermedades crónicas y en las agudas, pero especialmente en aquellas que provienen de fluxiones y de sobrada replecion de los vasos. Nadie ignora que cuando las mareas se verifican cerca del plenilunio, son muchas las personas que se sienten incomodadas, y muchas las que mueren cuando bajan.» Es ademas notorio que casi

(1) *Histor. natur.* lib. 1, cap. 24.

todos los antiguos estaban convencidos de la accion de la luna sobre las crisis, y que los dias críticos le estaban subordinados. Finalmente, la esperiencia de los botánicos y de los cultivadores prueba, sin disputa, el influjo que tiene este astro sobre la vegetacion.

Los aspectos de Saturno y de Júpiter, y de Saturno y de Marte, son los precursores de las mas terribles calamidades, y entre otras, de las enfermedades contagiosas y epidémicas. Las calenturas malignas que han devastado tantas veces la Europa con tanto furor, lo prueban suficientemente. La cruel peste del año 1127 se verificó despues de la conjuncion de Saturno y de Júpiter. Bocacio y Guy de Chaulieu refieren que el aspecto de Júpiter, de Saturno y de Marte ocasionó la peste de 1348. Marcelo Ficino, uno de los mayores filósofos de su siglo, señala como causas de la que desoló el mundo el año de 1478, el eclipse del sol y de la luna, y la conjuncion de Saturno y de Marte.

Gaspar Bartholino, profesor de Tubinga, pronosticó en un discurso público que tuvo el año de 1628, despues de la conjuncion de Saturno y de Marte, que se verificó despues de un otoño caluroso y de un invierno templado, la peste que se manifestó de alli á pocos años. La conjuncion de estos mismos planetas fue tambien la que dió lugar al pronóstico de Paulo Sorbact, médico del Emperador, que anunció con toda la posible exactitud la peste de Viena. Daniel Senert pronosticó la disenteria epidémica que reinó en 1624 y en 1637, por la posicion de estos mismos planetas.

Podria referir una infinidad de observaciones semejantes á estas, que prueban el influjo de los planetas, y especialmente de la luna, sobre la atmósfera y los cuerpos de los animales: en orden á aquella, queda ya establecido de un modo que no deja la menor duda, por las observaciones de Toaldo. Véase sobre este punto su *Ensayo me-*

teorológico, en 1784; y los *Elementos de higiene* que publiqué en el año quinto de la república (1796). Pero esta digresión, que ya escede de los límites regulares, me separa de mi asunto principal, y ya es tiempo de volver á tratar de Hipócrates.

Este grande hombre no disecó, al parecer, cadáveres humanos, y no fue anatómico: sin embargo, poseyó todos los conocimientos necesarios para ejercer la Medicina, y aun adquirió tal superioridad en este arte, que es mirado con razon como el oráculo de la Medicina, y como príncipe de los médicos. A pesar de sus pocos conocimientos anatómicos, se encuentran en su fisiología los gérmenes de casi todas las opiniones modernas. Veamos su modo de pensar acerca de la generacion.

Creia que el licor seminal provenia de todas las partes del cuerpo, y que separándose en todas ellas, especialmente en la cabeza, se componia de lo mas fuerte y activo que contenian; y

que dirigiéndose á los órganos genitales, se evacuaba en el coito.

Se completa, á su parecer, la generacion por el concurso de los dos licores seminales que proporcionan el hombre y la muger en el acto venéreo, y que de la mezcla de ellos resulta el embrión y sus membranas: segun él, el *espíritu* (aire) es el que efectúa la organizacion de las partes: por virtud de este se une lo semejante con su semejante, lo denso con lo denso, lo raro con lo raro, lo húmedo con lo húmedo, cada uno en su propia region, segun su afinidad con lo que ha sido engendrado. Si fuese permitido arriesgar alguna conjetura, se podria creer que Hipócrates consideraba el aire como vehículo del fuego y del espíritu vital (oxígeno). Esta teoría sobre la generacion ha sido adoptada despues por muchos filósofos, y especialmente por el Plinio francés, que la ha desenvuelto y adornado con todas las gracias del estilo.

La causa que determina el parto, según Hipócrates, es la falta de alimento; pues en este caso hace el feto esfuerzos con los pies, y rompe sus membranas. Esta esplicacion se funda en la analogía que él creia que existia entre los vivíparos y los ovíparos. El aborto, dice, se verifica en todo tiempo y por varias causas, pero mas comunmente á fines del tercer mes. En Grecia las mugeres públicas se procuraban el aborto sin el menor escrúpulo, y no se le imputaba al médico como un delito indicar los medios: el mismo Hipócrates describe el aborto de una jóven que se le procuró con sus consejos.

Hipócrates distingue tres cosas en el cuerpo humano: 1.^a *lo continente*; 2.^a *lo contenido*; 3.^a *lo que imprime el movimiento* (1). Por *lo continente* entendia las partes sólidas, como los huesos, los nervios, las carnes, etc.; queria designar por *lo contenido* los humores,

(1) *Epid.* lib. 6, sect. 8.

que son cuatro, la pituita, la sangre, la bilis amarilla, y la melancolía ó la atrabilis (1); y por *lo que da el movimiento*, el espíritu ó principio vital que vivifica todos los órganos.

Los cuatro humores son los que dan al hombre la salud, ó los que le causan la enfermedad: lo primero, cuando permanecen en su estado natural, y tienen entre sí las proporciones exactas en orden á la cantidad y cualidades, y á su mezcla; y lo segundo, cuando uno ó muchos de ellos pecan en cantidad, en sus cualidades y en su mezcla.

Todavía se encuentra otra causa morbosa en el libro de los *Flatos*, aunque se cree que no sea de Hipócrates: unas veces se usa en él de la palabra *phusai*, *aires*, y otras de la de *pneumata*, *espíritus*. Esta última designa el aire ó los vientos encerrados en el cuerpo, y la otra los de afuera, que producen los del interior, por medio del aire que

(1) *Lib. de natura hominis.*

se respira y del que se traga con los alimentos. Los espíritus son la causa de la salud ó de las enfermedades, dice el autor de este libro; y los designaba por *lo que imprime el movimiento.*

Hipócrates miraba como principios ó causas remotas de las enfermedades todas aquellas cosas á cuya accion está espuesto el hombre, como el aire, los alimentos, las bebidas, el sueño, la vigilia, el ejercicio, los trabajos, la quietud, lo que debe espelerse y retenerse, las pasiones, los cuerpos estraños, los venenos, los animales venenosos, etc. Pero de todas ellas no hay ninguna mas activa que el aire y los alimentos; y ha compuesto sobre estos dos objetos varios libros, que son modelos de observaciones, y cuya lectura jamas podremos recomendar bastante á los iatrofylos, especialmente el tratado de los *Aires*, de las *Aguas* y de los *Lugares*, del cual daremos luego la traduccion. El de *la dieta saludable*, y el de *los alimentos en las enfermedades agudas*,

deben meditarse profundamente; el último contiene toda la terapéutica de Hipócrates. Ponia tambien la mayor atencion en los vientos, en las estaciones, en el oriente y ocaso de ciertas constelaciones, como de la Canícula, del Arcturo, de las Pleyades, del mismo modo que en los equinoccios y en los solsticios, porque en estos tiempos se verifican grandes mutaciones en los cuerpos, y especialmente en las enfermedades.

PRECEPTOS
 Ó REGLAS DE HIPOCRATES,
 CONCERNIENTES
 A LA CONSERVACION
 DE LA SALUD.

Entre las cosas que influyen poderosamente sobre la salud, consideraba Hipócrates entre otras muchas el aire y los alimentos.

Las poblaciones situadas al poniente (1), y que no participan de los vientos del oriente, tan saludables para purgar el aire de todo vapor nocivo, son mal sanas, y sus habitantes estan expuestos á muchas enfermedades.

Lo que prueba que el aire tiene un influjo poderoso sobre los cuerpos, y

(1) De los aires, aguas y lugares. (2)

que conserva ó altera su salud, es que un hombre, que puede vivir dos ó tres dias sin tomar ningun alimento, no podria existir un momento sin aire. Cuando se ve, pues, que una enfermedad llega á ser general (1), y que ataca á personas de toda edad y de todo estado, sean los que fueren por otro lado su régimen y costumbres, es evidente que esta enfermedad no puede depender de los alimentos y bebidas, supuesto que no todas usan de unos mismos manjares, sino mas bien del aire que respiran en comun. Seria, pues, inútil en este caso mudar su modo de vida habitual, y aun se las espondria á varios peligros, porque las mudanzas repentinas son siempre peligrosas. Lo único que se debe hacer en tal caso es purificar el aire, ó abandonar los lugares inficionados.

Es pues necesario considerár las cualidades del aire, y observar si es cálido ó frio, gordo ó sutil, húmedo ó seco, y

(1) *Lib. de nat. homin.*

las variaciones que experimenta en sus diversas cualidades. Es tambien necesario atender á las estaciones del año, porque traen grandes mutaciones en los cuerpos. Se debe tambien atender á los vientos: cuando reina mucho tiempo el norte (1), da firmeza, ligereza, fuerza y buen color á los cuerpos. Como purifica el aire de los vapores groseros que háy esparcidos en él, comunicándole transparencia y serenidad, es uno de los que mas contribuyen á la salud. Sin embargo, no siempre son buenos sus efectos, porque en las personas delicadas, y que no estan habituadas á su acción (2), produce resfriados, males de garganta y de pecho, constipados y estrangurias. Al contrario, el viento del mediodia humedece, relaja y debilita los cuerpos, y por lo mismo causa fluxiones (3). El

(1) *Aph. 17. sect. 3.^a*

(2) *Aph. 5. sect. 3.^a*

(3) *Aph. 17. sect. 3.^a*

tiempo muy seco es el mejor y mas sano de todos (1).

Ha demostrado la experiencia que en el invierno y en la primavera se comia mas y se digería mejor que en el verano y en el otoño (2). En efecto, las dos primeras estaciones exigen mas cantidad de alimento que las otras. Para resistir el frio en el invierno, se deben preferir los alimentos cálidos y secos (3); en la primavera, cuando empieza el tiempo á suavizarse ó templarse, debe el régimen ser proporcionado á la estación, y el alimento mas refrigerante y ligero. En el verano, cuando el tiempo se pone caliente y seco, debe ser todavía mas refrigerante, y diluyente la bebida; pero despues del equinoccio otoñal, conviene volver á los alimentos un poco cálidos, y ponerse ropa de mas abrigo, á proporcion que se va acercando el invierno.

(1) *Aph.* 15. sect. 3.^a

(2) *Aph.* 17 y 18. sect. 1.^a

(3) *De vict. rat.* lib. 3.^o

La primavera es en general la estación mas sana (1), y el otoño la mas peligrosa y la mas fecunda en enfermedades. La primavera y la primera parte del verano son mas convenientes para los niños y para los jóvenes; el verano y el principio del otoño para los viejos; y lo restante de esta estación, como tambien el invierno, para los hombres de una edad media.

La primavera engendra sangre (2), el verano bilis, y las demas estaciones producen humores análogos á su naturaleza. Cuando la temperatura del aire es apropiada al caracter de las estaciones (3), es sano el año, y no hay enfermedades; pero cuando las estaciones van desarregladas, es decir, cuando las cualidades del aire no son correspondientes á su naturaleza, es señal de que vendrán enfermedades rebeldes. El trán-

(1) *Lib. de humor.*

(2) *Aph. 8. sect. 3.^a*

(3) *Aph. 1 y 4, sect. 3.^a*

sito repentino de un gran calor á un frio estremado es peligroso, y produce casi siempre perniciosos efectos; y quando estas mutaciones sobrevienen en un mismo dia, y duran algun tiempo, casi jamas dejan de verificarse enfermedades otoñales (1).

El clima tiene un influjo notable, no solo sobre la figura y constitucion de los hombres, sino tambien sobre sus costumbres. En Asia (2), donde la temperatura es suave, y los tránsitos repentinos de una temperatura á otra estremá poco frecuentes, y donde las producciones de la tierra son mas hermosas y abundantes que en Europa, los hombres son mas suaves y humanos; siendo asi que en Europa la mudanza frecuente y estremada de las estaciones contribuye mucho á escitar la accion de las pasiones, y conduce á ejecutar grandes y atrevidas acciones. La natu-

(1) *Aph.* 1 y 4, sect. 3.^a 8.

(2) Lib. de los aires, aguas y lugares.

raleza del gobierno asiático contribuye á la verdad poderosamente para que los hombres sean indolentes y pacíficos. Siendo vasallos de príncipes déspotas, y no teniendo libertad ni propiedad, no es natural que se espongan á los riesgos y que desprecien los peligros, para que un tirano orgulloso recoja los frutos de sus hazañas, al paso que ellos no sacarian más que males y la muerte. Bajo la dominacion de un gobierno arbitrario, el hombre mas valiente no tiene el menor interes en ostentar valòr é intrepidez.

En orden á los alimentos, no solo es necesario conocer bien sus qualidades naturales, sino también las que reciben por el arte (1). La harina de trigo que conserva el salvado, es laxante y poco nutritiva; pero cuando es muy fina, y no tiene salvado, estríñe y nutre mucho (2).

Es indispensable que el médico ob-

(1) *De vict. rat.*, lib. 2.

(2) *De prisca medicina.* (1)

serve la naturaleza y la constitucion de las personas ó sugetos, en orden á los alimentos; que no desprecie las quejas sobre los malos efectos de los alimentos, y que procure descubrir por qué producen estos efectos en los unos, y no en los otros. Por ejemplo, el queso, que es muy dañoso para ciertas personas, conviene perfectamente á otras: esto proviene sin duda de la diferencia de los humores que predominan en las primeras, y por tanto se deben corregir tales humores, ó dejar de comer queso.

Es peligroso comer mucho, especialmente cuando no se hace ejercicio. Lo es igualmente comer menos de lo que necesita la constitucion: una grande abstinencia es mucho mas perjudicial que una gran replecion; en todo se deben evitar los extremos.

La variedad de los alimentos en una misma comida puede traer grandes desórdenes (1), y especialmente flatulen-

(1) *Lib. de flatibus.*

cias. La exactitud minuciosa ó escrupulosa en no comer siempre mas que una misma cantidad de alimentos, no es favorable á la salud.

10. Todo lo que se come es saludable cuando lo digiere bien el estómago. Al contrario, es dañoso todo alimento que no puede soportar ó digerir esta entraña. Hay sugetos que por la fuerza del hábito y del temperamento pueden hacer tres comidas diarias (1). Los que acostumbran á hacer dos comidas no pueden mudar nada sin incomodarse: son débiles, estan abatidos, padecen desmayos, y no pueden soportar el trabajo; se les disminuye el vientre, tienen peso en los ojos, amargor de boca, y frias las estremidades. Deben poner sumo cuidado, cuando tienen precision de privarse de una comida, de la del medio dia, por ejemplo, no entregarse luego á un apetito desmedido; de lo contrario, sienten un peso incómodo en el estó-

(1) *De vict. rat. in acutis.*

mago, y pasan una mala noche. El que está acostumbrado á hacer dos comidas al dia, y se encuentra débil y decaido por haber dejado una de ellas, debe evitar en el mismo dia el calor, el frío, el trabajo, y cenar menos de lo ordinario.

Los que están acostumbrados á comer una sola vez en las veinte y cuatro horas, se hallan necesariamente pesados y alterados si hacen dos comidas al dia; muchas veces no se necesita mas que un exceso de estos para que incurran en grandes males (1). En general, cuando se ha comido mas de lo regular, de modo que se desarregle el estómago, y se sienta en él una incomodidad de plenitud, el partido mas acertado será recurrir al vomitivo (2).

Es ligero un alimento cuando, aun tomado con algun exceso, ni causa plenitud, ni dolores, ni flatos, sino antes bien se digiere con facilidad y sin cau-

(1) *De prisca medicina.*

(2) *De affect.*

sar incomodidades (1). Se conoce que es pesado un alimento, cuando aun tomado con moderacion y en corta cantidad, produce una sensacion de plenitud, de peso y ansiedades.

Los que estan creciendo tienen mucho calor natural; por lo mismo necesitan mucha porcion de alimento. Los viejos, que tienen poco calor, no necesitan tanta, porque se acabaria de extinguir con la copia de alimentos (2).

Los alimentos y bebidas mas análogos á la naturaleza del hombre, los mas nutritivos y saludables, son el pan, la carne, el pescado, y el vino con moderacion (3); pero cuando se hace de ellos un uso inmoderado, producen enfermedades y la muerte, y son mas dañosos que otros menos nutritivos y menos fuertes.

Las personas delicadas y débiles so-

(1) *De affect.*

(2) *Aph. 11. sect. 2. y aph. 14. sect. 1.*

(3) *De affection.*

lo deben usar de alimentos que no sean flatulentos, que no se aceden ni produzcan cólicos, ni sean laxantes, ni astringentes (1).

Los convalecientes que comen mucho sin reparar sus fuerzas, es señal de que comen mas de lo que pueden digerir; pero cuando la comida es moderada, y no obstante se ve que no les aprovecha, es señal de que hay en el cuerpo humores impuros, que es preciso evacuar (2).

Cuando hay en el cuerpo humores impuros, quanto mas se le nutre, otro tanto mas se le perjudica (3).

El pan ordinario mantiene el vientre libre, pero nutre menos que el otro (4). El pan blanco de harina fina, bien separada del salvado, nutre mas y laxa menos. El que está hecho con levadura se digiere fácilmente, y pasa sin

(1) *De affection.*

(2) *Aph. 8. sect. 2.*

(3) *Aph. 10. sect. 2.*

(4) *De vict. rat., lib. 2.*

trabajo; el pan ázimo es de mas difícil coccion, pero es mas nutritivo cuando cae en un estómago fuerte.

El pan del dia debe ser preferido al de la víspera, con tal que no esté caliente: el que se hace de harina vieja no es tan bueno (1).

La carne de los animales silvestres es mas seca que la de los domésticos; y la de los animales criados en los establos ó cuadras, mas que la de aquellos que pacen en las praderas (2). La carne de los que estan en su mayor vigor, y la de los castrados, es la mejor de todas; la de aquellos animales que no estan destinados á trabajos duros, es la mas tierna. La de los granívoros es menos húmeda y menos gorda que la de los patos y otras aves acuáticas (3).

La de carnero conviene igualmente (4) á las personas robustas y á las de-

(1) *De vict. rat.*, lib. 2.

(2) *Idem.*

(3) *Idem.*

(4) *Lib. de affection.*

licadas: la de vaca es pesada: la de cerdo solo es buena para los sugetos de una constitucion fuerte, y que trabajan mucho; y es demasiado fuerte para aquellos que son débiles y que pasan una vida sedentaria.

El pescado que se cria en los estanques, y en general todo el que es muy gordo, se digiere con dificultad (1); pero es de fácil digestion el que se cria cerca de las costas del mar. El pescado asado es mas pesado que el cocido (2).

Los alimentos amargos desecan y estríñen (3): los agrios causan estenuaciones y dolores de estómago: los salados escitan las orinas y mueven el vientre, y las substancias crasas dan pábulo á la flema.

La leche (4) es dañosa para los calenturientos, para los que padecen dolores de cabeza, para los que tienen fla-

(1) *Lib. de affection.*

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *Aph. 64. sect. 5.*

tos, y para aquellos que padecen sed con frecuencia. Es tambien contraria á los que tienen cursos biliosos, ó puramente sanguíneos. Al contrario, conviene á las personas flacas y á las que van á caer en la consuncion, con tal que no tengan mucha calentura, ó que no padezcan ninguna de las incomodidades dichas.

Las cebollas, los ajos y los rábanos son cálidos y acres (1): la mostaza y el berro producen fácilmente dificultad de orinar. El celeri promueve la orina: todas las plantas odoríferas y aromáticas dan calor. Las coles, de cualquier especie que sean, son fundentes de la bilis: la lechuga refresca y laxa: los pepinos son frios, crudos, pesados é indigestos: las peras maduras laxan, y las verdes son astringentes: las manzanas agrias se digieren mas fácilmente que las dulces y que las insípidas. Todas las legumbres, sean de la especie que quiera, y

(1) *De vict. rat.*, lib. 2.

sea cual fuere su preparacion, son flatulentas (1).

La miel (2) pura promueve la orina, purga, y debilita mas bien que fortifica. Mezclada con otros alimentos es muy buena comida, y contribuye mucho para dar buen color.

El vino puro tomado en gran cantidad, debilita, como se ve en los que se embriagan (3). Los vinos suaves (4) atacan menos la cabeza, y son mas laxantes que los fuertes y secos; pero son flatulentos é inflan el vientre: son perjudiciales para los biliosos, porque aumentan la sed; son mas aptos para favorecer la espectoracion, y menos diuréticos que los blancos y secos. Los negros ó dorados son útiles para los que tienen el vientre suelto. El vino puro ó mezclado con muy corta cantidad de

(1) *De vict. rat. in acutis.*

(2) *De affection.*

(3) *De prisca medicina.*

(4) *De vict. rat. in acutis.*

agua, es amigo del estómago y de los intestinos. El vino mitiga la sensación del hambre (1).

Las aguas mejores son las que vienen de parages elevados: son preferibles aquellas cuyos manantiales miran al oriente, porque son las mas claras, y no tienen sabor ni olor (2).

El agua de lluvia (3) recogida en vasijas pequeñas, es ligera, suave y clara, porque la que atrae el sol, y se disuelve en lluvia, es la mas fina y ligera; pero se corrompe con facilidad, porque contiene muchas partes heterogéneas. Para que pueda servir para los usos comunes, es preciso cocerla ó filtrarla.

Las aguas del hielo ó de la nieve son malas, porque se evaporan las partes mas sutiles y ligeras al tiempo de helarse, y solo quedan las mas pesadas y groseras. Las estancadas, que son fétis-

(1) *Aph.* 21. *sect.* 2.

(2) De los aires, aguas y lugares.

(3) *Idem.*

das y de mal color, son muy mal sanas, y producen enfermedades (1).

La mas ligera, suave y pura es la que mas conviene para los sugetos estreñidos: la mas pesada es propia para los que tienen el vientre húmedo y blando.

El agua es en general saludable para los de temperamento cálido (2). Casi todos los que beben mucha agua tienen buen apetito (3).

Hipócrates habla de las aguas termales (4), de las aceradas, y de las que contienen otras substancias; pero como no tenia mucho conocimiento sobre las virtudes de ellas, es muy poco lo que dice.

El baño frio humedece y refresca (5); el de agua salada enciende y seca. Los baños calientes estenúan y ponen sus-

(1) De los aires, aguas y lugares.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

(5) *De vict. rat.*, lib. 2.

ceptibles para recibir las impresiones del frio á los sugetos que los toman en ayunas; y encienden y humedecen despues de haber comido. Los baños frios, por el contrario, encienden antes de comer, y son desecantes despues de haber comido. Los baños templados producen algun alivio en los males del costado, del pecho y dorso; facilitan la respiracion, y hacen orinar y espectorar; disipan la pesadez de la cabeza y las laxitudes del cuerpo.

El agua fria es dañosa para las toses y para las inflamaciones del pecho. No conviene en las calenturas, cuando tienen los enfermos los pies frios, porque en este caso podia causar mucho daño. Es sumamente útil en las afeciones biliosas, en los dolores fuertes de cabeza, y en las agitaciones violentas.

La vigilia ó desvelo deseca, y el sueño humedece; ambos estados, prolongados mas allá de los límites ordinarios, son perjudiciales. La vigilia es-

cesiva se opone á la digestion, y produce crudezas (1). El sueño escèsivo enerva el cuerpo, pone pesada la cabeza, y causa estupidez.

Segun el orden establecido por la naturaleza, el dia está destinado para la vigilia, y la noche para el sueño (2): los que se apartan de esta regla se esponen á una multitud de males.

Conviene dormir en un aposento grande y bien ventilado, y estar bien abrigado durante el sueño (3).

Cuando en este acto se sueñan cosas que tienen relacion con lo que se ha hecho entre el dia, y son naturales y agradables, es señal de buena salud; pero cuando los sueños no tienen connexion con las ocupaciones del dia, anuncian algun desorden y perturbacion en la máquina (4), y son mayores ó menores á proporcion que se apartan

(1) *De vict. rat. in acutis.*

(2) *Lib. prænot.*

(3) *De morb. vulg., lib. 6.*

(4) *De insomniis.*

mas ó menos los sueños de las acciones naturales ó habituales.

Es útil para la salud regir del vientre una vez cada veinte y cuatro horas (1).

Las personas que comen y beben poco (2), y que hacen sin embargo mucho ejercicio, son por lo regular estreñidas, y apenas obran cada tercero ó cuarto dia, lo que las espone á la calentura ó á padecer diarrea. Pero los que comen y se cansan mucho, obran con facilidad, y á proporcion del ejercicio y alimento que toman. Se observa que entre las personas que toman la misma cantidad de alimentos, las que se ejercitan menos tienen cámaras mas abundantes, al paso que las que trabajan mas, obran menos.

Los males que provienen de la plenitud se curan con las evacuaciones: los que estas producen exigen para su

(1) *De morbis.*

(2) *Prædicto lib.*

curacion mayor nutrimento, pero tomado en cortas cantidades (1).

Cuando es necesario evacuar, es preciso recurrir á los eméticos en las personas magras, y en aquellas que sopor-
tan con facilidad los medicamentos. Pero aquellas que estan gordas, y que vomitan con dificultad, debén purgarse por abajo. En general, los vomitivos convienen en el verano, y los purgantes en el invierno (2).

El uso moderado de los placeres del amor conviene á los que abundan de flema, y estriñe el vientre por lo comun (3).

Los males producidos por trabajos escesivos se curan con la quietud. Al contrario, los que provienen de la inaccion se curan con el ejercicio (4).

Cuando todo el cuerpo permanece en estado de quietud mas tiempo de lo

(1) *De natur. homin.*

(2) *Aph. 4. 6. 7. sect. 4.*

(3) *De morb. vulg., lib. 6.*

(4) *De natura hom.*

regular, se pierden las fuerzas; y lo mismo sucede á cada parte separadamente (1). Si despues de una larga inaccion se entrega uno á grandes ejercicios, se espone á padecer varias enfermedades. Los pies, despues de una larga quietud, no pueden entrar en accion; lo mismo sucede á los demas miembros, que llegan á quedar imposibilitados por falta de accion.

El tránsito repentino de una vida activa á un estado de inaccion, es peligroso; en cuyo caso es necesario guardar escrupulosamente sobriedad.

Las friegas hacen entrar el cuerpo en calor, y le ponen firme y robusto (2).

El ejercicio moderado fortifica, y da vigor á los órganos de los sentidos (3). Jamas produce mejor efecto que antes de comer (4).

(1) *De vict. rat. in acutis.*

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *De morb. vulg., lib. 6.*

La ira vehemente (1) cierra el corazón, contrae los pulmones, y llena la cabeza de humores cálidos; al contrario, la calma y la tranquilidad dilatan y ensanchan el ánimo.

El miedo y el pesar prolongados conducen á la melancolía (2).

La alegría, el terror, el rubor y la ira tienen un influjo muy extraordinario sobre el hombre (3), porque determinan en él acciones relativas á sus objetos; por ejemplo, la vista inopinada de una serpiente produce la palidez; y si uno se encuentra de improviso al borde de un precipicio, experimenta un temblor universal.

Todo exceso es contrario á la naturaleza (4); las evacuaciones y la replecion, llevadas hasta el exceso, son tambien perniciosas (5).

(1) *De morb. vulg.*, lib. 6.

(2) *Ibid.*

(3) *De humoribus.*

(4) *Aph.* 51. sect. 2.

(5) *Aph.* 4. sect. 1.

Por lo que toca á los alimentos, vestidos, ejercicio, sueño, placeres amorosos y pasiones, es necesario atender mucho al hábito (1). El mal régimen á que se está acostumbrado no perjudica tanto á la salud como el tránsito repentino á otro mejor (2).

La cantidad de alimentos debe ser proporcionada al ejercicio (3); los que han hecho mas ejercicio del que conviene, en orden á los alimentos, y estan exhaustos por el cansancio, deben beber vino puro una ó dos veces, hasta ponerse alegres, pero sin esceso (4). Esta palabra *beber hasta ponerse alegre*, ó como se dice vulgarmente, *hasta apuntarse*, corresponde á una espresion muy comun entre los griegos, cual era, *inflamarse con el vino*.

Eschilo, segun refiere Plutarco, no componia sus tragedias sino despues de

(1) *De morb. vulg.*, lib. 6.

(2) *De vict. rat.*, lib. 1.

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*, lib. 3.

haber bebido una pinta de vino; y advierte este mismo autor que su abuelo *Lamprias* jamas disputaba con mas ingenio, ni tenia mas destreza para resolver las dificultades de los filósofos, que al tiempo de cenar, cuando el vino principiaba á caldear su cerebro. Los vasos, dice Dryden en la Vida de Plutarco, andaban rodando por el suelo con las disputas, haciendo igualmente alarde los convidados del humor festivo, que del juicio y cordura.

PRECEPTOS
DE HIPOCRATES,

CONCERNIENTES

A LA MEDICINA PRACTICA.

Dividia Hipócrates las enfermedades en mortales, en peligrosas, y en fáciles de curar, según las causas que las producen, y las partes afectas. Las distinguia también en agudas y crónicas, en endémicas, epidémicas y esporádicas: las dividia igualmente en congénitas, hereditarias, y las que proceden de una causa esterna. Trató en particular de las afecciones propias del sexo, y de las enfermedades quirúrgicas: hizo también una enumeración exacta de las enfermedades propias de las diferentes edades y estaciones; y sobre todo, ha

sido sobresaliente en su descripción. Las observaciones de todos los tiempos y de todos los lugares no han hecho mas que confirmar la verdad de sus documentos. Observaba las mudanzas que sobrevienen en su curso; así es que la enfermedad tiene su *principio*, su *aumento*, su *vigor ó estado*, y su *declinacion*; lo cual solo debe entenderse de las enfermedades que tienen un éxito feliz, ó que se mudan en otras, porque por lo comun se verifica la muerte, en las que son mortales, antes de la declinacion. El tiempo del vigor ó estado, que corresponde al de la *coccion* de los modernos, es aquel en el cual sobrevienen las mudanzas mas considerables; y este es el periodo que decide por lo comun de la vida ó de la muerte.

La *crisis* ó el *juicio* de una enfermedad es la mudanza repentina que sobreviene en ella, ya sea para bien, ó ya para mal. Viene acompañada de una evacuacion, sea la que fuere, y es precedida de la *coccion*. Sin embargo, hay

enfermedades, como lo observó el mismo Hipócrates, que se juzgan únicamente por la *solucion del espasmo*; y son aquellas puramente nerviosas, que no traen la menor alteracion humoral. Esta especie de *crisis* solo se verifica en el principio, cuando la enfermedad está todavía en el acto de su formacion; pero una vez formada, se alteran los humores, y resultan productos morbosos, que deben sufrir la coccion para que la enfermedad se termine felizmente.

La coccion es el principal medio que emplea la naturaleza para la curacion, y es el único fin de sus esfuerzos: todos sus movimientos, todas sus acciones se dirigen á él; y cuando la materia ó producto morbooso ha recibido el grado de elaboracion conveniente, y ha llegado á estar apta para la evacuacion, se desembara de ella la naturaleza por medio de un flujo, de los sudores, de una erupcion, por abscesos, etc.

No se deben mirar como verdade-

ramente críticas sino aquellas evacuaciones que se hacen en la debida cantidad; con *euphoria*, y que han sido precedidas de las señales de coccion. Cuando faltan estas condiciones, es sintomática la evacuacion, ó efecto de la violencia de la enfermedad; y este último caso anuncia que la naturaleza está oprimida y próxima á sucumbir, ó que la enfermedad se prolongará mas allá de lo ordinario, ó que se mudará en otra.

Hipócrates llamaba *agudísimas* á las enfermedades que se juzgan al dia 4.^o; *simplemente agudas* á las que se terminan al 7.^o, 11, 14, y aun al 17 ó 20; y *agudas por decidencia* á las que se prolongan al 40 ó 60. Todas las que pasan de este término son enfermedades largas ó *crónicas*. En las que no se entienden mas allá del 14 ó del 20, el 4.^o, el 11 y el 17, el 7.^o, el 14 y el 20, son críticos, ó decretorios, ó indicantes. Se entiende por dias decretorios ó críticos aquellos en que se verifican las crisis;

y por indicantes aquellos en que se presentan señales que anuncian que se verificará la crisis en el dia crítico inmediato. Adviértase sin embargo que el 4.^o, el 11 y el 17 son mas comunmente indicantes, y que los otros tres dias septenarios mas comunmente críticos. En orden á las enfermedades que pasan del dia 20, Hipócrates solo computa las crisis por septenarios, principiando por el 20 hasta el 40; de modo que el 27, el 34 y el 40 son frecuentemente dias decretorios. En las que pasan del dia 40, las crisis se verifican cada veinte dias; pero despues de estos veinte dias no se verifican los juicios sino en las revoluciones de las estaciones; de suerte que las enfermedades solo se desvanecen, ó en los equinoccios ó solsticios, ó en el oriente ú ocaso del Arcturo, de la Cancícula y de las Pleyades; ó tal vez sucede tambien que no se terminan hasta despues de un cierto número de meses ó de años. Ciertas enfermedades de los niños se juzgan al séptimo mes del na-

cimiento, y otras al séptimo ó décimo cuarto año de la vida (1).

Este orden que guardan los dias críticos está comprobado por la observacion constante de todos los tiempos y lugares; pero solo es concerniente á las enfermedades *continentes*, es decir, á aquellas que tienen el foco fuera de las primeras vias; porque en las *remitentes*, es decir, en las que le tienen en las primeras vias, las crisis que las terminan realmente no se verifican, como lo advierte el mismo Hipócrates, sino en los dias de sus recargos: *Quæ diebus paribus exacerbantur, diebus paribus judicantur; quæ diebus imparibus exacerbantur, diebus imparibus judicantur.* Pero las peores crisis son aquellas que se verifican en los dias pares; son por lo regular mortales al tercer paroxismo, que cae en el dia sexto.

Advierte sin embargo Hipócrates que no todas las enfermedades tienen

(1) *Aph.* 28. *sect.* 3.

crisis, pero que no terminan seguramente sin ellas; y en efecto, cuando se verifica la curacion sin que haya precedido evacuacion manifiesta ó absceso crítico, se queda espuesto á recaidas. Las hay tambien que pasan á otras enfermedades, como cuando la angina se convierte en pulmonía. Esta terminacion se llama *metastasis* ó *metaptosis*.

Hipócrates observaba hasta las menores circunstancias de las enfermedades: espone con la mas escrupulosa exactitud todo lo que precede, y todos los síntomas que las acompañan; lo que es útil, lo que daña y aprovecha: hé aqui por qué ha sido tan sobresaliente en la historia que ha dado de las enfermedades.

Los signos pronósticos se hallan excelentemente pintados en los Aforismos, en las Prenociones, en las Predicciones y en las Prenociones de Cos. Estos tratados no solo son el fruto de las observaciones de Hipócrates, sino tambien de las de los Asclepiades y de

la escuela de Cos, y tal vez tambien de la de Cnido.

Pero sobre todo consideraba el semblante en las enfermedades agudas. Es buena señal, dice, cuando tiene el enfermo la cara del mismo modo que en el estado sano, y es tanto mayor el peligro cuanto mas se aparta de este estado. « Cuando un enfermo tiene la nariz afilada, los ojos hundidos, las sienas deprimidas, las orejas frias y contraídas, la piel de la frente dura, tirante y seca, y el color de la cara aplo- mado, se puede asegurar que está la muerte próxima, á no ser que haya padecido grandes vigili- as, flujo de vientre, ó no haya comido en mucho tiempo. » Se ha llamado esta *cara hipocrática*, para denotar que esta observacion es de Hipócrates. Los labios caidos, frios y como abandonados los mira tambien Hipócrates como una confirmacion del precedente pronóstico.

Tambien sacaba indicios de los ojos en particular. Cuando un enfermo no

puede sufrir la luz, y derrama lágrimas involuntariamente; cuando en el acto del sueño descubre una parte del blanco de los ojos, á no ser que sea en él costumbre dormir así, ó que no tenga flujo de vientre, está de peligro. Los ojos tristes y vidriosos son también señal de muerte ó de gran debilidad. Los ojos vivos, fijos y penetrantes designan ó denotan delirio, que la frenesí se verificará, ó que existe ya. Cuando el enfermo ve colores rubicundos, ó chispas, ó relámpagos, se debe esperar una hemorragia.

La postura en la cama le proporcionaba también materia para pronosticar. Cuando el enfermo, dice, está acostado sobre uno de los lados, teniendo el cuello, los brazos y las piernas un poco contraídos, que es la postura que suele tener un hombre sano en el acto del dormir, es buena señal. Pero si está acostado boca arriba, tendidos los brazos, y las piernas colgando, es señal de gran debilidad, especialmente si se

escurre y va abajo. Cuando se écha sobre el vientre, ó boca abajo, á no ser que tenga esta costumbre, es señal que está con delirio, ó que tiene dolores de vientre.

Cuando un enfermo anda tentando de continuo con las manos y pies, las lleva á la cara, ó se las pone delante de los ojos, como quien pretende quitarse alguna cosa que le incomoda, ó anda buscando en las ropas algunos hilos ó motas, ó quiere sacar algunos pedacitos de lana, todo esto anuncia el delirio ó la muerte.

Si un hombre taciturno por su naturaleza habla mas de lo regular en la enfermedad, ó si calla un gran hablador, es señal de delirio actual ó próximo.

El temblor ó salto de los tendones de la muñeca anuncia tambien delirio.

El delirio alegre es mejor que el que versa sobre objetos tristes ó melancólicos.

La respiracion frecuente y oprimida

denota dolor ó inflamacion en las partes que estan superiores al diafragma. La respiracion larga anuncia delirio: la fácil y natural es siempre de buen agüero.

La vigilia continúa en las enfermedades agudas denota dolor actual ó delirio próximo.

Hipócrates consideraba tambien las escresiones, y especialmente la orina y las materias fecales.

La mejor orina en las enfermedades, dice, es aquella que tiene el sedimento blanco, leve é igual. Cuando conserva estas cualidades en todo el curso de la enfermedad, no hay que temer el menor peligro, y la curacion será pronta y fácil. Esta es la especie de orina que llamaba *orina cocida* ó de la *coccion*, y que por lo regular no se presenta sino en los dias críticos, quando la enfermedad termina felizmente. Comparaba el sedimento al pus de las úlceras: asi como el pus blanco, ligero é igual designa que la úlcera va á cu-

rarse, al paso que el ténue, ó blanco y fétido anuncia que la úlcera es maligna y difícil de curar, del mismo modo el sedimento de la orina indica la coccion ó la crudeza. En efecto, hay una grande analogía entre el pus y el sedimento de la orina; aquel parece que es siempre en casi todas las enfermedades el fin de la coccion. La mejor orina en el estado de crudeza es rubicunda, y tiene un sedimento ligero é igual; indica á la verdad que será larga la enfermedad, pero que tampoco trae peligro. La orina cruda que está muy encendida, clara y sin sedimento, ó perturbada y espesa al tiempo de salir, es la peor de todas.

Algunas veces se ve una nube suspendida en la orina: quanto mas se eleva esta nubecilla, y quanto mas encendida está la orina, tanto mayor es la crudeza.

La orina blanca y clara como el agua denota tambien una crudeza muy grande, y algunas veces un arrebató de

bilis á la cabeza. La amarilla ó rubia denota superabundancia del humor bilioso. La negra es la peor de todas, especialmente si es fétida, espesa ó sumamente clara. Aquella cuyo sedimento es semejante á la harina gorda, ó al salvado, ó á las laminitas pequeñas ó escamas, es tambien de mal agüero, y especialmente la última: por todas estas se puede venir en conocimiento de la mala disposicion de los riñones y de la vejiga. La gordura que nada, y que forma como una tela de araña sobre la orina, indica consuncion. La orina copiosa es una buena señal, y algunas veces es crítica. La orina cuyo sedimento es latericio, es propia especialmente de las enfermedades biliosas: la que le tiene puriforme denota una enfermedad sangüínea, ó una afeccion inflamatoria.

Segun lo que observó Hipócrates, hay una gran analogía entre el estado de la lengua y el de la orina. Está por lo comun amarilla y biliosa la lengua cuando la orina presenta un color se-

mejante. Cuando la lengua presenta un color bermejo, es natural el de la orina.

Las materias fecales blandas, rubias, consistentes y no muy fétidas, que corresponden por su cantidad á la de los alimentos, y que se evacuan á las horas acostumbradas, son de buen agüero. Deben ponerse mas y mas consistentes, á proporcion que se va acercando la enfermedad á su juicio; y se deben mirar como una señal favorable estos excrementos cuando salen con ellos lombrices redondas y largas (*lumbrici*). Las materias alvinas líquidas pueden dar algun alivio cuando no salen con mucho ruido, cuando no son en corta cantidad y muy frecuentes, ni tan considerables ni con tanta frecuencia que causen desmayos al enfermo. Toda materia acuosa, blanca, de un verde pálido, rubicunda, espumosa y esplendente es mala. Las negras, lívidas, verdes, ó semejantes á la gordura, son muy malas. Las atrabiliarias son malísimas y muy perniciosas; anuncian la gangrena y la

muerte. Las deyecciones de varios colores denotan que será larga y peligrosa la enfermedad, como tambien las materias biliosas ó amarillas que vienen mezcladas con sangre, y las que se parecen á las raeduras de los intestinos. Las deyecciones puras, como las biliosas ó pituitosas, que no estan unidas á otras materias, son tambien perniciosas.

Las materias que se arrojan por vómito deben tener mezcla de bilis y de pituita; aquellas que solo presentan uno de estos humores, son malas. Las negras, lívidas, verdes ó porráceas son todavía mas funestas: las que son muy fétidas, igualmente; y cuando son al mismo tiempo lívidas, está cerca la muerte. El vómito de sangre es las mas veces mortal.

Los esputos que alivian en las afecciones del pecho son aquellos que se arrojan con facilidad y prontitud, y que tienen el color amarillo desde el principio; pero si tienen este color, á son

rubicundos cuando ha hecho grandes progresos la enfermedad, ó si son salados, acres, y vienen acompañados de mucha tos, son perniciosos. Los que son enteramente amarillos son malos. Los blancos, resplandecientes y espumosos no producen el menor alivio. La blancura es tambien señal de coccion, con respecto á los esputos; pero es necesario que no sean viscosos, demasiado espesos, ni muy claros: lo mismo debe entenderse de las escreciones nasales. Los esputos negros, verdes ó rubicundos son muy malos en las afecciones agudas del pecho. Los que vienen mezclados con bilis y sangre son favorables cuando se presentan desde el principio; pero no son de buen agüero cuando no empiezan á presentarse hasta el dia séptimo. El peor de todos los signos en estas enfermedades es cuando faltan los esputos, y la excesiva cantidad de materia que se presenta á la espectoracion, produce una especie de hervor ó un silvido en la garganta ó

en el pecho. Al esputo de sangre suele seguir el de pus, de donde se origina la tisis y la muerte.

El sudor saludable es aquel que se presenta en los dias decretorios, y es copioso, general y con euphoria. El sudor frio es malo, especialmente en las enfermedades agudas, porque en las demas solo denota que hay languidez. Cuando solo aparece en la cabeza y en el cuello, es señal de peligro y languidez. El sudor parcial, ó leve sudor, no alivia, pero designa el sitio del mal ó la debilidad de la parte.

Quando se forma pus en una parte, se aumenta el dolor y la calentura; pero quando está del todo formado, cesa el dolor y la calentura, ó se disminuyen considerablemente. La supuracion es por lo regular precedida de frio.

El vientre y los hipocondrios que se presentan en todos sus puntos blandos é iguales, son buena señal. Quando hay en ellos dureza ó desigualdad, calor y elevacion, del mismo modo que quando

estas partes son muy sensibles al tacto, es un indicio de la mala disposicion de las entrañas, y aun de la inflamacion de algunas de las vísceras.

Hipócrates ha explorado pocas veces el pulso en las enfermedades, y aun parece que no miró como muy importantes los indicios que se pueden deducir de su contemplacion; sin embargo, no los desconoció enteramente. Asi es que dice (1), «que en las calenturas muy «agudas el pulso es muy frecuente y «muy grande.» En el mismo parage hace mencion de los pulsos *lentos* y *trémulos*. Hablando de los flujos blancos de las mugeres, dice: «el pulso que «hiere leve y lánguidamente los dedos, «es señal de muerte próxima.» En las Prenociones de Cos observa, «que los «aletargados tienen el pulso lento y tardío:» y en el libro segundo de las Epidemias, «que aquel á quien la vena (esto «es, la arteria) del codo le da latidos,

(1) *Epidem.* lib. 4.

« está próximo á ponerse furioso , á no
 « ser que sea un sugeto muy colérico. »
 Parece que Hipócrates paraba mas la
 atencion en los varios grados del calor
 y del frio que experimentan los calen-
 turientos , en las ansiedades , y espe-
 cialmente en el estado de la respiracion.
 Stefano de Atenas refiere que en tiem-
 po de Hipócrates no se tomaba el pulso
 á los enfermos , y que no era este el
 medio para conocer si tenian calentura,
 sino que empleaban el tacto para esplora-
 rar las diferentes partes del cuerpo , y
 especialmente el pecho , que es el do-
 micilio del corazon , puesto que la ca-
 lentura es una afeccion de estos ór-
 ganos.

Si se considera el poder que atribuye
 Hipócrates á la naturaleza , tanto para
 la conservacion de la salud , como para
 la curacion de las enfermedades , casi
 se podria creer que solo hacia el papel
 de mero espectador de los esfuerzos de
 la naturaleza ; y lo que podria confir-
 mar mas esta opinion , es sobre todo la

lectura de los libros de las Epidemias, que son los diarios de las observaciones hechas por el príncipe de la Medicina. Sin embargo, no es absolutamente cierto que solo hubiese ejercido la medicina espectante, porque se le ve obrar en muchos casos, pero tan solo en aquellos en que la medicina activa podia favorecer los esfuerzos de la naturaleza, como se convencerá fácilmente cualquiera que lea sus demas obras.

Las principales máximas de Hipócrates, en las cuales está fundada toda la Medicina, estan concebidas en estos términos:

«Los contrarios ó los opuestos son «los remedios de sus contrarios.» De aqui, «la evacuacion cura las afecciones que provienen de replecion; y la «replecion, las que dependen de la in«nacion.» *Aph. 22. sect. 2.*

«La Medicina es una adición de lo «que falta, y una sustracción de lo que «sobra. Hay humores, prosigue, que «conviene evacuar en ciertos casos, ó

«destruir, y otros cuya reproducción
«se debe procurar.»

En cuanto á los medios de añadir ó
de sustraer, «es necesario, dice, no
«evacuar ó llenar de un golpe, ó de-
«masiado pronto, ó con demasiada
«abundancia. Igualmente es peligroso
«calentar ó enfriar repentinamente, y
«mas de lo que conyene. Todo esceso
«es enemigo de la naturaleza.»

«Conyene, dice Hipócrates, dilatar
«en ciertos casos, y constriñir en otros.
«Se deben dilatar ó abrir los conductos
«por los cuales se evacuan naturalmen-
«te los humores, cuando no estan sufi-
«cientemente abiertos, ó estan entera-
«mente cerrados; y al contrario, cer-
«rarlos cuando estando relajados, dejan
«salir los humores que no debian ser
«escretados, ó que salen en cantidades
«demasiado grandes. Hay ocasiones,
«añade, en que se debe mitigar y re-
«lajar, y otras en que es preciso cons-
«triñir; las hay en que conyene hume-
«decer, y tambien en que se debe ate-

«nuar, espesar, escitar, reanimar, en-
«torpecer y embotar.»

«Se debe poner atencion en la ten-
«dencia de los humores, de dónde par-
«ten, y dónde van á parar. Cuando to-
«man mala direccion, es preciso darles
«otra.... Hay circunstancias que exigen
«que se llame á estos humores hácia
«la parte superior, cuando se dirigen
«hácia las inferiores; y al contrario,
«cuando toman la direccion hácia la
«parte superior.»

«Se debe evacuar por las vias con-
«ferentes, *per loca convenientia*, lo que
«necesita evacuarse, y se debe hacer de
«modo que una vez que lleguen á estar
«los humores fuera de los vasos, no
«vuelvan á entrar en ellos.»

«Cuando se verifica alguna cosa se-
«gun las reglas del arte, aun cuando el
«suceso no corresponda siempre á lo
«que se espera, no se debe mudar de
«indicacion, mientras subsistan las mis-
«mas razones que nos determinaron á
«formarla.»

«Se debe atender mucho á lo que
«daña y aprovecha, á lo que se puede
«soportar fácilmente, y á lo que no se
«puede sufrir.»

«Jamás se debe obrar temeraria-
«mente: algunas veces es útil descansar,
«y no hacer nada; de este modo, si no
«se le da algún alivio al enfermo, tam-
«poco se le hace perjuicio.» (*Epidem.*
lib. 6.) ¡Cuántos médicos no han llega-
do á conocer jamás la importancia de
este precepto!

«Las enfermedades extremas piden
«también extremos remedios. Lo que
«no curan los medicamentos, lo cura
«el hierro; y lo que no cede al hierro,
«lo cura el fuego; pero lo que el fuego
«no puede curar, debe mirarse como
«incurable.»

«No se debe emprender la curación
«de las enfermedades desesperadas, por-
«que son superiores á las fuerzas del
«arte.»

Todas estas sentencias, sacadas de
los escritos de Hipócrates, suponen

aquel gran principio, admitido de todos los verdaderos médicos, á saber: que las enfermedades se curan por las fuerzas medicatrices de la naturaleza.

El régimen era el medio principal, y muchas veces el único que oponia el padre de la Medicina á la enfermedad. Sus predecesores hacian ya de él un uso muy frecuente, como él mismo lo dice espresamente. «Casi nada han escrito los antiguos sobre la dieta en las enfermedades; han omitido este artículo, que era sin embargo uno de los puntos mas esenciales de su práctica (1).»

La dieta que prescribia Hipócrates no era la misma en las enfermedades agudas que en las crónicas. En las primeras mandaba alimentos líquidos, y especialmente una especie de crema de cebada mondada, á la cual daba el nombre de *tisana* (2), como tambien á la

(1) *De vict. rat. in acutis.*

(2) *Ptisanē* de *ptissein*, que significa desmenuzar, quitar la corteza.

harina del grano de que se componia. Se preparaba del modo siguiente: 1.º se metia en agua la cebada hasta que se hinchaba; se ponía á secar al sol, y se restregaba despues para separar la corteza: despues de esto se molía, y aun despues que habia hervido mucho la harina en agua, se la volvía á poner al sol; y cuando estaba seca, se guardaba para varios usos. A la harina preparada de este modo, se la daba propiamente el nombre de *tisana*. Se preparaba tambien del mismo modo el trigo, el arroz, las lentejas, etc.; pero todas estas tisanas se conocian con los nombres de sus granos, siendo asi que la de cebada solo era conocida con el simple nombre de *tisana*. Cuando se queria usar de ella, se ponía á hervir una parte en doce ó quince de agua; y cuando empezaba á hincharse, se le mezclaba un poco de vinagre, aceite y sal; algunas veces unos pocos de ajos para atenuar la viscosidad de la *tisana*, y evitar que causase flatos. Prescribia Hipócrates especialmente la

tisana preparada de este último modo, en los dolores de vientre que suelen presentarse despues del parto. En el libro de la Denticion dice: «mándese «cocer la tisana con ajo y manteca de «cabra, y désele á la recién parida.»

Preferia la tisana á todos los demas alimentos en las calenturas, porque es atemperante, humectante y de fácil digestion. En las calenturas continuas queria que se diese la tisana al principio, aunque medianamente espesa, y que se fuese disminuyendo poco á poco la cantidad de la harina de cebada, á proporcion que la enfermedad iba llegando á su apogeo; entonces solo daba el zumo de la tisana, esto es, la tisana colada, *ptisanna transcolata*, á fin de que teniendo la naturaleza que emplear menos fuerza para la coccion del alimento, pudiese combatir con mayor ventaja la enfermedad.

Daba dos veces al dia la tisana á aquellos enfermos que tenian costumbre de hacer dos comidas en el estado

de salud, y temia hacer esto mismo con aquellos que solo acostumbraban á comer una vez en las veinte y cuatro horas; deseando que en este caso se les fuese poco á poco acostumbrando á ello. Negaba toda especie de alimentos en los paroxismos y en los recargos; pero atendia á la costumbre, al país, á la estacion y á la edad; de modo que concedia mas alimento á los niños, menos á los adultos, y todavía mucho menos á los viejos.

Hipócrates condenaba con razon la práctica de los médicos de su tiempo, que prescribian una severa abstinencia, especialmente al principio de las enfermedades agudas, porque debilitaba demasiado á los enfermos y les quitaba las fuerzas para resistir á la enfermedad. Solo en las sumamente agudas encargaba la dieta ténue; pero en las demas concedia una suficiente cantidad de tisana (1). Aconsejaba tambien que to-

(1) *Ubi peracutus est morbus, statim extremos habet labores: ubi vero non, sed plenius*

masen en las agudas otros alimentos humectantes y refrigerantes, como la bleda, el melon, etc.; pero no hacia uso de ellos sino en los casos que exigian un nutrimento mas fuerte que la tisana.

La bebida mas usual que empleaba en las enfermedades agudas era la mezcla de ocho partes de agua con una de miel (*aqua mulsa*, *mulsum*), y en algunas añadia un poco de vinagre. Concedia tambien vino en las mismas enfermedades, cuando no traian delirio ni dolor de cabeza.

En cuanto á la dieta de las enfermedades crónicas, hablaremos de ella en otra parte; y solo advertiremos aqui que Hipócrates usaba con mucha frecuencia de la leche y del suero, ya como alimentos, y ya como medicamentos. Prescribia tambien el baño en algunas enfermedades; pero para que fuese útil

cibare licet, tantum à tenui recedendum, quantum morbus remisor extremis fuerit. Aph. 7. sect. I.

su uso, queria que guardase en él el enfermo la mayor quietud, y aun silencio; que se pusiese enteramente en manos de los que hubiesen de bañarle, de echarle agua sobre la cabeza, y de enjugarle con esponjas; que se preservase del frio; que no se bañase inmediatamente despues de haber comido; y que se abstuviese de comer y de beber al salir del baño. Queria ademas que se atendiese y averiguase si el enfermo tenia costumbre de bañarse en sana salud, y si le aprovechaba ó dañaba; finalmente, no aprobaba este medio cuando estaba el vientre muy relajado, ó muy constipado; cuando habia mucha debilidad, ganas de vomitar, grande aversion á la comida, como tambien en el caso de una hemorragia por la nariz.

Las propiedades del baño, dice Hipócrates, se reducen á humedecer, refrescar, disipar las laxitudes, reblandecer la piel y las articulaciones, promover la orina, aliviar el peso de la cabeza,

y humedecer y desembarazar las narices y demas conductos. Hacia tomar dos baños al dia á los que tenian costumbre de bañarse.

Hipócrates encargaba el ejercicio en las enfermedades crónicas; pero le reprobaba enteramente en las agudas, y condenaba á Heródico porque usaba de él para la curacion de estas. Sin embargo, no por eso aprobaba tampoco que se permaneciese de continuo en la cama. «Es necesario algunas veces, decia, empujar á los perezosos de la cama, y escitarlos (1).»

Cuando creia Hipócrates que el régimen no bastaba para libertar al cuerpo del peso de los humores, ó cuando su alteracion habia llegado al punto de no poder, á pesar de la dieta, acomodarse á la naturaleza, empleaba los evacuantes, y entre otros la purgacion, comprendiendo en ella los vomitivos y los purgantes. Creia que una vez in-

(1) *Epidem.* lib. 6.

troducido el remedio en el cuerpo, eva-
 cuaba primero el humor que tenia mas
 relacion con su naturaleza, y que atraia
 y evacuaba despues los demas. «Así co-
 «mo, dice, cada planta atrae primero
 «de la tierra el jugo que tiene relacion
 «con su naturaleza, y luego despues
 «los demas que no tienen con ella la
 «misma afinidad, asi tambien un pur-
 «ganté, que debe evacuar la bilis, pro-
 «duce primero este efecto; pero si es
 «violento, ó se sostiene demasiado su
 «accion, no encontrando mas bilis que
 «purgar, evacua tambien la pituita,
 «despues la atra-bilis, y por fin la san-
 «gre (1).» Esto es lo que entienden al-
 gunos médicos cuando hablan de pur-
 gantes electivos, esto es, de aquellos
 que obran con preferencia sobre un
 humor determinado. No pudiendo los
 médicos mecánicos esplicar esta accion
 específica de ciertos medicamentos, les
 ha parecido cosa mas cómoda negarlo

(1) *Lib. de nat. hom.*

enteramente; sin embargo, la observación constante tiene demostrado que ciertas sustancias poseen una virtud específica, unas sobre los riñones, otras sobre el hígado, glándulas salivales, testículos, etc.

Los purgantes que estaban en uso en tiempo de Hipócrates, reunían la mayor parte de ellos, á la propiedad de purgar, la de hacer vomitar, ó á lo menos eran muy violentos. Los médicos empleaban entonces por lo comun el heléboro blanco y el negro; las bayas de *Gnido*, que segun algunos botánicos, son el fruto de la *thimelæa foliis lini*; segun otros, el del *mezeræum*; segun Schulzio, las bayas del *cneoron* ó *cnes-tron*; y segun Ray, los granos de la *thimelæa*, *granacnidia*; el *cneoron*, el *peplium*, especie de tithimalo; como tambien el *peplus*, el *thaspia*, el zumo del *hyppophae*, especie de *rhamnus*; el *elaterio*, que es el zumo del pepino silvestre; la *coloquintida*, la *escamonea* y la *piedra magnesia*, que se cree seria

una especie de diamante. Tambien se hace mencion en los escritos de Hipócrates del *cnicus*, que se cree ser el carthamo, y de una especie de adormidera blanca, que no es la misma que se usa en nuestros dias como calmante. Los antiguos usaban tambien algunas veces de purgantes mas suaves, como de la mercurial, del polypodio, del aloes, del epitimo, del azaró, etc.

Hipócrates tomaba las mayores precauciones cuando queria emplear los purgantes fuertes, y los proscribia en tiempo de la canícula y en la preñez, á no ser que hubiese turgencia: advierte que es tambien peligroso purgar antes del cuarto, y despues del séptimo mes.

En las enfermedades crónicas empleaba particularmente con mas frecuencia estos medicamentos, y los escaseaba en las agudas. De todas las personas que fueron afectadas de estas últimas, y cuya historia se ve en sus *Epidemias*, son muy pocas las que

purgó; advierte tambien que en bastante número de casos han producido malísimos efectos. Sin embargo, encargaba la purgacion en la pleuresia (1), cuando el dolor se presentaba bajo del diafragma; y en este caso daba el helleboro negro, ó el *peplium* mezclado con el laserpicio.

La regla mas principal de Hipócrates en orden á la purgacion, era «que
«solo se deben purgar los humores co-
«cidos, y no los crudos; que no se debe
«hacer en el principio de la enferme-
«dad, á no ser que haya turgencia, que
«no es por lo comun considerable (2).»
Por principio de la enfermedad enten-
dia el espacio de tiempo que corre des-
de la invasion hasta cumplido el dia
cuarto (3). Hay otro aforismo que pa-
rece opuesto al precedente. «En los
«principios de las enfermedades se debe

(1) *De vict. rat. in acutis.*

(2) *Aph. 22. sect. 1.*

(3) *De vict. rat. in acutis.*

«remover (esto es purgar), cuando el « caso lo exige; pero en el *vigor ó estado* vale mas estarse quieto (1).» Se encuentra fácilmente el sentido de esta sentencia en el aforismo 24 de la 1.^a sección. «Se debe purgar raras veces en « las enfermedades agudas, y esto en el « principio, despues de bien averiguado « que la cosa es necesaria.»

Hipócrates encargaba la preparacion para la purga fluidificando el cuerpo, esto es, poniendo á los humores aptos para ser evacuados (2) por medio de bebidas convenientes. Prescribia á los biliosos, y en las afecciones biliosas, los medicamentos que evacuan la bilis; en los pituitosos los que evacuan la pituita; en los melancólicos los que obran sobre la atrabilis, y en la hidropesía los flogmagogos. Añade que se puede conocer si un purgante ha evacuado el humor que debia salir, segun que el en-

(1) *Aph. 29. sect. 2.*

(2) *Ibid.*

fermo se encuentra bien ó mal. Cuando se siente aliviado, es señal de que ha salido el humor *pecante*; pero si se pone peor, por mas copiosa que haya sido la evacuacion, se puede asegurar que la materia que causa el desorden no ha sido espelida; porque no creia que un purgante fuese provechoso por la cantidad, sino por la cualidad de las deyecciones y por el efecto que resultaba. Se valia de los purgantes mas fuertes cuando queria llamar los humores de los parages mas profundos, en cuyo caso echaba mano del heléboro blanco, especialmente en la melancolía, en la demencia y en las fluxiones que, segun él, vienen del cerebro, y se dirigen á las narices y oidos; las que causan dolores rebeldes de cabeza, laxitudes, torpezas, debilidad de rodillas, ó la tumefaccion de todo el cuerpo. Daba tambien este medicamento con el caldo de lentejas (1) á los tísicos, á los leu-

(1) *De morbis, lib. 2. et de affect. intern.*

coflemáticos, y en otras enfermedades crónicas; pero no se ve que le usase en las agudas, á no ser en la *cholera* (1), en la cual dice que lo dió con buen éxito; sin embargo, este método es poco seguro, y aun muy peligroso.

Daba por lo regular este medicamento despues de comer, ya sea que se propusiese purgar ó escitar el vómito, á fin de que, mezclado con los alimentos, obrase con menos violencia en las primeras vias. Administraba tambien algunas veces la planta llamada *sesamoides*, con la mira de escitar el vómito, y algunas veces la unia al heléboro. Prescribia tambien en ciertos casos el heléboro blando ó suave, que seria probablemente una preparacion particular, por medio de la cual se suavizaria esta planta, á fin de moderar su accion.

Cuando se proponia Hipócrates conservar ó mantener solamente el vientre

(1) *De vict. rat. in acutis.*

libre, ó evacuar los escrementos contenidos en los intestinos gruesos, daba el zumo ó el cocimiento de la mercurial, ó de la berza, ó el suero, y aun la leche de vaca ó de burra, á la cual añadia un poco de sal, y que algunas veces hacia dar un par de hervores. En ciertos casos solia tambien dar la leche de burra sola en gran cantidad, hasta diez y seis *cotylos* ó *heminas* (1) (la *hemina* contenia nueve onzas itálicas de líquido). Se ve con evidencia que falta algo en este pasage, como lo hace ver muy bien Le Clerc en su Historia de la Medicina, pág. 198; porque se encuentra en el libro 7.º de las Epidemias la historia de un jóven á quien Hipócrates hizo tomar nueve heminas en dos dias, que es mucha menor cantidad. Pero tal ha sido la suerte de los escritos de Hipócrates, como tambien la de todos los antiguos, que no han llegado á nosotros en su perfecta integridad, sino mas

(1) *De vict. rat. in acutis.*

bien desfigurados y alterados en muchos pasages; de lo que ya se quejaba en su tiempo Galeno, es decir, en el segundo siglo de la Era cristiana.

Hipócrates empleaba tambien los supositorios y las lavativas para laxar el vientre. En la composicion de aquellos entraba la miel, el zumo de la mercurial, la sal, el nitro, la coloquintida en polvo, y otras sustancias acres y propias para estimular el recto, en el cual los introducía bajo la forma redonda y semejante á un cilindro de la longitud del dedo meñique, con corta diferencia. Las sustancias que usaba en las lavativas eran las hojas de bleda y de otras plantas emolientes y laxantes, añadiendo miel, aceite, nitro, sal, etc.

Hipócrates purgaba algunas veces solamente la cabeza, despues de haber purgado el resto del cuerpo, en la apoplejía, en los dolores de cabeza inveterados, en algunas ictericias, en la tisis, y en la mayor parte de las crónicas. Empleaba para esto los zumos de algu-

nas plantas, como el del *celeri*, al cual añadía en ciertos casos sustancias aromáticas, y hacia sorber esta mezcla por las narices. Se valia tambien con el mismo objeto de los polvos compuestos de mirrha, de las flores de estaño y del hellebóro blanco, que introducía en las narices para escitar el estornudo y atraer la pituita del cerebro.

Intentaba tambien purgar el pulmon, especialmente en el empyema ó vómica. Para esto hacia sacar la lengua, é introducía en la traquiarteria un licor irritante, el cual, determinando una tos violenta, rompía el absceso, y de este modo lograba que se desembarazase el pulmon de las materias purulentas que habia en él. Este medio, de que se hace mencion en el *Libro de las Afecciones internas*, y en el *segundo de las Enfermedades*, le empleaban los médicos cniidios, en sentir de Galeno; y era necesario que se perdiese enteramente su memoria, no solo porque era difícil su ejecucion, sino tambien por

ser sumamente peligroso. Usaba tambien con las mismas miras de los estornutatorios; y cuando nada conseguia con estos medios, se aventuraba á abrir el costado para dar salida al pus.

Hipócrates se proponia con la sangría, de la cual se ha abusado tanto desde Harveo, evacuar, reveler, ó llamar la sangre que se dirigia de un modo vicioso á ciertas partes del cuerpo: otras veces se proponia por fin principal promover un movimiento ó curso libre á la sangre y á los espíritus, ó atemperar. Asi en el Ileo prescribia la sangría del brazo y de la cabeza (1) « con « el fin, dice, de refrescar el vientre superior.» Se conducia, con corta diferencia, del mismo modo en orden á la sangría, que con respecto á los purgantes, relativamente á los tiempos y á los sujetos. « Se debe sacar sangre en las « enfermedades agudas cuando son vehementes, cuando es robusto el en-

(1) *De morbis*, lib. 3.

«fermo, y especialmente cuando está «en la flor de su edad.» No practicaba esta operacion en los niños, en las mugeres embarazadas y en los viejos; y advierte con razon que la sangría determina muchas veces el aborto. Sin embargo, sangraba algunas veces de los pies á las que se les dilataba mucho el parto, cuando eran jóvenes, robustas y de temperamento sanguíneo.

Aconsejaba sangrar en los grandes dolores (1), en las inflamaciones, especialmente en las de las principales vísceras, como el hígado, pulmón y bazo, como tambien en las que vienen acompañadas de dolores en las partes superiores al diafragma. En este último caso quiere «que se deje salir la sangre, hasta que se desmaye el enfermo,» especialmente cuando es muy agudo el dolor; ó bien es necesario, dice, «que no se debe cerrar la vena hasta que no mude el color de la sangre.» En la an-

(1) *De vict. rat. in acutis.*

gina sangraba de ambos brazos á un mismo tiempo. La gran dificultad de respirar era tambien para él una poderosa indicacion para ordenar la sangría. En la inflamacion del pulmon derramaba la sangre de todas las partes del cuerpo, y especialmente de los brazos, de la lengua y de las narices.

En los dolores que piden sangría, encargaba que se hiciese lo mas cerca que fuese posible del parage dolorido (1). Advierte particularmente, en orden á la pleuresia, «que es útil abrir «la vena interna del brazo del lado en «que está el dolor (2).» Por la misma razon hacia abrir las venas de la nariz y de la frente en los dolores de cabeza. Hizo sangrar del pie á una esclava de Idumea, la cual, despues de haber parido, padecia vehementes dolores en uno de los hijares y en las piernas, que le causaban convulsiones. Cuando el

(1) *Epid. lib. 6.*

(2) *De vict. rat. in acutis.*

dolor no era vehemente, y estaba no obstante indicada la sangría, aconsejaba «abrir las venas de las partes mas «remotas, á fin de reveler la sangre del «parage afecto (1).»

Hipócrates no sangraba en las calenturas continuas que no venian acompañadas de dolor ni de inflamacion. Pretendia con fundamento que la misma calentura era en muchos casos un contraindicante de la sangría. «Si alguno, dice, tiene una úlcera en la cabeza, es preciso sangrarle, con tal que «no tenga calentura (2). Es necesario, «añade tambien, sangrar á los que pierden repentinamente el habla, con tal «que no haya calentura (3).» Parece que temia en la calentura la sangría, porque suponía, como lo prueban muchos pasages de sus obras, que era causada por la bilis y la pituita que se

(1) *Lib. de nat. hom.*

(2) *Epid. lib. 2.*

(3) *Ibid.*

enardecian, enardeciendo despues todo el cuerpo (lo que produce la calentura); y que no podian estos humores evacuarse por medio de la sangría. Consideraba ademas la plétora biliosa como un obstáculo para la sangría, y quiere ó manda «que se abstengan de ella aun «en el esputo de sangre pleurítico, «cuando hay bilis,» es decir, en la pleuresia biliosa. La exactitud de este precepto se ve confirmada todos los dias en la práctica: la sangría es absolutamente perjudicial en todas las especies de enfermedades biliosas, á no ser que se compliquen con una violenta inflamacion; y solo los médicos servilmente adictos á la teoría de Boerhaave sobre la inflamacion (por poco no los llamo homicidas), pueden echar mano indistintamente de la sangría en todas las inflamaciones de cualquier naturaleza que sean.

Hipócrates creia que habia una gran diferencia entre la calentura esencial y la consecutiva y sintomática. La que

acompaña á la inflamacion pide, segun él, sangría; pero la proscribte enteramente en la calentura esencial. Asi en el libro de las Epidemias rara vez se hace mencion de este medio en las calenturas agudas continuas y muy arduas. En todo el libro 1.º y 3.º no hay mas que un solo ejemplo de una sangría que se hizo el dia octavo en una pleuresia.

Se observa que en todas las enfermedades que tienen su foco superior al hígado, sacaba Hipócrates sangre de las venas del brazo, ó de la cabeza; y en las que le tienen inferior al diafragma, abria las venas inferiores, como las de las piernas, pies, etc. (1). Cuando el vientre estaba muy suelto, queria contenerle antes de hacer la sangría, si es que estaba indicada.

Prescribia tambien algunas veces esta operacion en las afecciones crónicas, como lo comprueban muchos ejemplos

(1) *De vict. rat. in acut. sub finem.*

de sus obras, y entre otros el siguiente. Se quejaba un jóven de dolor en el vientre, que venia acompañado de un gran ruido cuando estaba mucho tiempo sin comer, y que cesaba luego que tomaba algo: los alimentos de que usaba no le aprovechaban; se enflaquecia visiblemente, y se estenuaba de cada vez mas. Se le habian dado inútilmente muchos medicamentos, ya para purgarle, ya para hacerle vomitar; por fin Hipócrates le hizo sangrar de las dos manos, hasta que apenas quedase sangre en las venas, y el enfermo quedó perfectamente curado (1).

Sangraba tambien en la hidropesía, y aun en la timpanitis; en estos casos abria las venas del brazo. En la tumefaccion del bazo repetia muchas veces la sangría del brazo. En orden á la sangría de la lengua, que mandaba en la ictericia (2), parece que no era más que un medio puramente empírico y fun-

(1) *Epid. lib. 5. sub finem.*

(2) *De morb., lib. 2.*

dado en la esperiencia, sin que se pueda dar razon de su utilidad en esta afeccion. Se conjetura esto porque el libro en que se hace mencion de esta especie, se tiene por obra de la escuela de Cnido, donde dicen que se enseñaba la medicina empírica. Lo que dice Hipócrates en otro lugar, á saber, « que si se abren « ó si se le queman á alguno las venas « (ó las arterias) temporales, no puede « ya engendrar, » no parece tampoco mal fundado. Los Escitas practicaban frecuentemente la abertura de estas venas para curarse de la esciática.

Las venas que mandaba abrir Hipócrates eran las de los brazos, de las manos, de los pies, de las pantorrillas, de la frente, de la parte posterior de la cabeza, las de debajo de las mamas, las temporales, las de la lengua, de la nariz y del ano. Algunas veces mandaba la arteriotomía, y otras quemaba algunas venas. Usaba tambien las ventosas con la mira de derivar los humores que se acumulaban viciosamente en alguna

parte; las aplicaba secas en ciertas circunstancias, y en otras las escarificaba. Tambien hacia uso de los cauterios.

Prescribia tambien Hipócrates los diuréticos y los sudoríficos. «Todas las enfermedades, dice, se curan ó se terminan por evacuaciones de la boca, del vientre, de la vejiga, ó de algun otro emuntorio; pero el sudor es comun á todas las afecciones, ó las termina igualmente todas (1).»

Variaba los diuréticos segun las diferentes circunstancias: unas veces mandaba el baño, otras el vino dulce, y otras un régimen que posee esta virtud. Entre las plantas diuréticas prescribia el ajo, la cebolla, el puerro, el pepino, el melon, la calabaza, el apio, el cantueso, el hinojo, el adianto, el solano, y todas las sustancias acres y odoríferas. Contaba tambien entre los diuréticos el oximiél y las carnes saladas. Cuando queria mover fuertemente la

(1) *De vict. rat. in acut.*

orina hacia tragar con el vino y la miel cuatro cantáridas pulverizadas, pero sin pies ni alas.

Algunas veces unia los sudoríficos con los diuréticos; pero no ha indicado los medios de que se valia para escitar á un tiempo sudores y orinas copiosas. Dice «que se debe examinar con cuidado si conviene promover el sudor, «cómo, y cuándo;» pero pasa en silencio lo que se debe hacer para este efecto. Solo dice en un parage, que se puede promover el sudor echando sobre la cabeza una gran cantidad de agua caliente, hasta que se presente el sudor en los pies; prescribe despues al enfermo que coma mucha harina cocida, bebiendo vino encima; que se arrope bien, y que guarde quietud. Aconseja el uso de estos medios en las calenturas que no son causadas por la bilis ó por la pituita, sino que dependen del cansancio ó de cualquier otra causa; pero reprobaba los sudoríficos en las demas especies de calentura.

« Los medicamentos, dice Hipócrates, que no purgan la bilis ni la pituita, obran refrescando, calentando, secando, humectando, costruyendo y espesando, ó resolviendo (1). » Prescribía tambien los calmantes, y empleaba con las mismas miras los alimentos; porque un poco mas abajo dice, « que los alimentos y las bebidas de que usan los hombres en el estado sano, deben servirles tambien cuando estan enfermos, y que deben prepararse y elegirse segun que sea necesario refrescar, humedecer, desecar ó calentar. »

Hipócrates hace mencion en varios parages de sus obras de la planta llamada *mecon*, que es el nombre que dan los griegos á la adormidera; pero no es la misma que empleaba como purgante. De aqui viene el nombre de *meconio* que se le ha dado á la adormi-

(1) *De affect. lib.* Se cree que este libro no es de Hipócrates, y se atribuye á Polybio.

dera: se valia de él raras veces, como tambien de los demas calmantes, y solo los usaba en los dolores fuertes y en las vigiliass pertinaces.

Hacia un uso muy frecuente de los fomentos, y los usaba de varias especies. La primera consistia en mandar sentar al enfermo en un vaso por algun tiempo, donde se ponía un cocimiento de yerbas apropiadas á la naturaleza de la enfermedad, de modo que este cocimiento obrase con el contacto sobre la parte afecta. Empleaba esta primera especie de cocimiento en las enfermedades que tenían su asiento en las partes inferiores al diafragma.

Para la segunda especie de fomento mandaba echar agua caliente en un odre, en una vejiga, en un vaso de cobre ó de tierra, y le aplicaba sobre la parte afecta, como, por ejemplo, sobre el costado en la pleuresia. Se valia tambien algunas veces de una grande esponja llena de agua ó de otro líquido caliente; y otras aplicaba la cebada ó la

semilla de orobio, ó el salvado cocido, en un líquido apropiado, llenando un talego de lienzo. Estos últimos fomentos se llamaban *húmedos*: usaba también de secos con la sal y el mijo tostado, y que se metían en unos saquitos.

La tercera y última especie de fomentos es la de los *vapores* ó *vaos*. Se metían varias veces en la orina piecetas de hierro hechas ascua, y se dirigía el vapor hácia la parte enferma.

Hipócrates usaba los perfumes: en la angina hacia quemar hysopo con azufre y betun, y dirigía el vapor hácia la garganta por medio de un tubo. Por este medio evacuaba ventajosamente una gran porcion de pituita por la nariz y por la boca (1). Otras veces se valia del nitro y de la semilla del bleado, que hacia cocer con agua, vinagre y aceite, y en el acto de hervir hacia respirar el vapor por la boca (2).

(1) *De morb.* lib. 3.

(2) *Ibid.* lib. 1.

En las afecciones propias de las mujeres usaba con mucha frecuencia especialmente de los perfumes, ya para promover la menstruacion, ya para contener los flujos de sangre uterinos, para facilitar la concepcion, para mitigar los dolores de la matriz, etc.

Empleaba los gargarismos, los aceites, los unguentos, las cataplasmas y los colirios; pero tanto los medicamentos externos, como los internos de que usaba, eran poco compuestos. Semejante á la naturaleza, de quien era observador y copista fiel, obraba como ella, empleando los medios mas simples; no entraban en sus composiciones mas que dos ó tres sustancias, y rara vez pasaba de aqui.

Los antiguos usaban con frecuencia las cataplasmas, los fomentos y las unturas; no solo las aplicaban en las afecciones locales, sino tambien en las generales, tanto agudas como crónicas. Estos medios, que se dirigian á efectuar mudanzas en todo el sistema, eran muy

útiles; han sido desterrados de la Medicina moderna por las teorías, que han desechado todo lo que no podia acomodarse á sus esplicaciones. De los tópicos emolientes hacian principalmente uso los antiguos, los cuales tienen la propiedad de relajar y suavizar el tejido de los sólidos, disminuyendo la fuerza de cohesion que une los elementos de la fibra, y cuya virtud reside particularmente en el agua tibia, que forma la base si se exceptúan los oleosos. Los empleaban, del mismo modo que los modernos, en los casos de tension, de sequedad, de dolor y de inflamacion. Hipócrates recomendaba especialmente su aplicacion sobre el lado del dolor en las pleuresias; no sangró á Anaxion hasta el dia octavo de la enfermedad, y eso despues de haberle aplicado los fomentos. No limitaba su aplicacion al lado dolorido, sino que hacia tambien untar casi todo el cuerpo, especialmente los lomos y las piernas, á pesar de que, hablando como se debe, solo el

pecho es el que padece en la pleuresia (1). Sin embargo, no queria que se insistiese mucho sobre esta aplicacion al pecho. *Verum si fomentis dolor non placetur, non diutius calefacito.* Marciano da la razon de ello: *Resiccat enim hoc pulmonem, et suppurationem facit.* En efecto, se puede temer que las aplicaciones emolientes muy continuadas no decidan en los pulmones un estado de debilidad que se opone á la coccion y á la espectoracion.

Hipócrates prescribia los fomentos emolientes en las estremidades inferiores para los espasmos intestinales; en efecto, son muy provechosos, y los desvanecen muchas veces por el consentimiento que tienen estas partes entre sí, y que no le era desconocido al padre de la Medicina. En los flujos de vientre inmoderados que acompañaban á las calenturas, y que debilitan las fuerzas, encargaba el examen ó reco-

(1) *De pict. rat. in acut.*

nocimiento del estado de los pies: si estan frios, manda que se procure excitar el calor con fomentos suaves. Consideraba esta especie de flujos como productos del movimiento excesivo en las partes internas, que debe combatirse con medios revulsivos.

En el tétanos usaba frecuentes unturas de aceite en todo el cuerpo, y los esternutatorios. Cuando no era producido por una herida, y era sugeto joven y robusto, y en medio del verano, empleaba los baños de chorro de agua fria. La observacion ha confirmado este método en el tétanos crónico; pero le ha condenado por mortal en el agudo.

Prescribia con firmeza en las pulmonías los expectorantes (1). «Tómese, «dice, abrótnano, pimienta y heléboro «negro; hágase cocer en vinagre con «miel, y dése esta mezcla desde el principio, si el dolor es violento (2).» Re-

(1) *De locis in homine.*

(2) *De vict. rat. in acut.*

comienda en la misma enfermedad, como tambien para la inflamacion del hígado y dolores inmediatos al diafragma, el *panax* cocido en este mismo líquido: estos remedios, añade, laxan suavemente el vientre, y promueven la orina. Concedia vino en la pleuresia y en el letargo, pero que fuese suave y aguado. Prescribe tambien á los pleuríticos que beban mucho oxicato y oximiel para humedecer y favorecer la expectoracion. Recomienda ademas la sangría en la inflamacion del pulmon, como tambien en los casos en que se pierde repentinamente el habla: despues de todo esto hacia vomitar y purgaba, haciendo tomar una gran cantidad de leche de burra.

Sangraba en las convulsiones, y daba despues pimienta y heléboro negro en caldo de pollo; escitaba el estornudo, fomentaba, bañaba y untaba casi siempre. Hacia encender lumbre en ambos lados de la cama del enfermo (1),

(1) *De locis in homine.*

le daba la raiz de la mandrágora, aunque en corta cantidad para que no se atacase el cerebro, y aplicaba almohadillas muy calientes á los tendones de atras, es decir, á la nuca.

En la angina abria las venas de los brazos, las que estan bajo de la lengua y de las mamas: prescribia eclegmas y gargarismos calientes: mandaba cortar el pelo para aplicar en la cabeza un ce-rato, como tambien en el cuello: fo-mentaba esta última parte, la untaba, y en fin, la cubria de lana. Cuando ame-nazaba peligro de sufocacion, introdu-cia una cánula ó tubo hasta las fauces para ayudar á respirar; y cuando dismi-nuia el mal, purgaba con el elaterio fresco ó reciente. Usaba tambien en es-ta enfermedad de una cataplasma de ha-rina de cebada cocida en vino y aceite.

Principiaba la curacion del vólvulo por el vomitivo, como en la *cólera morbo*; en lo cual es digno de que se le condene, porque este medio es mor-tal en estas enfermedades, especialmen-

te en la primera: para curar el vólculo sangraba despues de los brazos y de la cabeza; refrescaba las partes superiores al diafragma, y calentaba las inferiores. Para satisfacer esta indicacion colocaba al enfermo en un vaso que contenia agua caliente, y le untaba sin cesar con aceite, ó le aplicaba cataplasmas calientes. Se valia tambien para esta enfermedad de çalas de diez dedos de longitud, hechas de miel, y untaba una de sus estremidades con hiel de toro. Cuando por medio de estos supositorios conseguia evacuar los escrementos mas inmediatos al ano, administraba una lavativa. Cuando los supositorios no producian efecto alguno, introducía en el intestino recto un fuelle de herrero, y llenaba de aire los intestinos, administrando despues una lavativa; cerraba luego el ano con una esponja; se sentaba el enfermo en un semicupio caliente, y retenia cuanto era posible la lavativa, despues de lo cual le mandaba untar con aceite. Si se deja aparte el

vomitivo, el método de Hipócrates en la curacion del vólvulo no puede ser mas juicioso, pues intenta introducir directamente movimientos contrarios, proporcionar evacuaciones por abajo, disipar el espasmo de los intestinos gruesos, y precaver la inflamacion de las partes superiores.

Hipócrates usaba en la tisis los purgantes violentos, como las bayas de la tymelea; daba despues la leche de burra ó de vaca, á la cual añadia una tercera parte de agua-miel. Recomendaba tambien á los tísicos el uso del suero, ya puro, ya con miel, y le añadia un poco de sal cuando le queria hacer purgante. Sin embargo, proscribia la leche cuando la estenuacion y la debilidad eran extremas, como tambien cuando habia gran calentura, y en general en todos los casos de fuertes dolores de cabeza, de gran sed, de deyecciones biliosas, cuando estaban elevados los hipocondrios con ruido en ellos, y en las calenturas agudas. Para que pudiese

ser útil la leche en la tisis y en las calenturas hécticas, deseaba que no fuese excesiva la estenuacion, y que estas enfermedades no tuviesen ninguno de los síntomas que acabo de esponer (1); y en efecto, la leche no es conveniente de modo alguno en tales circunstancias, con respecto á las saburras de las primeras vias, que producen estos síntomas, y que alterando y corrompiendo la leche, agravan la enfermedad por la estenuacion extrema que produce ó aumenta la inercia de los órganos y de los jugos digestivos, que no permitiendo que se verifique una buena asimilacion, comunica á la leche cualidades nocivas.

Hipócrates prescribia en la tisis cauterizar en muchos puntos el dorso y el pecho, y conservar abiertas por mucho tiempo las úlceras que resultaban; por fin, recurria tambien á la purgacion de la cabeza.

En orden á la dieta, aconsejaba el

(1) *Aph.* 64. *sect.* 5.

uso de la carne de cabra, y algunas veces la de cerdo. Esculapio habia ya recomendado esta última para la misma enfermedad: cuando los tísicos no espectoraban con facilidad las materias purulentas que infartan sus pulmones, los alimentaba con carnes gordas y saladas; les permitia beber un poco de vino negro y austero, pero con moderacion; y aconsejaba tambien los ejercicios moderados, y sobre todo el paseo.

Principiaba la curacion del dolor de cabeza por las lociones y fomentos repetidos sobre esta parte de agua caliente, y por los esternutatorios, que tienen la virtud de purgar la cabeza, evacuando la pituita; proscribia el vino y recomendaba las bebidas humectantes. Si no eran suficientes estos medios, abria las venas de la nariz y de la frente; cauterizaba despues las venas de la cabeza en diferentes puntos, y practicaba muchas incisiones sobre esta region.

Se oponia á la hinchazon del bazo,

enfermedad bastante frecuente despues de largas calenturas intermitentes, con el uso de los purgantes flegmagogos (1) y de los alimentos propios para desarraigir la pituiscencia: cuando son infructuosos estos medios, quiere que se cauterice ligeramente al rededor del ombligo, en varios puntos, para evacuar las aguas.

En la hidropesía prescribia al principio un régimen desecante (2), los paseos y los ejercicios violentos: deseaba tambien que se entregasen á trabajos penosos que produjesen el sudor, procurando luego despues conciliar el sueño. Recomendaba las bebidas acres para escitar la orina, y queria que se usase de pan caliente empapado en vino negro y aceite, y de carne de cerdo cocida en vinagre. Era menester ademas beber poco, y preferir al principio un vinillo blanco, y despues un vino negro

(1) *De locis in homine.*

(2) *De vict. rat. in acut.*

de mas cuerpo, cuando el mal habia hecho progresos sensibles. Cuando sobreviene dificultad de respirar, aconseja la sangría del brazo, con tal que sea tiempo de verano, que esté el enfermo en el vigor de su edad, y tenga fuerzas.

Ademas de estos medios propone tambien el uso de los purgantes que evacuan el agua y la pituita, pero no la bilis. Por lo demas, recomienda una especie de curacion particular para cada especie de hidropesía; nombra entre otras una que depende del hígado, y otra que tiene su origen en el bazo. Quiere que al principio de la primera tome el enfermo una bebida compuesta de orégano cocido en vino, y de laserpicio del tamaño de un grano. Despues de esta bebida debe dársele leche de cabra, de la cual hace tomar cuatro heminas con una tercera parte de hidromiel. Quería ademas que no se tomase ningun alimento sólido en los diez primeros dias de la enfermedad, en cuyo

tiempo juzgaba si sanaria ó no el enfermo; que solo se usase de la tisana dicha y de vino blanco no muy fuerte. Al cabo de este tiempo concedia la carne de capon asado, que debia comerse caliente; la de los perros jóvenes y pescado, con el mismo vino arriba dicho. Pero cuando empezaban á acumularse las aguas en el vientre, es decir, cuando estaba verdaderamente formada la hidropesía, recurria á los remedios arriba indicados, al vino negro y austero, al ejercicio, etc.

En orden á la hidropesía que trae su origen del bazo, procuraba al principio el vómito con el heléboro, y purgaba luego con el *cneorum*, con el zumo del *hippophae*, ó con los granos *onidios*; despues daba la leche de burra en la cantidad de ocho heminas, en la cual destleia un poco de miel. Cuando no eran suficientes estos remedios, recurria á los medios quirúrgicos.

Hipócrates curaba las cuartanas del modo siguiente: purgaba al principio;

á esta purgacion seguia la de la cabeza, y luego volvía á purgar: si la calentura subsistia, dejaba dar dos accesiones, despues de lo cual mandaba baños tibios, y al salir del baño propinaba como un grano de mijo del fruto del beleño, y otro tanto de la mandragora, como la porcion de tres habas del zumo de laserpicio, é igual cantidad del trebol, todo desleido en vino puro. Cuando era robusto el enfermo, y por otra parte se sentia fuerte, ó cuando la cuartana era consecuencia de una calentura de laxitud y de cansancio, principiaba la curacion por los fomentos, y prescribia despues el ajo, la miel y el caldo de lentejas, al cual añadia miel y vinagre. Despues de haber tomado el enfermo esta mezcla, tomaba un vomitivo; cuando habia ya hecho su operacion, se metia en un baño de agua caliente, y bebía despues del *cyceon* con agua; por la noche cenaba todo lo que quería de carnes ligeras. En la accesion siguiente tomaba un baño caliente, y

despues, envuelto con muchas mantas para promover el sudor, tomaba un vomitivo compuesto de la raiz del heléboro blanco, del trebol, y del laserpicio en vino puro: si esta mezcla no producía el vómito, la repetia despues de haber purgado la cabeza. En fin, prescribia Hipócrates un alimento ligero y acre; y cuando la accesion sobrevenia antes de que se hubiese el enfermo desayunado, se abstenia de administrar el vomitivo.

Hipócrates advierte que en una disenteria que venia acompañada de hinchazon en los piés, la harina desleida en leche fue mucho mas útil que el suero de cabras. Añade tambien que á otra persona atacada de la misma enfermedad, le fue muy útil la leche de burra cocida. Dice haber visto tambien que el suero y la leche, en los cuales se habian apagado pedernales ardientes, habian producido alivio en los mismos casos. En virtud de esto se ve que Hipócrates hacia un uso muy frecuente

de la leche y del suero en las disenterias. Empleaba tambien los caldos gordos, en los cuales hacia cocer habas y la rubia de los tintoreros.

Purgaba con frecuencia en la enfermedad negra (vómito de sangre negra), y mandaba tomar leche y suero. Encargaba en esta enfermedad la abstinencia de las cosas dulces, gordas, oleosas, y queria no se diesen mas que cosas frias y purgantes, á no ser que se opusiese á ello la debilidad. Mandaba tambien sangrar del brazo, y cuando el vientre estaba constipado prescribia una lavativa emoliente; prohibia el uso del vino y de las mugeres, el ejercicio, aun el paseo, los licores cálidos, y las substancias acres y salinas (*Lib. 2. de morbis*). Este método curativo es apropiado á la enfermedad; pero deben abandonarse los purgantes, que solo convienen cuando está cerrado el origen de la hemorragia; de otro modo la aumentarian y agravarian la enfermedad, como lo comprueban las observaciones

de los modernos. Hipócrates conoció el escorbuto, y le describió en estos términos (*Lib. de affect. intern.*). «Los que
 «padecen esta enfermedad tienen el
 «vientre inflado, el bazo duro, hincha-
 «do y dolorido. La cara se pone ne-
 «gra ó pálida, ó de un color semejante
 «al de una granada. Les sobrevienen á
 «las piernas úlceras que se parecen á
 «las epynctides; se enflaquecen sus
 «miembros, y estan sujetos á la cons-
 «tipacion.»

Atribuia en gran parte las enfermedades del otro sexo á las dislocaciones de la matriz. La peor de todas, segun Hipócrates, es cuando se remonta y comprime las partes superiores. Los síntomas que resultan son la mudanza repentina de color, el rechineo de dientes, las convulsiones, la dificultad de respirar, que llega algunas veces á producir la sufocacion, la privacion de todos los sentidos, y en fin, un frio universal y semejante al de la muerte. En este caso aconseja fajar el vientre, re-

chazar suavemente la matriz hácia abajo, abrir la boca y hacer tragar vino bueno; y cuando haya terminado la accesion, purgar, y dar luego despues la leche de burra. Cuando el mal es rebelde conviene, despues de haber reducido la matriz á su lugar, administrar una bebida compuesta del castoreo, de la yerba llamada *coryza*, del zumaque, del comino de Ethiopia, de la semilla de rábano, de azufre y de mirra. Quiere tambien que se haga estornudar á la enferma para que descienda la matriz; que se le apliquen á la nariz cosas fétidás, ó que se le haga respirar aquel humo quemándolas; y entretanto hacia untar las partes inferiores con aceites ó perfumes líquidos de mas suave olor.

Ha dado una escelente descripcion de los síntomas que ocasionan los escirros de la matriz, y á consécuencia un plan curativo general. «Cuando hay «en el útero un escirro, dice Hipócrates, cesa la menstruacion, se aplana «su orificio, y se impide la concepcion.

«Esta parte es enteramente diversa de
 «lo que es en el estado natural; parece
 «tan dura al tacto como un pedernal (1).
 «En otra parte dice (2), que los escirros
 «de la matriz degeneran fácilmente en
 «cancros, y cuando se pone esta parte
 «escirrososa viene por lo comun á com-
 «pañada esta afeccion de una prociden-
 «cia, sobreviene una dureza en las in-
 «gles; y si la enferma siente un calor
 «estrâordinario en los órganos de la
 «generacion, es señal que indica que
 «empieza á formarse el cancro.»
 «Cuando esta enfermedad está en
 «sus principios (3), es necesario, dice,
 «lavar con agua caliente, y aplicar pa-
 «ños calientes sobre la parte afectâ. Si
 «la enferma es robusta, y si los dolores
 «llegan á las partes superiores, se fo-
 «mentará enteramente á la enferma, y
 «se le dará una purga; y si fuere favo-

(1) *De morb. mulieb. lib. 1.*

(2) *De natur. muliebri.*

(3) *De morb. mulieb. lib. 1.*

«rable la estacion, tomará por espacio
 «de cinco dias suero cocido, y en su
 «defecto leche de burra hervida por
 «tres ó quatro dias. Despues de haber
 «tomado la leche, hará uso de las aguas
 «y alimentos convenientes, como las
 «carnes tiernas y frescas de carnero y
 «de volatería, las acelgas y la calabaza.
 «Se abstendrá de todo lo salado, acre,
 «del pescado, y de la carne de cabra.»

Empleaba los pesarios, cuyo uso era ya conocido mucho tiempo antes, y aun se hacia de él un remedio universal en casi todas las enfermedades de las mugeres. Los antiguos se servian de ellos con el fin de ablandar, suavizar, abrir, atraer, apretar, purgar y retener la matriz en su lugar, etc., y los preparaban unas veces con aceites y grasas, y zumos de yerbas, y otras con materias irritantes.

Hipócrates principiaba la cura de la supresion de los meses por los vomitivos y purgantes; y despues de haber puesto en uso los pesarios mas acres,

los perfumes, los fomentos y los baños calientes dos veces al dia, daba interiormente aquellos medicamentos que la experiencia habia hecho conocer como propios para atraer ó évacuar la sangre por las vias naturales. Con esta mira empleaba algunas veces el *crethmus*, ó crista marina, cocida en el vino hecho con el árbol llamado *tæda*, añadiéndole la mercurial y los garbanzos. Si no eran bastante activos estos medios, daba una bebida preparada con cinco cantáridas, á las cuales se les habia cortado la cabeza, las alas y los pies; el tribulo marino, el *anithamus*, la semilla de apio ó de peregil, y quince huevos de gibia en infusion en vino dulce: empleaba tambien las hojas y las flores de los ranúnculos, que ponía en infusion en el mismo vino, con el dictamo de Creta, el *pencedanum*, el *panax*, la raiz de peonía, la semilla de la violeta blanca, el zumo de berza, el laserpicio y la semilla de berros. Estos dos últimos medicamentos se debían

desleir en vino ó en leche de perra.
 Quería que no se diesen baños en los flujos de sangre uterinos (1), como ni tampoco sustancias ardientes, diuréticas y purgantes. Encargaba que las camas en que estaban las enfermas fuesen más elevadas por los pies, y que se introdujesen en la vagina pesarios astringentes (2). Quería que se fomentase el vientre y las partes inferiores con una esponja, y paños empapados en agua fría, y que se tomase una bebida compuesta de la semilla de peregil asado, machacado y pasado por el tamiz, de la de erisimo preparado del mismo modo, de la del *peplium* ó de la adormidera, de la de ortiga, de la de la agalla ó moho de acébuché, del poleo, del orégano, de la harina de cebada, de trigo y del queso de cabra: mandaba aplicar también desde el principio una gran ventosa sobre los pechos (3). Lue-

(1) *De locis in homine.*

(2) *De morb. mulier. lib. 2.*

(3) *Aph. 50. sect. 5.*

go que empezaba el flujo á disminuir, purgaba, hacia vomitar, y usaba de los fomentos suaves, y despues de los astringentes sobre las partes inferiores; y aplicaba despues una cataplasma de *espelta* ó *cea* mezclada con salvado, el fruto de la higuera loca, y las hojas de olivo; en fin, mandaba tomar la leche de vacas cocida ó cruda, segun el estado de la enferma. Recomienda tambien la semilla del erisimo, asada ó desleida en vino: al uso de este remedio añadia el de los perfumes, en los cuales entraba el vinagre, el azufre, la cea, la mirra, y el fruto del *ophis* ó *serpiente*, especie de planta que no conocemos. Estos dos últimos medicamentos eran concernientes á un flujo de sangre particular, que dice Hipócrates que proviene de los parages situados bajo de las *articulaciones de la matriz*; pero no se entiende lo que quiso significar por esto, ni qué especie de flujo quiso designar. En otro parage coloca la cicuta tomada interiormente entre los re-

medios que detienen los flujos de sangre uterinos. «Tómese de cicuta, dice, «cuanta pueda cogerse con tres dedos, «y bébase en cocimiento hecho con «agua.» En estas circunstancias seguramente quiso hablar de los flujos determinados por los espasmos de la matriz, y especialmente de los que produce la úlcera de esta parte.

La curacion de los flujos uterinos que vienen acompañados de dolores, de acrimonia, de mal olor, etc., era con corta diferencia la misma que la precedente. Daba el heléboro blanco, luego un purgante, despues los dulcificantes, y en fin, los astringentes de que ha hablado. Se debe notar que ademas de los fomentos suaves y astringentes empleaba tambien las inyecciones en el útero, especialmente cuando estaba ulcerado: se componian de las mismas sustancias dichas, como tambien los pesarios y las cataplasmas, de que usaba tambien. En orden á la dieta, prescribia la leche de burra, las yerbas

suaves y cocidas, los pescados crasos cocidos con cebolla, y el cilantro en salmuera suave y crasa. Recomendaba el uso de las carnes de cerdo, de cordero, de carnero, mas bien asadas que hervidas ó cocidas, y por bebida un vinillo blanco dulcificado con miel. No aprobaba el baño frecuente en estas afecciones, especialmente si era muy caliente. Cuando se habia humedecido bastante la matriz, y corregido la acrimonia de los humores, proscribia enteramente el baño, y aconsejaba el uso de los alimentos y medicamentos tónicos y astringentes.

En los paroxismos histéricos mandaba fajar el vientre, y hacia inspirar olores fétidos; introducía algunas veces los esternutatorios, y daba interiormente el castoreo. Usaba al mismo tiempo de las fumigaciones y de los vaos, como en la supresion de los meses, y en ambos casos se valia tambien de los pesarios; pero el medio mas eficaz que aconsejaba era el matrimonio.

Reconocia muchas causas para la esterilidad y el aborto, y en consecuencia prescribe varios métodos curativos. Describió los síntomas de la verdadera concepcion: para facilitar el parto trabajoso recomienda escitar el estornudo, y sacudir fuertemente á la muger durante los dolores del parto, con tal que se presente el feto en una posicion natural; pero si se presenta otra parte que no sea la cabeza, quiere que se vuelva de manera que llegue á presentarla. Cuando se moria el feto en el seno materno, hacia la estraccion con un garfio de hierro, y algunas veces lo sacaba á pedazos. Durante el parto aplicaba fomentos en las partes genitales: en las inflamaciones de la matriz que sobrevienen á consecuencia del parto, empleaba los baños, los fomentos, la dieta ténue, etc.; y en la supresion repentina de los loquios prescribia los purgantes, las lavativas, los fomentos y los baños tibios.

Hipócrates aplicaba á la ictericia un método curativo que aprovecha por lo

comun en los mas de los que padecen esta afeccion. «Es necesario, dice (1), «ablandar la superficie esterna del cuerpo con los baños calientes, y lubricar los intestinos y la vejiga; porque la ictericia es causada por una bilis sumamente agitada que se deposita debajo de la piel, y el médico mas ignorante que supiere esta circunstancia, no podrá dejar de acertar en la curacion de esta enfermedad...» Se puede usar con toda seguridad de aquellos alimentos, bebidas y remedios que poseen la virtud de calmar los dolores, con tal que se haga con moderacion y prudencia. Al contrario, los remedios que evacuan la bilis y la pituita son muy peligrosos, y el médico que los prescribe es un imprudente é ignorante.» Celio Aureliano condena igualmente el uso de los purgantes en la ictericia (2); y en efecto, no pueden me-

(1) *Lib. de affect.*

(2) *Lib. 3, cap. 5.*

nos de aumentar la irritacion espasmódica de las vísceras del vientre, la cual, transmitiendo á la piel sus irradiaciones, retiene alli fijamente los jugos biliosos que hay depositados.

Hipócrates empleaba con frecuencia el cauterio, y hacia uso de él en la mayor parte de las enfermedades crónicas. Los instrumentos de que se valia para esto, unas veces eran hierros ardientes, otras husos de madera que metia en aceite hirviendo, otras una especie de seta que hacia quemar sobre la parte, y otras lino crudo. Por lo comun aplicaba estos medios en los dolores fijos: dirigia el fuego especialmente á los dedos de los pies y de las manos, y á las caderas, por medio del lino crudo, en la gota y en la esciática. Parece que este modo de cauterizar con el lino crudo, ó mas bien con la tela nueva de lino, era el mismo que usaban todavía los Egipcios en tiempo de Próspero Alpino, que habla de ello en estos términos: «Los Egipcios toman un poco de algo-

« don, y lo envuelven en un pedacito de
 « tela de lino arrollado en forma de pi-
 « rámide; despues de haberle encendido
 « por la punta, aplican su base sobre la
 « parte que quieren cauterizar, apoyan-
 « do siempre por arriba, hasta que la
 « combustion termine enteramente (1).»

Un método casi semejante está pue-
 to en uso de tiempo inmemorial en la
 China y en el Japon, la aplicacion del
moxa, que se prepara del modo si-
 guiente: se recogen las hojas mas tier-
 nas y las puntas de la artemisa; despues
 de haberlas secado bien á la sombra se
 las frota ó refriega entre las manos; se
 quitan luego los algodones y las fibri-
 llas, y la especie de estopa que queda
 se guarda para el caso. Pasa por la me-
 jor moxa la que tiene mas tiempo:
 cuando se quiere usar de ella se forman
 con los dedos pequeñas pirámides, que
 esceden un si es no es la grosor de un
 guisante. Algunas veces se envuelve esta

(1) *Medic. Egiptior. lib. 3. cap. 12.*

lana vegetal en un papel, se la comprime entre las manos para que salga mas uniformemente desmenuzada, se cortan unos glóbulos de la grosor de dos plumas de escribir, y se enciende la punta sobre el parage que se quiere cauterizar.

El moxa que se usa actualmente en Europa no es mas que una imitacion del de la China y del Japon; consiste en una pirámide de algodón cardado, que se enciende en la parte que se quiere cauterizar. Pouteau, célebre cirujano de Leon, lo ha usado con buen éxito en algunas enfermedades, tanto internas como externas; pero no ha conseguido buenos efectos en todas ellas, y aun se puede decir que ha generalizado demasiado este medio, y que ha abusado de él. En las afecciones reumáticas crónicas es particularmente muy útil este medio: ha curado muchas veces algunas de ellas que habian inutilizado todos los auxilios del arte: sin embargo, no causa buen efecto por

lo comun sino cuando la supuracion que sigue á la caida de la escara producida por la quemadura, se mantiene por mucho tiempo. He observado que no produce grandes efectos cuando los dolores son vagos y ambulantes, y peligroso cuando vienen acompañados de inflamacion. Sobre el nucleo ó centro del dolor conviene principalmente aplicarlo, y muchas veces es necesario repetirlo para conseguir el efecto. El célebre Dessault empleó este remedio con buen éxito en la gibosidad.

La cauterizacion ha sido usada desde la mas remota antigüedad: los Griegos la empleaban de tiempos remotos, y parece que tomaron este método de los Egipcios ó de los Etiopes. Estos últimos cauterizaban la frente de los niños en el momento que venian á luz, y los Etruscos el occipucio. Los de Libia, pueblo de Africa, y especialmente los que se ocupaban en una vida pastoral, hacian gran caso de la cauterizacion. Luego que llegaban sus hijos á

la edad de cuatro años, á los unos les cauterizaban las venas de la coronilla con la grasa de la lana, y á otros las temporales para preservarlos de la pítuita, que creían que bajaba del cerebro. Cuando producía espasmos esta operacion, los calmaban rociando el cuerpo con orina de macho cabrío; y este pueblo, que gozaba de una constitucion muy robusta y de una salud constante, creía que todas estas ventajas las debía á este uso.

Los Escitas nómadas, que disputaban su antigüedad á los Egipcios, se hacían aplicar el fuego á las espaldas, á los brazos, á las articulaciones, al pecho y á los riñones, y esto lo hacían por el exceso de humedad y de debilidad que sentían en las articulaciones; lo cual prueba que los Egipcios, de quienes lo han tomado casi todos los Griegos, usaron desde tiempos muy remotos el cauterio actual: así es que, como lo refiere Plinio (1), cuando la Men-

(1) *Histor. nat. lib. 26. cap. 1.*

tagra, que era endémica en Asia, empezó á manifestarse en Roma en el imperio de Claudio, se hicieron venir médicos egipcios, que se valieron del fuego con buen éxito. Este medio heróico, que nuestra molicie ha hecho proscribir en estos tiempos, se usa familiarmente entre los Lapones para los dolores de las articulaciones, y entre otras naciones poco civilizadas, en las cuales la Medicina no ha salido, por decirlo asi, de las mantillas.

Se encuentra establecida la práctica del cauterio actual en toda el Asia. Los médicos de la mayor parte de estos pueblos cauterizan con un hierro ardiente las plantas de los pies en el cólico. Un médico que ha vivido mucho tiempo en la corte de Mogol, curaba casi todos los cólicos aplicando sobre el ombligo un anillo de hierro ardiente, que tenia pulgada y media de diámetro. Este método, que era muy comun entre los antiguos, se suple en nuestros dias con la aplicacion de los vejigatorios; á la ver-

dad no es tan cruel, pero tambien es cierto que no es tan eficaz, y cura mas raras veces y con menos prontitud. Sin embargo, se pueden conseguir efectos casi idénticos por medio de los cáusticos, como la piedra de cauterio, la infernal, los ácidos minerales concentrados, las disoluciones metálicas, y especialmente las mercuriales, el muriate oxigenado de antimonio.

Hipócrates cauterizaba en la hidropesía reciente muchos puntos del vientre hácia la region del hígado. En los grandes dolores de cabeza aplicaba ocho cauterios, á saber: dos hácia las orejas, dos al occipucio, dos á la nuca, y dos cerca de los ángulos de los ojos. Cuando estos cauterios no producian el efecto deseado, mandaba hacer incisiones al rededor de la frente en forma de corona, y mantenía por algun tiempo abiertos los labios de la herida; iguales incisiones empleaba tambien en las fluxiones de ojos, como tambien cauterios á la cabeza y á la espalda. Asi

dijo (1): *Quæ medicamenta non sanant, ea ignis sanat: quæ vero ignis non sanat, ea insanabilia existimare oportet.*

Hipócrates trató de la Cirugía, y no hay cosa mas importante que lo que dijo acerca de las luxaciones, fracturas, úlceras y fístulas. Los libros que ha escrito sobre estos objetos formarán siempre la basa de la buena Cirugía. Celso no ha hecho mas que copiar á Hipócrates en lo tocante á las fracturas del cráneo, á la trepanacion, á las úlceras y á las fístulas.

Por lo que acabo de referir de Hipócrates se ve que la Medicina habia ya hecho grandes progresos, y debia ser asi si se considera que todas las artes y ciencias se reunen y confunden en cierto modo por una multitud de puntos de contacto, siendo imposible que se perfeccione una de ellas sin que las demas hagan sus progresos. La historia demuestra que todos los conoci-

(1) *Ap. 6. sect. 8.*

mientos humanos llegaron á adquirir en Grecia casi toda su perfeccion: esta nacion, dotada de unos órganos sensibles, que hablaba la mas hermosa lengua de la tierra, que gozaba de la libertad, y que tenia gusto y tiempo para todo, ofrece los modelos de la mas ilustrada legislacion y civilizacion, obras maestras inimitables de las artes, y tal vez lo sumo á que pueden llegar los progresos del entendimiento humano en el desarrollo de sus facultades. Esto no podrá ser de ningun modo agradable á ciertos modernos, los cuales, para ocultar á sus contemporáneos los robos que han hecho á los antiguos, y atribuirse la gloria de los descubrimientos que han sacado de sus obras, quisieran aniquilar la antigüedad, que los ha ilustrado.

Los Griegos debieron todas estas ventajas, no solo á las felices disposiciones que recibieron del clima mas favorable para la imaginacion y para el ingenio, sino tambien al comercio que

tuvieron con las demas naciones, especialmente con los habitantes del interior del Asia y con las partes mas orientales de Europa. Ya en tiempo del padre de la Medicina, las especias de la India, y especialmente de la costa del Malabar, estaban muy introducidas por el Peloponeso y por la Atica, en donde el ramo de comercio relativo á los aromas, á los perfumes y á los cosméticos, se hallaba casi enteramente concentrado en manos de los atenienses, que tenían un sinnúmero de mercados ó plazas destinadas para vender estas materias (1).

Pero es tal la connexion que hay entre la civilizacion y las costumbres, como lo habia ya notado Sócrates, que se depravan aquellas al paso que el hombre adquiere mayores conocimientos y civilidad, que es lo que sucedió á los habitantes de la Grecia. Asi se vió que se afeminaban y que perdian sus

(1) Meursius, de ceramico-gemino, cap. 16.

antiguas virtudes, al paso que hacian mayores progresos entre ellos las artes y las ciencias. No hay pueblo que se haya entregado mas á los vicios, esceptuando el romano quando fue enervado por la literatura de los Griegos. Los hombres buscaban con furor los placeres criminales que degradan á la naturaleza: y las mugeres, especialmente las de Lacedemonia, se entregaban á la disolucion mas desenfrenada. Aquellos, dice Pau, podrian con todo tener alguna excusa, si el vicio infame pudiese ser excusado, porque los Griegos eran los hombres mas hermosos, y el otro sexo era entre ellos lo mas disforme, y enteramente privado de aquellas gracias que le hacen tan apreciable. Pero la disolucion de las mugeres, continúa el mismo autor, provenia de varias causas, y sobre todo de la mala educacion de las espartanas. Estas no tenian una que fuese correspondiente al estado de doncellez, ni al de casadas; por consiguiente las madres no podian criar bien

á sus hijas, ni enseñarles la decencia ni las costumbres, de las cuales jamas habian ellas tenido la menor idea. Todas las pasiones ejercian sobre ellas un imperio tiránico, que no procuraban moderarlo ni el recato del pudor, ni la moderacion que inspira la honestidad. Por esto eran conocidas de todo el resto de la Grecia por el nombre de *Andromanas*, porque la pasion del amor, que entre ellas degeneraba en furor, las arrastraba al último término de las flaquezas humanas.

El sexo griego experimentaba con bastante generalidad las mas terribles perturbaciones. Me atrevo á confesar á la faz del universo, decía Galeno, que llegué á concebir contra mi propia madre un odio mortal, porque era, añade, tan violenta y tan arrebatada en su furia; que mordia á sus propios esclavos como una bestia feroz, y en sus accesos echaba bocanadas de sangre á borbotes.

Refiere Plutarco que las mugeres de

esta parte del Peloponeso se abrasaban algunas veces en aquel fuego impuro que consumió á Sapho, la cual ha pintado tan bien en sus versos los síntomas de aquella vergonzosa é infame passion. No seria imposible que una organizacion viciosa hubiese sido causa entre los Griegos de este mal terrible; pero se puede creer con fundamento que los escesos que cometian con los vinos de Laconia, mucho mas violentos que los de Lesbos, contribuyeron mucho á desenvolver el gérmen que contenian en su seno. Sin embargo, este amor ilusorio no las libertaba del amor real, y Sapho experimentó de tal modo los furores de ambas pasiones, que para libertarse de ellos hubo de recurrir al salto de Leucadia. Se ignora si terminó alli su vida, ó si fue acaso del número de las privilegiadas, á las cuales se les ponian, como lo refiere Strabon, plumas y alas, por cuyo medio pudiesen sostenerse, despues de su caída, sobre las aguas del mar, y ser luego

socorridas por los sacerdotes de Apolo, que aconsejaban esta inmersion como un remedio propio para calmar los furros eróticos y pacificar el ánimo.

Otra de las causas mas poderosas del sumo desorden á que se entregaban las Lacedemonias, añade Pau, provenia del lujo desenfrenado, y de las riquezas inmensas que habian acumulado, adquiriendo todos los terrenos que poseian en otro tiempo las líneas masculinas, estinguidas por la guerra y por las discordias. Tales han sido, segun dice este autor, las causas de la depravacion y de la escesiva despoblacion de Lacedemonia. Pero ¿quién no vé que estas causas son secundarias, ó mas bien los efectos mismos de la corrupcion? Mientras que las artes y las ciencias fueron desconocidas de los Espartanos, tuvieron costumbres, y permanecieron sujetos á las leyes de la república; pero luego que lució su antorcha sobre este pueblo en otro tiempo tan austero, se entregó á todos los vicios; y llegó á ser

esclavo de las demas naciones. Asi es que la corrupcion y el lujo , inseparables de los progresos de las ciencias y de las artes , acarrean insensiblemente la decadencia de los imperios , y acaban al fin con ellos.

OBRAS DE HIPOCRATES.

Reina la mayor incertidumbre en orden á las obras verdaderas, y las que falsamente se le han atribuido á Hipócrates; la crítica mas severa no nos ilustra lo suficiente para fijar nuestra opinion sobre este particular. Erociano, que vivia en tiempo de Neron, ha hecho la enumeracion siguiente de las obras de Hipócrates. Los libros, dice este autor, que encierran la doctrina de los signos, son el intitulado el *Pro-nóstico*, el de los *Humores*, y los dos de las *Predicciones*; y aun estos últimos, añade, no son de Hipócrates. Los que tratan de la física, son el de *Flatos*, el de la *Naturaleza del Hombre*, el de la

Enfermedad Sagrada, el de la *Naturaleza del Niño*, y el de los *Aires, Aguas y Lugares*. Las obras que tratan del método de curar las enfermedades, son los libros de las *Fracturas*, de las *Articulaciones*, de las *Úlceras*, de las *Heridas* y de los *Dardos*, de las *Heridas de la Cabeza*, de la *Oficina del Médico*, del *Mochlico*, de las *Hemorroydes* y de las *Fistulas*, de la *Dieta*, de las *Enfermedades*, de la *Tisana*, de los *Lugares* ó de las *partes contenidas en el hombre*, de las *Enfermedades de las Mugerres*, de las *Mugerres estériles* y de los *Alimentos*. En orden á los *Aforismos* y á los seis libros de las *Enfermedades epidémicas*, tratan de varias materias relativas á las edades, á las constituciones, á las afecciones, á la dieta, etc. Los demas pertenecen al arte en general, como son los intitulados el *Juramento*, el de la *Ley* y el de la *Medicina antigua*. La *Arenga de la Embajada*, y el *Discurso pronunciado en el Altar*, prueban los beneficios de Hipócrates para

con su patria, y no tratan del arte. Hé aquí en compendio lo que dice Erociano.

Galeno habla de un cierto *Artemidoro Capito*, y de un tal *Dioscórides*, ambos oriundos de Alejandria, que habian hecho una coleccion de todas las obras de Hipócrates, y les echa en cara haber alterado el testo en varios parages. La lista de los libros que habian recogido estos autores, es mayor que la de Erociano; se encuentra en ella ademas el libro de las *Afecciones*, el de las *Afecciones internas*, y otros dos de las *Enfermedades*. Galeno pretende que se ha añadido algo al libro intitulado *Mochlico*, que es el que poseemos actualmente con el nombre de la *Naturaleza de los Huesos*. Mira como supuesto el de las *Glándulas*; y aun sospecha que los dos de *Partu septimestri* y de *Partu octimestri* no componian mas que uno solo. Habla de muchos libros dietéticos, siendo asi que Erociano solo hace mencion de uno; y aunque este no creyese que las *Pre-*

nociones de Coos fuesen de Hipócrates; sin embargo se le atribuian en tiempo de Galeno, del mismo modo que el libro séptimo de las *Enfermedades epidémicas*, que Erociano miraba tambien como supuesto. Sin embargo, es muy probable, como lo creian asi muchos médicos de la antigüedad, que las *Pre-nociones de Coos* no son mas que una coleccion de observaciones hechas por los médicos de esta isla, y que se publicó con el nombre de Hipócrates.

Ademas de estos libros, hay todavia otros muchos que se atribuyen á Hipócrates: tales son los de la *Naturaleza de la muger*, de lo que concierne á las doncellas, del *Licor seminal*, de las *Carnes*, de la *Superfetacion*, de la *Denticion*, del *Corazon*, de la *Vista*, de la *Anatomía*, del *Modo de extraer los fetos muertos del vientre de la madre*, los del *Médico*, de la *Decencia* y de los *Preceptos*. Todavia hay otros muchos tratados que se suponen enviados ó recibidos por Hipócrates, ó que fueron

escritos por su causa. No me detendré á referir todo lo que han dicho los críticos acerca de sus obras verdaderas ó falsas , y solo me limitaré á notar que habia muchas de ellas que se tenian por falsas en tiempo de Erociano y de Galeno , de las cuales unas se atribuian al hijo de Hipócrates , y otras á su yerno Polibio , á sus nietos , á sus discípulos , y aun á sus abuelos. Se creia tambien que el libro de las *Articulaciones* y el de las *Fracturas* eran de su abuelo , cuyo nombre conservaba , y que Demócrito pasaba por autor del de la *Naturaleza del hombre*.

En vista de esto nadie debe admirarse de que se encuentren algunas veces contradicciones en las obras de este grande hombre; contradicciones que han ejercitado sin mucho fruto á sus comentadores. A mayor abundamiento , los libros mas fecundos en racionios parece que son los que falsamente se le han atribuido : Hipócrates hacia pocos discursos , pero observaba mucho. Se cree

con fundamento , que la señal mas fija para reconocer las obras verdaderas del padre de la Medicina, es un estilo muy conciso y magestuoso : escribió en dialecto jónico , que antiguamente era lo mismo que el ático. En una palabra, los varios dialectos en que estan escritas las diferentes obras que se han publicado con su nombre, prueban con evidencia que no es autor de todas ellas. Muchas parece que fueron escritas por sus ascendientes , por los médicos de Coos , por sus descendientes y discípulos , y que son muy raras las que realmente le pertenecen. Pero no es fácil dar á cada uno lo que es suyo : el intervalo inmenso que media entre ellos y nosotros ha envuelto este punto en las mas densas tinieblas. Conviene todos los criticos mas ilustrados en que los libros ó tratados de las *Carnes*, del *Corazon*, de la *Enfermedad sagrada*, de los *Flatos*, el 4.º de las *Enfermedades*, el 8.º de las *Epidemias*, el de la *Naturaleza de los huesos*, el de la *Natura-*

leza del niño, etc., no son de modo alguno de Hipócrates. Se atribuyen á Polibio estos dos últimos, y el 4.º de las *Enfermedades*. Se encuentra en este un sistema muy ingenioso sobre la etiología, que se deduce de los cuatro principales humores, pituita, bilis, sangre y atrabilis. En general se puede decir que todas estas obras, ya verdaderas, ó ya supuestas, publicadas en nombre de Hipócrates, son modelos de observacion; y que las teorías que contienen, tanto las conformes á la esperiencia como las sistemáticas, llevan consigo el sello del genio; y sean los que fueren sus autores, no por eso dejaron de ser las antorchas de la Medicina, que sirven en el dia para guiar nuestros pasos en la misma carrera, ni dejan de merecer nuestro reconocimiento y gratitud. Sentimos con razon que la historia no haya trasmitido sus nombres á la posteridad: los de aquellos azotes del género humano condecorados con el título de conquistadores, se perpetuan

mas y mas, al paso que los bienhechores de los mismos hombres, los únicos héroes que son verdaderamente beneméritos de la humanidad, quedan sepultados en eterno olvido.

TRATADO
DE LOS
AIRES, AGUAS Y LUGARES.

CAPITULO PRIMERO.

INTRODUCCION.

I.º **E**l que se propone hacer en la Medicina investigaciones exactas, debe en primer lugar considerar los efectos que puede producir cada estacion del año. Porque lejos de parecerse unas á otras se diferencian mucho entre sí, del mismo modo que cada una en particular se diferencia de sí misma por las varias vicisitudes de que son susceptibles. En segundo lugar, debe conocer la naturaleza de los vientos cálidos y frios: primero, la de aquellos que son comu-

nes á todos los habitantes del globo , y luego despues los que reinan particularmente en cada pais. No le es menos necesario el conocimiento de las cualidades de las aguas , que son tan diferentes por su virtud , como lo son por su peso y sabor.

2.º Asi la primera diligencia que debe hacer un médico al llegar á una poblacion que no conoce , es examinar con cuidado su esposicion en órden á los vientos , y al diverso oriente ú oca-so del sol , porque hay mucha diferencia entre una poblacion espuesta al norte , y otra que lo esté al mediodia , entre la que lo esté al levante , y aquella que lo está al poniente.

3.º Con el mismo cuidado debe examinar las aguas de que hacen uso los habitantes , y averiguar si son blandas y sin olor , ó si son duras , si vienen de sitios elevados y peñascosos , ó si son crudas y salitrosas.

4.º Debe ademas considerar si el terreno es árido y seco , ó húmedo y cu-

bierto de árboles ; si es hondo y abra-
sado por los calores , ó si está elevado
y frio.

5.º Debe en fin examinar el género
de vida , y el régimen de que usan con
preferencia los habitantes , y averiguar
por consiguiente si son grandes bebe-
dores y comedores , y al mismo tiempo
holgazanes ; ó si por el contrario aman
el trabajo y el ejercicio , comiendo y be-
biendo poco , á pesar de estas circuns-
tancias. Semejantes observaciones son
el norte para juzgar de todo lo demas.

6.º El médico que estuviere instrui-
do en todas estas circunstancias , ó á
lo menos en la mayor parte de ellas,
podrá conocer bien la naturaleza de las
enfermedades que son propias y parti-
culares de la poblacion donde llega por
primera vez , ó que son comunes á todo
el pais ; de modo , que no se hallará em-
barazado en disponer el plan curativo ,
ni estará espuesto á los errores y equi-
vocaciones que deben naturalmente co-
meter todos aquellos que desprecian es-

tos conocimientos preliminares.

7.º Y aun podrá pronosticar á proporcion que va entrando el año, tanto las enfermedades generales que deben atacar á toda la poblacion en el verano ó en el invierno, como aquellas de que está amenazado cada uno de sus habitantes en particular, por causa de alguna mudanza en el régimen. Porque solo conociendo las diversas mudanzas de las estaciones, el oriente y ocaso de los astros, y el modo con que se suceden estos fenómenos, podrá prever cual será la constitucion de todo el año; y este modo de examinar y de conocer anticipadamente los tiempos venideros, le dará especialmente facilidad para conocer todos los casos particulares, asi como tambien los medios propios para restablecer la salud de sus enfermos, y ejercer su arte con el mejor éxito.

8.º Si alguno mirase estas investigaciones como sueños ó delirios meteorológicos, por poco que quiera prescindir de sus preocupaciones, se con-

vencerá de que los conocimientos astronómicos son de grande utilidad para la Medicina. Asi es que, en efecto, el estado del vientre sigue ordinariamente las mudanzas de las estaciones. Ahora quiero esponer circunstanciadamente el modo con que deben hacerse todas las investigaciones de que acabo de hablar.

CAPITULO II.

DE LOS CLIMAS.

9.^o Toda poblacion espuesta habitualmente á los vientos cálidos, como los que soplan entre el levante y poniente de invierno, y que está al abrigo de los vientos septentrionales, debe ser abundante en aguas; pero estas son salitrosas, estan á poca profundidad, y por consiguiente calientes en el verano, y frias en el invierno. Son contrarias á la salud del hombre, y deben ocasionarle varias enfermedades.

10. En una poblacion situada de es-

te modo basta la menor causa para hacer degenerar las heridas en úlceras fagedénicas. Los habitantes tienen naturalmente la cabeza húmeda y llena de pituita, la cual, descargándose por el vientre, produce diarreas frecuentes. Por lo comun no tienen fuerza ni vigor, y comen y beben poco, porque todo hombre que tiene la cabeza débil, no podria soportar el vino, por causa de resentir mas bien que otro cualquiera los males de la cabeza que suele producir.

11. En orden á los males que son familiares ó comunes á esta poblacion, se observa que las mugeres son enfermas, y estan espuestas á las pérdidas de sangre uterinas; muchas son estériles, mas bien por su mala salud que por su naturaleza, ó padecen abortos con frecuencia.

12. Los niños son atacados de convulsiones, de asma, y de aquella afeccion que se mira como un efecto ó castigo inmediato de la Divinidad, y á la

cual se la ha dado el nombre de *enfermedad sagrada*.

13. Los hombres estan sujetos á padecer disenterias, diarreas, calenturas epialas, las crónicas de invierno, muchas de las *epinictydes*, y hemorroides. Al contrario, raras veces son atacados de pleuresias, perineumonias, calenturas ardientes, y de todo aquello que se conoce con el nombre de *enfermedades agudas*; porque no es posible que reinen estas enfermedades donde el vientre está siempre laxo.

14. Se padecen ademas optalmias húmedas, que no son duraderas ni peligrosas, á no ser que sean epidémicas, ocasionadas por alguna mudanza de la estacion. Cuando se pasa de los cincuenta años se padecen fluxiones, que provienen del cerebro, y que ponen á los hombres parapléticos siempre que la cabeza se espone al ardor del sol, ó que han experimentado la impresion de un gran frio; tales son las enfermedades familiares ú ordinarias á sus habitantes,

dejando á un lado las epidemias causadas por las vicisitudes de las estaciones, á las que estan igualmente espuestos.

15. En orden á las poblaciones que tienen una esposicion contraria á la que acabo de referir, es decir, que estando al abrigo del viento de mediodia, como tambien de todos los calientes, reciben habitualmente los vientos frios del norte que soplan entre el poniente y levante del verano; hé aqui lo que se observa en ellas. Las aguas son duras y frias, y no pueden corregirse ó purificarse de ningun modo.

16. Los hombres deben ser necesariamente nerviosos y secos, la mayor parte de ellos tienen el vientre inferior duro, difícil de mover, y el superior, al contrario, mas fácil. Su temperamento es mas bien bilioso que pituitoso, tienen la cabeza dura y robusta, y estan por lo general espuestos á las rupturas de los vasos.

17. Las enfermedades que reinan

ordinariamente entre ellos , son las pleuresias y todas aquellas afecciones conocidas con el nombre de enfermedades agudas , á las cuales deben estar espuestos necesariamente los hombres que tienen el vientre duro : la menor causa es suficiente para ocasionar frecuentemente supuraciones en el pulmon , lo que proviene de la tension y de la rigidez del cuerpo , como tambien de la dureza del vientre ; porque es natural que la sequedad de semejantes cuerpos , unida al uso de las aguas frias , los esponga á las rupturas de los vasos . Los que tienen un temperamento de esta naturaleza , comen mucho y beben poco ; porque no es posible que se renunan estas dos cosas .

18. Las optalmias se observan raras veces entre ellos ; pero tan intensas y rebeldes , que á poco tiempo les privan de la vista : los que no han llegado á la edad de los treinta años , experimentan en el verano grandes hemorragias por la nariz ; y la epilepsia que se cono-
ce

con el nombre de *enfermedad sagrada*, aunque rara, es muy violenta.

19. Es natural que estos hombres vivan mas tiempo que los demas; que sus heridas y úlceras no sean sórdidas ni rebeldes, y que su caracter moral sea mas rústico y áspero, que suave y afable. Hé aqui las enfermedades que son familiares á los hombres de estas poblaciones, sin hablar de las que les son comunes con los demas por la mudanza de las estaciones.

20. Pasemos á examinar las enfermedades de las mugeres. Hay muchas estériles por causa de las aguas, que son duras, crudas y frias; ademas, sus evacuaciones menstruales son cortas y de mala calidad; sus partos son trabajosos, pero rara vez abortan. No pueden criar á sus hijos por la dureza y crudeza de las aguas, que estinguen la leche de sus pechos. Muchas veces los esfuerzos del parto producen en ellas la tisis, por la ruptura de algun vaso.

21. Los niños están sujetos á la hi-

dropesía del escroto; pero se desvanece á proporcion que van entrando en edad. En estas poblaciones tarda mucho el tiempo de la pubertad. Esto es lo que tenia que advertir acerca de la naturaleza de los vientos, cálidos y frios, y acerca de las poblaciones que estan espuestas á ellos.

22. Ahora voy á hablar de las poblaciones que estan espuestas á los vientos que soplan entre el levante del verano y el de invierno, y de aquellas que tienen una espesion contraria. Las que están espuestas al oriente deben ser naturalmente mas saludables que las que miran al norte ó al mediodia, aun quando la diferencia fuese solo de un estadio. Y esto consiste en que en aquellos el frio y el calor son, en primer lugar, mas moderados; y en segundo lugar, las aguas que tienen sus manantiales al oriente deben necesariamente ser claras, sin olor, blandas y agradables al paladar; porque el sol las purifica al tiempo de salir, disipando

con sus rayos la niebla que ordinariamente se forma en la atmósfera por las mañanas.

23. Los hombres tienen el color mas animado y florido, á no ser que esté alterado por alguna enfermedad. Su voz es clara, su caracter mas suave y apacible, y su talento mas sutil y despejado que los de las regiones septentrionales; asi como todas las producciones son tambien mejores que las de los países del norte.

24. Lo templado del frio y del calor hace que las poblaciones que tienen esta situacion presenten un temperamento análogo al de la primavera. Sus enfermedades, que ni son tantas ni tan fuertes como en los demas parages, son no obstante parecidas á las de las poblaciones que estan espuestas á los vientos cálidos. Las mugeres son sumamente fecundas y paren con facilidad.

25. Al contrario, la esposicion de las poblaciones que miran al occidente, que estan al abrigo de los vientos de

oriente, y sobre las cuales no hacen mas que pasar ligeramente los del norte y mediodía, deben ser necesariamente muy poco saludables. En primer lugar sus aguas no son claras, porque la niebla que se forma regularmente en la atmósfera por las mañanas, se mezcla con ellas, altera su pureza, y el sol, que debia disiparla, no las aclara hasta que está ya muy elevado sobre el horizonte. En segundo lugar, por las mañanas de verano soplan unas brisas frescas, cae mucho rocío, y en el resto del día, caminando el sol hácia el occidente, tuesta muy particularmente á los hombres. Por lo mismo deben naturalmente estar descoloridos, ser de complexion débil, y participar de todas las enfermedades de que he hablado, y de las cuales no hay una que les afecte exclusivamente.

26. Deben ademas tener la voz ronca y fuerte, cuando respiran un aire que es por lo regular impuro y dañoso. Los vientos del norte no le purifican,

porque es muy poco lo que se detienen; y los que reinan habitualmente son húmedos, porque tal es la naturaleza de los vientos occidentales. La temperatura de las poblaciones que tienen tal esposición es muy análoga á la del otoño, con respecto á las alternativas de frio y calor que se experimentan en un mismo dia; de modo que por la noche se observa una temperatura muy diversa de la que se experimenta por la mañana. Esto es lo que tenia que decir acerca de la naturaleza de los vientos saludables y de los que no lo son.

CAPITULO III.

DE LAS AGUAS.

27. Voy ahora á añadir todo lo que falta acerca de las aguas (por haberlas considerado solo con relacion á su esposición). Daré á conocer sus cualidades mas ó menos saludables, como tambien los daños y perjuicios, y los bue-

nos efectos que deben resultar de su uso, que tiene un influjo muy considerable sobre la salud de los hombres.

28. Las aguas de las lagunas, de los estanques, y todas las que estan paradas en general, son necesariamente calientes en el verano, gordas y de mal olor, por lo mismo que no tienen corriente. Aumentadas de continuo por nuevas lluvias, y abrasadas por el ardor del sol, deben ser perjudiciales, pesadas y propias para aumentar la bilis. En el invierno, por el contrario, las nieves y los hielos deben ponerlas frias y turbias, de modo que aumentan mucho la pituita, y son propias para causar ronqueras y fluxiones de garganta.

29. Los que usan de ellas tienen siempre el bazo muy voluminoso y duro, el vientre duro, estenuado y ardoroso, las espaldas, las clavículas y la cara muy descarnadas. Esta estenuacion depende del mismo estado del bazo, cuyo volumen solo se aumenta á es-

piensas de sus carnes; son muy comedores y estan siempre alterados; tienen el vientre superior é inferior muy secos, de modo que se necesitan medicamentos muy fuertes para purgarlos. Esta enfermedad les es familiar tanto en el verano como en el invierno.

30. Estan ademas sujetos á padecer hidropesías tan frecuentes como mortales, porque reinan en el verano muchas disenterias, diarreas y cuartanas muy largas y rebeldes. Cuando, pues, todas estas enfermedades duran mucho, llegan por fin á producir hidropesías mortales. Tales son las enfermedades á que estan espuestos en el verano.

31. En el invierno los jóvenes estan sujetos á padecer perineumonias, y á las afecciones maniacas; y los mas viejos á las calenturas ardientes, por la dureza y constipacion del vientre.

32. Las mugeres estan espuestas á los edemas y á las leucoflegmasias; conciben y paren con dificultad, y los niños que dan á luz, son al principio gor-

dos y tumefactos ; pero se estenuan y se ponen encanijados mientras dura la lactacion. Las evacuaciones que siguen al parto no se hacen bien.

33. Las hernias son las enfermedades mas comunes de los niños , asi como lo son las varices y las úlceras en las piernas en la edad viril ; de modo que es imposible que unos hombres de esta naturaleza tengan una vida larga ; asi es que envejecen antes del tiempo prescrito por la naturaleza.

34. Sucede tambien que las mugeres se creen embarazadas sin estarlo , y cuando llega el término del parto , desaparece el volumen del vientre , y esto consiste en que la tal preñez no es mas que una hidropesía de la matriz ; por tanto consideramos estas aguas como malas por todos respetos.

35. Las peores despues de estas son aquellas que vienen de parages peñascosos , porque son necesariamente duras. Lo mismo puede decirse de aquellas que pasan por terrenos que ocultan

aguas termales y minas de hierro , de cobre , de plata , de oro , de azufre , de betun , de alumbre ó de nítro. Como la fuerza del calor es la que produce todas estas materias , las aguas que brotan de semejantes terrenos , no pueden menos de ser malas , duras y ardientes , y con dificultad salen con la orina , y constipan el vientre.

36. Las mejores son aquellas que vienen de parages elevados y de colinas formadas de montones de tierra ; son claras y agradables al paladar , y solo se necesita una pequeña cantidad de vino para alterarlas. Ademas estan calientes en el invierno , y frias en el verano ; lo que prueba la profundidad considerable de su origen ; pero sobre todo se deben preferir aquellas que vienen del lado de levante , especialmente del de verano ; porque son necesariamente mas claras , mas ligeras y de mejor olor.

37. Toda agua salada , cruda y dura es generalmente mala para beber ; sin embargo , hay ciertos temperamentos

y ciertas enfermedades , en las cuales podria convenir su uso , de las que hablaré mas abajo. Por lo demás se debe juzgar de las aguas por su esposicion, la cual las hace mas ó menos malas.

38. Las mejores son aquellas que están al levante del equinoccio: despues las que corren entre el levante y poniente del verano; pero sobre todo las que mas se acercan al levante. Las que corren entre el poniente de verano y el de invierno, son de inferior calidad: las peores de todas son aquellas que mas se acercan al mediodia, como tambien las que corren entre el levante y poniente de invierno; sobre todo son muy perjudiciales mientras reinan los vientos del mediodia, y solo se purifican algun tanto por los septentrionales.

39. En orden al uso que se debe hacer de estas aguas, creo que un hombre sano y robusto puede beber sin reparo ni distincion aquellas que tenga mas á mano; pero si por alguna indis-

posicion se ve precisado á buscar la mas conveniente á su estado , las reglas siguientes le podrán servir mucho para recobrar su salud.

40. Tolos los que son duros de vientre, esto es, obran con dificultad y con ardor, y le suelen tener constipado, encontrarán buenos efectos con el uso de las aguas mas suaves, mas ligeras y claras. Al contrario, las aguas muy duras, muy crudas y salitrosas son mas convenientes á los que tienen el vientre suelto, húmedo y lleno de pituita, por lo mismo que son aptas para consumir los humores.

41. En efecto, todas las aguas que son de fácil coccion y muy blandas, deben tambien naturalmente laxar y humedecer el vientre, al paso que las crudas, duras y de dificil coccion le secan y constipan.

42. A la falta de esperiencia se debe atribuir sin duda el error de aquellos que tienen por laxantes á las aguas saladas, siendo asi que son de una na-

turaléza diametralmente opuesta : naturalmente crudas y de difícil coccion, mas bien constriñen que laxan el vientre. Hé aqui todo lo que concierne á las aguas de manantiales.

43. En orden á las de lluvias y de nieves, las primeras son las mas ligeras, las mas suaves, las mas sutiles, y las mas claras de todas; y esto consiste en que el sol atrae y chupa las partes mas sutiles y las mas ligeras de todos los fluidos, como lo prueba lo que se observa en la formacion de la sal, cuya sustancia no es mas que el residuo de una agua salada, la cual solo ha permanecido en el fondo de esta por ser demasiado gruesa y pesada para evaporarse con las partes mas sutiles del agua que el sol chupó á causa de su levedad.

44. No solo efectua el sol esta evaporacion en las aguas estancadas y del mar, sino que obra tambien sobre todos los cuerpos de la naturaleza que tienen alguna humedad, y poca ó mucha todos tienen alguna porcion.

Igualmente éxtrae tambien del hombre lo mas sutil y ligero de sus humores.

45. Lo que lo prueba de un modo evidente es , que siempre que anda ó está parado por el sol , las partes desnudas , ó que estan espuestas directamente á él , no son las que sudan , sino mas bien las que estan cubiertas con la ropa ó con cualquiera otra cosa ; y aunque el sol produce indispensablemente el sudor , impiden sin embargo los vestidos que logre del mismo modo disiparlo. Pero si este mismo hombre se pone á la sombra , se humedecen igualmente por el sudor todas las partes de su cuerpo , porque todas ellas estan al abrigo de la accion de los rayos del sol.

46. Sin embargo , por razon de su origen el agua de lluvia es la que se corrompe con mas facilidad , y la que adquiere mas pronto un olor malo , porque no es mas que un monton de muchas especies de vapores reunidos , lo cual favorece y acelera su putrefaccion.

47. Las buenas cualidades del agua

de lluvia provienen en segundo lugar (independientemente de la primera evaporacion de que acabo de hablar), de que el agua luego que es atraida y elevada por el sol, se mezcla con el aire, y es conducida por él á todas partes. Entonces se separa la parte mas turbia y opaca, y forma los vapores y las nieblas, al paso que la mas sutil y ligera se queda, se cuece por la accion del sol, y se pone suave; lo que sucede tambien á todas las demas sustancias cuando pasan por la coccion.

48. Sin embargo, mientras está dispersa esta parte sin que haya podido aun adquirir consistencia, continua su direccion hácia las regiones mas superiores del aire. Pero si la accion de vientos contrarios llega repentinamente á reunirlos en alguna parte, rompe entonces este acúmulo por el lado en que está mas condensado. Esto debe especialmente verificarse siempre que siendo arrojadas algunas nubes por un viento impetuoso, son improvisamente re-

chazadas por otras que vienen impelidas por otro que sopla en direccion contraria. Sucede entonces, que acumulándose unas sobre otras á proporcion que las nubes son empujadas hácia un mismo punto , aumentan de volúmen, se ponen mas opacas , se comprimen, se rompen al fin por su propio peso, y caen deshechas en lluvia. Por este motivo el agua pluvial debe ser naturalmente la mejor ; sin embargo , necesita cocerse y filtrarse, pues de otro modo adquiere mal olor , y pone la voz rouca y áspera á los que hacen uso de ella.

49. Por lo que toca á las aguas de la nieve y del hielo , son por lo general todas ellas malas ; y esto consiste en que el agua helada una vez ya no recobra su primera cualidad, porque pierde con la congelacion su parte clara , ligera y suave, y solo deja la mas turbia y pesada.

50. Lo cual puede verificarse por medio del siguiente experimento. Llénese durante el invierno un vaso de

cierta y determinada cantidad de agua, y espóngase luego al sereno en un parage bastante frio, para que se efectue completamente la congelacion : trasládese este mismo vaso al día siguiente á un parage caliente, y mídase la cantidad del agua luego que se haya enteramente deshelado; y se verá que se ha disminuido mucho. Este experimento demuestra que la congelacion, evaporándola, ha sustraído, no lo mas pesado y grosero (lo que sería imposible), sino su parte mas leve y sutil. Por este motivo juzgo que todas estas aguas, y las que les son análogas, deben ser malas por todos respetos. Hé aquí lo que se observa en las aguas de lluvia, de nieve y de hielo.

51. En orden á las aguas de los grandes rios, en los cuales desaguan varios otros, á las de los lagos que reciben porcion de riachuelos de toda especie, como tambien á las que son conducidas de partes remotas, se debe saber que su uso produce principalmente el mal

de piedra, las afecciones nefríticas, la estranguria, la esciática y las hernias.

52. Esto consiste en que es imposible que una mezcla tan diferente de aguas se componga de todas aquellas que son de una misma naturaleza. Siendo las unas dulces, las otras saladas, algunas impregnadas de alumbre, y otras proviniendo de manantiales calientes, se oponen mutuamente de continuo, hasta que la mas fuerte de todas predomina á las demas. Unas veces es esta ó aquella la que vence, y otras otra diferente, segun los vientos que dominan. Por ejemplo, hay aguas, cuyas cualidades se desenvuelven y fortifican por el viento norte; otras por el de mediodia. Lo mismo sucede con los demas vientos. Asi, es absolutamente necesario que semejantes aguas depositen en el fondo de las vasijas que las contienen un sedimento de arena y de barro, que ocasiona las enfermedades que acabo de indicar; y si estos efectos no se manifiestan indistintamente en todos los

hombres, consiste en la razon siguiente.

53. Todos los que tienen el vientre libre y sano, y cuya vejiga no es muy ardiente, ni su cuello muy inflamado, orinan fácilmente sin que se formen en esta parte concreciones. Al contrario, aquellos que tienen el vientre ardiente, deben necesariamente tener afectada la vejiga del mismo modo. Y cuando esta se enciende una vez con un ardor mas que natural, se inflama su cuello, retiene, quema y escuece la orina, y solo deja salir la parte mas tenue y pura. Se acumula la mas espesa y turbia, y forma concreciones, poco voluminosas al principio, pero que se van haciendo mayores con el tiempo, porque á proporcion que son conducidas por la orina, atraen todas las materias espesas que encuentran, se las apropian y se endurecen aumentando de este modo su volúmen.

54. Luego que se forma la piedra se ve obligada á precipitarse hácia el cuello de la vejiga siempre que se quie-

re orinar, cierra el paso, y causa los mas vehementes dolores , que es lo que obliga á los niños que padecen cálculos á frotarse y estirar la glande, creyendo que en esta parte reside la causa que les impide orinar.

55. Lo que prueba que la parte mas turbia y espesa es la que queda en el fondo de la vejiga, y que forma las concreciones calculosas , es que la orina de los que padecen el mal de piedra, sale sumamente clara: este es el modo con que se forma por lo regular esta enfermedad.

56. En los niños puede tambien provenir de mala leche, ardiente y biliosa. El ardor de esta leche se comunica al vientre y á la vejiga, de modo que la orina inflamada da lugar á la formacion del cálculo. Por lo mismo creo yo que es mas provechoso dar á los niños el vino templado con agua, porque de este modo no inflama ni seca tanto las venas.

57. Sin embargo, las doncellas no

están tan espuestas como los mozos al mal de piedra; y esto consiste en que las mugeres tienen mas corto el canal de la uretra, y mas ancho, de modo que sale la orina con mas facilidad. Asi es que no se observan en ellas las señales esternas del mal de piedra; quiero decir, que no tocan ni se frotan la punta de la uretra como los mancebos. Además que en ellas se abre este canal en una dirección horizontal, muy cerca de la vagina, siendo asi que en los hombres es corvo y no tiene tanta amplitud. Añádase á esto que beben mas cantidad (de agua) que los hombres. Estas son con corta diferencia las causas de esta variedad.

CAPITULO IV.

DE LAS ESTACIONES.

58. Para juzgar si la constitucion de un año debe ser buena ó mala, se deben hacer las observaciones sobre cada estación del modo siguiente. Si las se-

ñales que acompañan el oriente y el ocaso de los astros se verifican segun el curso ordinario de la naturaleza; si llueve en el otoño y el invierno es templado, es decir, ni muy suave ni muy frio, y la primavera y verano siguientes no presentan mas que las lluvias propias de estas estaciones, un año como este debe ser naturalmente muy sano.

59. Al contrario, si á un invierno sano y boreal sobreviene una primavera lluviosa y austral, debe necesariamente ocasionar el verano calenturas, ophthalmias y disenterias; y esto consiste en que siempre que se verifica de repente un calor sufocante, estando aun humedecida la tierra con las lluvias de la primavera, y por los vientos del mediodia, unida la accion del sol al calor de una tierra húmeda, debe necesariamente sentirse con mayor fuerza. Añádase á esto que el vientre no está todavía estreñado, ni el cerebro desembarazado de humores, supuesto que en una

primavera de esta naturaleza toda la sustancia del cuerpo debe necesariamente estar llena de humedad. Por lo mismo serán muy agudas las calenturas, especialmente en los sujetos de un temperamento flemático; y las disenterias atacarán á las mugeres, como tambien á los hombres de una complexion muy húmeda: (serán estas enfermedades de corta duracion, si el verano es seco; y al contrario, muy largas si fuere lluvioso).

60. Pero si el oriente de la canícula trae tempestades, lluvias, y soplan en esta época los vientos etesios, se podrá esperar que cesen, y que será el otoño sano. Si sucediere de otro modo, es de temer que estas enfermedades, que no son por otro lado peligrosas para las personas de edad avanzada, se hagan mortales para las mugeres y niños; y que los que logran escapar de ellas incurran por fin en cuartanas, que conducen por lo regular á la hidropesía.

61. Si el invierno es austral, lluvio-

so y cálido, y la primavera boreal, seca y fria, correrá riesgo de que las mugeres embarazadas, cuyo término de la preñez debe verificarse en la primavera, aborten, ó si llegan á parir con felicidad serán los niños débiles y enfermizos, de modo que perecerán al momento; y si llegan á vivir tendrán una vida lánguida y llena de enfermedades. Hé aqui lo que debe resultar de una constitucion semejante á las mugeres embarazadas.

62. Por lo demas, esta constitucion traerá disenterias, opthalmias secas, y en algunos sugetos fluxiones que caerán de la cabeza á los pulmones. Es probable que las disenterias ataquen con preferencia á los hombres flegmáticos y á las mugeres, á causa de los humores pituitosos que bajan de la cabeza (á los intestinos). Los sugetos de un temperamento bilioso estarán muy espuestos á las opthalmias secas, por el calor y sequedad de sus carnes. Los de una edad avanzada padecerán flu-

xiones, porque sus vasos están ya poco compactos y vacíos de sangre; de modo que algunos morirán repentinamente, y otros se pondrán parapléticos de una de las dos partes del cuerpo.

63. Porque siempre que á un invierno austral, lluvioso y cálido, durante el cual ni el cuerpo ni los vasos han podido compactarse, sucede una primavera boreal, seca y fría, el cerebro, que á la entrada de esta última estación debia naturalmente dilatarse y purgarse de todos los humores que producen las corizas y los constipados, se condensa por el contrario, y se compacta; y si llega á suceder que los calores del verano le sorprenden en este estado, esta repentina mudanza debe ocasionar estas enfermedades, á las cuales suceden por fin las lenterias y las hidropesías, por la dificultad que experimenta el vientre en secarse.

64. Si el estío es lluvioso y austral, y le sucede un otoño de igual naturaleza, es preciso que el invierno inme-

diato sea malo. Los sugetos de un temperamento flemático, y los que pasen de cuarenta años, padecerán calenturas ardientes, y los biliosos pleuresias y pulmonías.

65. Si á un estío seco y boreal subsigue un otoño lluvioso y austral, probablemente habrá en el invierno inmediato dolores de cabeza, esfacelos de cerebro, constipaciones, catarros, toses, y en algunos sugetos tisis.

66. Pero si el otoño es boreal y seco (como el estío), y no ha llovido en el oriente de la canícula, ni al del arcturo, será semejante constitucion muy favorable para los temperamentos húmedos y flemáticos, como tambien para las mugeres; pero producirá efectos diametralmente opuestos en los temperamentos biliosos, resecaéndolos demasiado, y les ocasionará ophthalmias secas, calenturas, tanto agudas como crónicas, y aun en algunos afecciones melancólicas.

67. Esto consiste en que la parte

mas acuosa y sutil de la sangre y de la bilis se consume, y solo queda la mas acre y espesa: una disposicion de esta naturaleza en los humores produce pues en los sugetos de que acabo de hablar tales enfermedades, siendo asi que es favorable á los de temperamento flemático, porque cuando llega el invierno han perdido la humedad superflua.

68. Asi es que solo examinando de esta suerte la naturaleza de las diferentes estaciones, es como se pueden pronosticar la mayor parte de los efectos que deben resultar de sus variaciones. Pero sobre todo se ha de atender á las mutaciones de mayor consideracion, durante las cuales no se deben dar purgantes (fuertes) sin gran necesidad, ni quemar ó incindir las partes inmediatas al vientre, sin que pasen á lo menos diez dias. Las mayores y mas peligrosas mutaciones se verifican en las quatro épocas, que se ha convenido en llamar solsticios y equinoccios, pero

especialmente en el solsticio de estío y en el equinoccio de otoño.

69. La misma precaucion se ha de tener con respecto al oriente de los astros, especialmente al de la canícula; luego despues al de arcturo, y al ocaso de las pleyades. En estas épocas es cuando se obseryan principalmente las crisis en las enfermedades, siendo unas mortales, y cesando otras, ó mudándose en enfermedades de especie y constitucion diferentes.

70. Las ciudades que tienen una excelente posicion con respecto á los vientos y al sol, y que gozan de buenas aguas, no sienten tanto las mudanzas de que acabo de hablar; al contrario, las que estan mal situadas y que tienen que usar de aguas pantanosas y estancadas, deben sentir las mas. Hé aqui todo lo que es concerniente á las estaciones.

CAPITULO V.

DEL ASIA.

71. Ahora voy á presentar la diferencia total que existe entre el Asia y la Europa, la cual se observa tambien en la figura de los que habitan en estos dos parages, que en nada se parecen. Seria demasiado largo tratar esta materia circunstanciadamente; por lo mismo me contentaré con referir las diferencias mas notables, y dar mi parecer acerca de ellas.

72. Digo pues que el Asia se diferencia mucho de la Europa; no solo por lo tocante á los hombres, sino tambien con relacion á todas las producciones de la tierra. Todo es mucho mas hermoso y grande en Asia que en Europa; el clima es mas suave, y los pueblos que la habitan son tambien de un natural mas dócil y suave.

73. Estas disposiciones dependen de

la temperatura de las estaciones. Situada en medio del oriente, está el Asia igualmente distante del frio y del calor: lo que mas contribuye al incremento y bondad de las producciones de la naturaleza, es sin duda una temperatura igual, donde se halla todo en equilibrio, y en donde nada predomina con exceso.

74. Sin embargo, no es el Asia la misma en todas sus partes. Aquellos parages que estan situados á igual distancia del calor y del frio, son los únicos que abundan en producciones de la tierra y en árboles; gozan de un aire puro y sereno, y disfrutan de aguas excelentes, tanto de las que vienen de las nubes, como de las que salen de la tierra. El pais no está abrasado por excesivos calóres, ni congelado por frios rigurosos; no experimenta sequedad por falta de agua, ni se inunda por lluvias considerables ó por nieves.

75. Un pais semejante debe producir naturalmente muchos frutos de ve-

rano, ya sea aquellos que proceden de semillas sembradas, ó ya de árboles silvestres que nacen espontáneamente, y que los hombres convierten en frutos suaves, trasplantándolos y cultivándolos para su uso. Los animales se crían mejor que en todas las demas partes; son muy fecundos y prueban bien. Los hombres son lozanos, y se distinguen por su talla y buena figura, y son parecidos en su forma y talle.

76. La temperatura de este país, vista la naturaleza de las estaciones que no experimentan variaciones irregulares, debe aproximarse mucho á la de la primavera. Pero es imposible que los hombres de este país sean valerosos y vivos, que soporten el trabajo y la fatiga.... Todo (hasta los animales) es en él necesariamente dominado por el atractivo del placer; de modo que no distinguen especie ni sexo (cuando se trata de satisfacer los deseos de la naturaleza); y de aquí proviene que se vean formas tan varias entre los ani-

males silvestres... Hé aqui lo que me ha parecido que debia observar acerca de los habitantes de Egipto y de la Libia.

77. No sucede lo mismo en los pueblos situados á la derecha del levante de verano, y que se estienden hasta la laguna Meotis, que separa el Asia de la Europa. Todos estos pueblos tienen mas variedades, y se parecen menos que aquellos de que acabo de hablar, lo que proviene de las variaciones de las estaciones, y de la naturaleza del pais que habitan.

78. Lo mismo sucede en la diferencia de la naturaleza de los paises que en la de los hombres: en todas aquellas partes en que las estaciones experimentan mudanzas tan considerables como frecuentes, el suelo es sumamente silvestre y desigual; ni se ven en ellas mas que llanuras y praderias cortadas por una porcion de montes cubiertos de bosques. Al contrario, en los paises en que estas mudanzas no son muy considerables, el terreno es muy igual.

79. Lo mismo se observa en los hombres, si se pone cuidado en observarlos: los unos son de una naturaleza análoga á los países montuosos, cubiertos de bosques y húmedos; los otros á los terrenos secos y de poca miga; estos participan de los pantanosos y cubiertos de praderías, y los de mas allá de las llanuras áridas y secas; y esto consiste en que las estaciones que modifican la forma y la naturaleza de la especie humana, se diferencian entre sí; y cuanta mayor es esta diferencia, son mas las variaciones en la figura de los hombres.

80. No haré mención de aquellos pueblos, en los cuales es casi imperceptible esta diferencia; y me limitaré á los que presentan notables variaciones, ocasionadas por la naturaleza ó por alguna institucion nacional. Principio por los *Macrocefalos*, asi llamados porque se distinguen de todos los demas pueblos por la longitud de sus cabezas, cuya desproporeion no tuvo en su principio

mas causa que ser el efecto de una costumbre; pero en la actualidad contribuye tambien á ello la naturaleza. Esta costumbre trae su origen de la idea de nobleza que atribuian á las cabezas largas.

81. Luego que sale á luz el niño, y mientras permanece todavía tierna su cabeza, se la amoldan con las manos, y se la comprimen con vendages y otras máquinas propias para este uso; de modo que hacen que se alargue y que pierda insensiblemente la figura esférica. Esto no fue en el principio, como acabo de decirlo, mas que un efecto de la costumbre; pero con el tiempo se hizo tanto á ello la naturaleza, que ya no era necesario valerse de la tal costumbre para conseguirlo.

82. En efecto, el licor seminal proviene de todas las partes del cuerpo, y debe resentirse del buen ó mal estado en que se hallan. Si los que nacen de padres calvos, son calvos; los que nacen de padres de ojos azules, los tienen

del mismo color, y los que nacen de padres vizcos lo son igualmente, y asi de lo demas; nada puede impedir que los hombres de cabeza larga engendren hijos de igual disposicion en esta parte. Si en el dia no se verifica en ellos como en otro tiempo, depende de que habiéndose perdido esta práctica por descuido de los hombres, han vuelto á tomar las cabezas de un modo insensible su forma natural. Esta es á mi parecer la causa de este fenómeno.

83. Otro de los pueblos que merece tambien nuestra atencion son los habitantes del Faso. Su pais es pantanoso, cálido, húmedo y cubierto de bosques, y en todas las estaciones hay grandes y frecuentes lluvias. Pasan toda su vida en las lagunas, donde fabrican dentro de las aguas sus habitaciones de madera ó de cañas. Andan poco, y solo cuando van á la ciudad ó al mercado; todo el demas tiempo le emplean en subir y bajar por el sin número de canales que tienen en canoas hechas de

un solo tronco de árbol. Beben aguas calientes, estancadas y corrompidas por el ardor del sol, y continuamente aumentadas con las lluvias. El mismo Faso es el mas lento de todos los rios en su curso. A esta misma superabundancia de aguas se debe tambien atribuir la mala calidad de sus frutos, que son malos, insípidos, y jamas llegan á madurar perfectamente; del mismo modo que la multitud de nieblas que cubren siempre su pais.

84. A estas mismas causas se debe sin duda atribuir que los habitantes del Faso se diferencien de los demas hombres. Son de gran talla, y de una gordura tan escesiva, que no se les ven las venas ni las articulaciones. Su color es tan amarillo como el de los ictericos, y tienen la voz mas fuerte y bronca que en todas las demas partes, por causa del aire húmedo y nebuloso que respiran. Son naturalmente perezosos, y no pueden soportar el trabajo. Las estaciones no experimentan en este

pais grandes variaciones , ni de frio ni de calor. Los vientos que dominan en él, son por lo regular del mediodia, á escepcion de un solo local que es á veces muy incómodo por su calor y por el ímpetu con que sopla , y que es allí conocido con el nombre de *cenchron*. Raras veces llega á observarse el de norte , y cuando reina sopla sin fuerza y sin vigor. Tal es la diferencia que existe entre los Asiáticos y Europeos , con relacion á la figura y al temperamento.

85. Si los Asiáticos son pusilánimes, cobardes , menos belicosos, y de un carácter mas suave que los Europeos , se debe atribuir tambien á la naturaleza de las estaciones , y buscar en ella su causa mas principal. En las primeras, lejos de experimentar grandes vicisitudes, casi son todas semejantes, y pasan del calor al frio de un modo insensible. En una temperatura como esta no experimenta el alma aquellos vivos sacudimientos, ni el cuerpo aquellas violentas mutaciones que imprimen natural-

mente al hombre un carácter mas feroz, mas indócil y mas fogoso que el que tendria si viviese en una temperatura siempre igual; porque las mutaciones repentinas y estremadas son las que escitan los espíritus del hombre, y los que le sacan de su estado de inercia y de miseria.

86. Juzgo que á la falta de semejantes mutaciones se debe atribuir la pusilanimidad de los Asiáticos, y tambien á la naturaleza de las leyes á que estan sujetos. En la mayor parte del Asia no son los hombres dueños de sus personas, ni estan gobernados por leyes propias, en cuyo caso tan lejos estan de dedicarse á las armas, que antes bien no tienen interes en pasar por guerreros, por lo mismo que no participan todos igualmente de los peligros que son consiguientes en este ejercicio.

87. Los vasallos van forzados á la guerra, sufren todas sus fatigas, y aun se esponen á la muerte por sus dueños, separados de sus hijos, de sus mugeres

y de sus amigos. Sus hazañas solo sirven para aumentar y propagar el poder de sus déspotas , siendo los peligros y la muerte el único fruto que cogen de su valor. Añádese á esto que se ven necesariamente espuestos á mirar sus campos abandonados y sin cultivo , ya sea por las devastaciones de los enemigos, ó ya por la interrupcion de las labores, de modo que aun cuando se encontrasen entre ellos hombres valientes y denodados, la naturaleza de sus leyes debe impedir , ó es un obstáculo para que hagan uso de su valor.

88. Una gran prueba de lo que espongo es , que en la misma Asia todos aquellos Griegos y Bárbaros que se gobiernan por sus propias leyes, y que por consiguiente trabajan por su propia felicidad , son los mas valientes y belicosos; y esto depende de que no exponen sus vidas sino por su propia utilidad, y de que reciben el premio de su valor , ó el castigo de su cobardía. Por lo demas se verá que aun entre los

mismos Asiáticos que viven sujetos á déspotas , hay diferencia con respecto á su mayor ó menor valor ; cuya diferencia depende de las mudanzas de las estaciones , como queda dicho. Hé aqui lo que tenia que decir á cerca del Asia.

CAPITULO VI.

DE LA EUROPA.

89. Por lo que respecta á la Europa , hay en ella una nacion Escíta , diferente de las demas , conocida con el nombre de *Sarmatas* , que habita al rededor de la laguna Meotis. Las mugeres van montadas , tiran del arco , arrojan ó disparan la flecha desde su caballo , y pelean con los enemigos mientras son doncellas ; no se casan si no han muerto primero tres enemigos , ni cohabitan con sus maridos antes de haber ofrecido el sacrificio prescrito por la ley. Despues de casadas dejan de ir á caballo , á no ser que una espedicion gene-

ral las obligue á marchar con todo el cuerpo de la nacion.

90. A estas mugeres las falta la teta del lado derecho, porque en su infancia tienen las madres cuidado de quemarsela ó consumirsela, aplicando en aquella parte despues de haberla calentado estraordinariamente, una máquina de hierro fabricada al intento en forma de teta. Esta operacion impide su incremento, y es causa de que toda la fuerza con el esceso de los humores se dirija á la espalda y al brazo del mismo lado.

91. En quanto á la uniformidad de las facciones que se observa entre las demas Escitas, tan semejantes entre sí, como diferentes de los demas pueblos, hay que advertir que este fenómeno les es comun con los Egipcios, y depende de la misma causa, con la diferencia de que estos estan agobiados por un escesivo calor, y aquellos por un frio estremado.

92. Lo que llaman el *Desierto de la*

Escitia es una llanura elevada y abundante de pastos, sin que sea escesivamente húmeda; porque está sembrada de grandes rios que arrastran en su curso las aguas supérfluas.

93. En esta llanura viven los Escitas llamados *Nómadas*, cuyo nombre se les ha dado porque no tienen domicilio fijo, y porque habitan en una especie de carros de seis ó á lo menos de cuatro ruedas, cerrados por todos lados con fieltro, y contruidos á modo de casas. Algunos tienen dos ó tres separaciones, y son impenetrables á la lluvia, á la nieve y al viento. Son conducidos por dos ó tres pares de bueyes que carecen de astas por causa del frio escesivo.

94. Solo habitan en ellos las mugeres y los niños; los hombres las acompañan á caballo con sus ganados; no pasan de un lugar á otro sino despues que ha consumido su ganado todo el forrage que habia en el que dejan. Comen carnes crudas, y beben leche de

yeguas, de la que hacen tambien una especie de queso que llaman *hippace*. Tales son las costumbres y modo de vivir de los Escitas.

95. Por lo tocante á la temperatura de las estaciones de la Escitia, á la uniformidad de las facciones de sus habitantes (los cuales del mismo modo que los Egipcios se parecen tanto unos á otros, como se diferencian de los demas pueblos), á la poca fecundidad de los hombres, como tambien de los animales, que son alli mas raros y pequeños que en otras partes, se debe atribuir á las causas siguientes: la Escitia se halla precisamente situada bajo de la Osa y de los montes Rifeos, de donde viene el norte. El sol no se aproxima sino en el solsticio de estío, y solo le calienta poco tiempo. Los vientos cálidos que soplan de las regiones calientes, solo llegan muy rara vez, y despues que han perdido su fuerza.

96. Los vientos frios y septentrionales son los que soplan alli constante-

mente, y vienen de los montes que estan siempre cubiertos de nieves y hielos, y que son casi inhabitables por la escesiva humedad que reina en ellos. Las llanuras estan cubiertas durante el dia de nieblas espesas; de modo que los que las habitan viven en la humedad y en un perpétuo invierno, no teniendo mas que algunos dias de verano, y esos no muy cálidos; porque son unas llanuras altas y desunidas que principian cerca de la Osa, y que se prolongan elevándose mas y mas, sin ser coronadas de los montes.

97. Los animales son alli muy pequeños á fin de que puedan ponerse á cubierto bajo de tierra. El invierno perpétuo que se opondrá á su incremento, les obliga á refugiarse á tal parage para buscar en él un abrigo que la aridez del terreno les niega: todas las estaciones son parecidas unas á otras, y son muy poco considerables las mutaciones que experimentan. De aqui proviene aquella uniformidad que se observa en

las facciones de los Escitas, como tambien en el modo de vida que tienen, vestidos y sustentados de una misma manera en invierno que en verano: respiran un aire húmedo y denso, y beben aguas de nieve y de hielo. Son ademas perezosos y poco á propósito para el trabajo, porque ni el cuerpo ni el espíritu pueden sostener la fatiga en aquellos países en que las estaciones no producen mutaciones muy considerables.

98. Todo esto acarrea necesariamente que los cuerpos de los Escitas esten tan cargados de gordura, que no se pueden distinguir en ellos las articulaciones, y por consiguiente son de una complexion húmeda y laxa: las cavidades, especialmente la del vientre, estan llenas de humores, porque no es posible que el vientre se ponga seco en un clima constituido del modo que hemos dicho, y en unos hombres de tal temperamento.

99. La gordura de su complexion, juntamente con la falta de pelo, es la

que produce aquella uniformidad de figura, y hace que los hombres se parezcan unos á otros, del mismo modo que las mugeres se parecen entre sí. Añádase á esto que siendo las estaciones casi de una misma temperatura, no experimenta el licor seminal alteracion alguna en el momento de su concrecion para formar el feto, á no ser que sobrevenga algun accidente violento, ó alguna enfermedad que pueda desordenarle.

100. Una de las grandes pruebas que puedo proponer acerca de la humedad de su cuerpo, es que la mayor parte de los Escitas, y en general todos los *Nómadas*, se aplican cauterios á las espaldas, á los brazos, á las corporas, al pecho, á las nates y á los lomos; y no emplean este medio sino para evitar la humedad y la blandura de sus cuerpos tan enervados, que no podrian preparar un arco ni ejecutar el movimiento impetuoso de la espalda en el acto de disparar la flecha. Pero luego que sus ar-

ticulaciones se ven desembarazadas de la escesiva humedad por la aplicacion del fuego, se pone mas firme la forma de sus cuerpos, mas compacta, y se perfecciona mucho mas.

101. Los Escitas son naturalmente de una complexion laxa, y gruesos: primero, porque en la niñez no se les faja, siguiendo en esto la costumbre de los Egipcios, no habiendo querido adoptar el uso contrario á fin de poderse tener con mas facilidad á caballo: segundo, porque la vida sedentaria que traen contribuye tambien á aumentar esta complexion.

Mientras que los niños no estan aun en estado de montar á caballo, pasan la mayor parte del tiempo sentados en los carros, y apenas tienen proporcion de andar á pie por causa de las emigraciones continuas que hacen, sin fijarse jamas en parte alguna: en orden á las mugeres, son estraordinariamente húmedas y flácidas.

102. Los Escitas son por lo general

de un color bazo, porque en su clima no tiene el sol bastante poder para impedir que el frio abraze su pellejo y altere su blancura.

103. Unos hombres asi constituidos no pueden de ningun modo ser fecundos. Los hombres son poco inclinados á los placeres del amor por causa de su temperamento húmedo, y de la blandura y frialdad del vientre; disposiciones que favorecen naturalmente poco para las funciones de la generacion, dejando á un lado la equitacion continúa que los enerva. Tales son las causas que quitan á los hombres las fuerzas necesarias para cumplir los deberes de su sexo.

104. Las mugeres, por su lado, tienen el cuerpo demasiado gordo y húmedo para que la matriz pueda apoderarse del licor seminal. Sus evacuaciones mensuales no observan regla alguna; son de corta cantidad, y no se presentan sino por largos intervalos. La gordura les cierra el orificio de la ma-

triz, y las impide concebir. Añádase á esto la aversion que tienen al trabajo, como tambien la blandura y frialdad de su vientre. La reunion de todas estas causas debe necesariamente hacer poco fecundas á las Escitas.

105. Una gran prueba de lo que acabo de esponer en orden á sus mugeres es el contraste que se observa entre ellas y sus esclavas: apenas han tenido estas comercio con algun hombre, quando se hacen embarazadas; y esto sucede porque trabajan, y porque son mas enjutas que sus amas.

106. Otra observacion que se debe hacer acerca de la Escitia, es que se encuentran alli muchos hombres impotentes. Se condenan á los trabajos de las mugerès, se conducen enteramente del mismo modo que ellas, y aun imitan su voz y language, y los llaman *afeminados*. Los naturales del pais atribuyen la causa de esta mudanza á Dios, y tienen tal veneracion á esta especie de hombres, que los adoran, temiendo

cada uno de por sí ser atacados de semejante calamidad.

107. Por lo que á mí toca, creo que esta enfermedad viene de Dios, lo mismo que todas las demas, y que no las hay que sean unas mas divinas ó humanas que otras; pero no por esto deja de ser cierto que cada una de ellas se forma segun las leyes de la naturaleza, y que no hay una que no deba su origen á las causas naturales. Voy á señalar las que me han parecido que producen la enfermedad de los Escitas.

108. El hábito de estar siempre á caballo, y de tener colgando de continuo las estremidades inferiores, les ocasiona fluxiones crónicas en las articulaciones. Cuando se agrava esta enfermedad se retira el muslo, y se ponen cojos. El tratamiento que emplean al principio de la enfermedad se reduce á hacerse abrir las dos venas que están detras de las orejas. Luego que cesa de salir la sangre los amortigua la debilidad, y les hace quedar dormidos. Al-

gunos se hallan curados al despertar; pero otros no experimentan el menor alivio: yo sospecho que este remedio es el que justamente despoja al licor seminal de su virtud prolífica, porque parece que cortan precisamente las venas inmediatas á las orejas, cuya abertura trae consigo la impotencia.

109. Cuando en lo sucesivo, queriendo tener comercio con las mugeres, no pueden completar el acto, permanecen al principio tranquilos, y no se incomodan; pero si despues de muchas tentativas no lo consiguen mejor que la primera vez, miran entonces este accidente como un castigo del cielo, á quien creen ofendido; se declaran impotentes, se visten de muger, toman sus inclinaciones, y se ejercitan en las mismas labores que las mugeres.

110. Sin embargo, esta enfermedad solo ataca á los hombres mas poderosos por su fortuna y nobleza; y esto precisamente á causa de su continua equitacion. Los pobres y la clase infi-

ma del pueblo no estan tan espuestos á ello, por lo mismo que jamas van á caballo.

III. Si viniese pues de Dios de un modo mas directo que las demas enfermedades, no atacaria exclusivamente á los nobles y á los ricos, sino á todos indistintamente; ó por mejor decir, mas bien deberia atacar á los pobres, si es cierto que los dioses se complacen con las ofrendas de los hombres, y que los remuneran; porque es natural que los ricos les ofrezcan sacrificios con mas frecuencia, y que los honren de otros varios modos, cuando los pobres no deben de hacer estos gastos; lo primero, porque no tienen medios para ello; y lo segundo, porque lejos de creerse obligados á honrar á los dioses, se creen con derecho de acusarlos como autores de su miseria. Por lo mismo el castigo de semejantes ofensas deberia de caer mas bien sobre ellos que sobre los ricos. Pero esta enfermedad viene de los dioses, lo mismo que todas las demas,

como queda dicho, y debe su origen igualmente á una causa natural, que es lo que acabo de indicar.

112. No solo en los Escitas produce la equitacion estos males, sino que en todas las partes en que este ejercicio forma una ocupacion diaria, se encuentran muchas personas sujetas á fluxiones crónicas de las articulaciones, al dolor esciático, á la gota, y poco aptas para los placeres del amor.

113. Estos males que afligen á los Escitas, y que los hacen semejantes de un modo particular á los eunucos, deben su origen á la misma causa, quiero decir, á la costumbre de ir á caballo lo mas del tiempo, y tambien á la de gastar calzones de continuo, lo cual impide que ni aun puedan llevar la mano á las partes naturales. Añádase á esto que el frio y el trabajo distraen enteramente su espíritu del deseo de la union de los sexos; de modo que no se atreven á intentar nada antes de estar bien asegurados de haber recobrado su

virilidad. Esto es lo que tenia que decir acerca de la nacion de los Escitas.

114. En orden á los demas europeos, se diferencian unos de otros por su forma y estatura, á causa de las variaciones tan grandes como frecuentes de sus estaciones. En ellos á los calores escesivos siguen frios rigurosos, y las continuas lluvias son reemplazadas por sequedades muy largas, sin hablar de los vientos, que hacen todavía mas irregulares estas variaciones.

115. No debe causar admiracion que se resienta la generacion de estas vicisitudes, y que la concrecion del licor seminal no se haga siempre de un mismo modo, sino que varíe segun que la concepcion se verificó en estío ó en invierno, en tiempo seco ó lluvioso. Esta es á mi parecer la causa que da mas variedad á la forma y estatura de los europeos, que á la de los asiáticos; lo cual se observa tambien aun entre los habitantes de cada poblacion. La concrecion del licor seminal debe espe-

rimentar mas alteraciones en un clima espuesto á frecuentes mutaciones, que en aquel en que la temperatura de cada estacion es mas constante.

116. Lo que acabo de notar acerca de la forma puede aplicarse tambien á las costumbres. Los europeos son de un natural silvestre, insociable y fogoso, por lo mismo que viven bajo un cielo en que el espíritu experimenta de continuo aquellos sacudimientos que hacen al hombre agreste, y que le despojan de la dulzura y amenidad de sus costumbres: por lo mismo los contemplo mas valerosos é intrépidos que á los asiáticos. Una temperatura constantemente igual favorece la indolencia, siendo asi que en un clima variable el cuerpo y el espíritu se inclinan espontáneamente al ejercicio y al trabajo, que aumentan el valor, asi como la pereza y la inaccion conducen á la laxitud.

117. La naturaleza del clima es sin duda la que hace á los europeos mas belicosos que á los asiáticos; pero la

forma de gobierno influye tambien: los primeros no son gobernados por despotas como los otros, y ya he dicho que en todas aquellas partes en donde reina el despotismo debe haber necesariamente mucha cobardía; porque cuando es esclava el alma nadie se cuida de esponer su vida sin necesidad para aumentar el poder de otro.

118. Al contrario, gobernados los europeos por sus propias leyes, arrostran con tanto mas gusto los peligros, quanto son ellos mismos los que se esponen por su propia causa, y los únicos que recogen el honor y fruto de sus victorias; tan cierto es el influjo que tienen las leyes sobre el valor. En la comparacion de los europeos con los asiáticos he hablado solo de un modo general,

119. Pero hay pueblos tambien en Europa que se diferencian entre sí, tanto por el valor como por la forma y estatuta, cuya variedad depende de las mismas causas indicadas ya, y que voy á ilustrar algo mas.

120. Todos los que habitan en un pais montuoso, desigual, elevado y provisto de agua, y que experimentan mudanzas desiguales en las estaciones, deben ser naturalmente de una estatura alta, muy á propósito para el ejercicio y el trabajo, y llenos de valor; pero son especialmente de un caracter agreste y feroz.

121. Al contrario, aquellos que habitan en paises hondos, cubiertos de pastos, y atormentados por calores sofocantes, que estan mas espuestos á los vientos cálidos que á los frios, y que beben aguas calientes, ni son grandes, ni de buena proporcion; mas bien son obesos y sobrecargados de carne: tienen los cabellos negros, y su color se aproxima mas al negro que al blanco. Su temperamento es menos flemático que bilioso: no son naturalmente valientes, ni propios para el trabajo; pero podrian ser aptos para ambas cosas si estuviesen gobernados por leyes que los dirigiesen á ello. Por lo demas pueden gozar de buena salud y tener buen

color, si hay en su pais rios que arrastren las aguas paradas y las de lluvia. Al contrario, si estan distantes de rios, y beben aguas estancadas de pantanos ó traídas de lejos, deben tener grandes barrigas, y estar sujetos á las afecciones del bazo.

122. Los que habitan un pais elevado, igual, ventoso y húmedo, son por lo regular grandes y parecidos entre sí; pero son naturalmente mas suaves y de menos valor.

123. Los que habitan terrenos de poca miga, secos y áridos; y en los cuales no son moderadas las mudanzas de las estaciones, tienen el hábito del cuerpo seco y nervioso, y mas bien el color rubio que moreno. La arrogancia y la indocilidad forman su carácter, porque en todas aquellas partes en que las estaciones experimentan variaciones frecuentes y considerables, se encuentran hombres muy diferentes, tanto por la figura, como por la constitucion moral y física.

124. Esta variacion de las estaciones es la causa mas poderosa de la diferente naturaleza de los hombres; sigue despues la calidad del terreno de donde sacan su subsistencia, y la de las aguas de que hacen uso. Es un hecho constante que la constitucion fisica y moral del hombre se modifica regularmente por la naturaleza del lugar que habita.

125. En todas aquellas partes en que el terreno es de mucha miga, blando y húmedo, en que las aguas estan á tan poca profundidad, que son calientes en el estío y frias en el invierno, y donde se goza de una temperatura igual, son los hombres regularmente carnosos, débiles, blandos, perezosos y cobardes. Se les ve sumergidos en la indolencia, inclinados naturalmente al sueño, y estan dotados de un talento torpe, embotado y poco á propósito para las artes.

126. Pero en un terreno árido, escabroso, que no está abrigado, y que

está igualmente espuesto á los frios rigurosos mas que á los calores escesivos, tienen los hombres el cuerpo seco y flaco, y menos espresado, nervioso y veloso. Son sumamente activos y vigilantes, de un caracter indócil y arrogante, y mas bien agreste que afable. Por lo demas tienen mucha inteligencia, y estan dotados de un talento mas fino para las artes, y de mayor valor para el de la guerra. El influjo del terreno no se limita á los hombres, sino que ejerce su poder igualmente sobre todas las producciones de la tierra.

127. Hé aqui las constituciones físicas y morales que son mas opuestas. Siguiendo las reglas y ejemplos que he referido, se podrá juzgar de todo lo demas, sin esponerse á errar, ó sin riesgo de engañarse.

DE LA

DIETA SALUDABLE.

El mejor régimen que se puede observar en el curso ordinario de la vida es el siguiente: en el invierno se debe comer mucho y beber muy poco; la bebida debe ser de vino puro, y el alimento carnes asadas y pan. En toda esta estacion no se deben comer yerbas ó vegetales, ó en caso de comerlas, en muy corta cantidad. De este modo se conservará el cuerpo seco y caliente.

En la primavera se podrá beber algo mas, y poco á poco irse acostumbrando á beber el vino aguado. Se comerán carnes mas succulentas, pero en menos cantidad, acortando insensiblemente la racion de pan; se hará uso de la torta hecha con harina de cebada; igualmente se limitarán los guisados. En lugar de comer asado, se echará

mano de carnes cocidas, y no se comerán vegetales hasta que venga el verano; pero para evitar que está mudanza sea perjudicial, se cuidará que no sea repentina, y que se vaya haciendo poco á poco.

En el verano se comerá torta blanda, y se beberá mucho, y vino muy aguado. Todas las carnes que se coman deberán ser cocidas: este es el régimen que se debe observar en verano para conservar el cuerpo húmedo y frio; porque siendo esta estacion cálida y seca, abrasa por consiguiente, y deseca el cuerpo: es pues necesario combatirla de este modo; y asi como se ha pasado del invierno á la primavera, del mismo modo es menester pasar de la primavera al verano, acortando la comida y aumentando la bebida. Todo lo contrario debe hacerse al pasar del verano al invierno.

En otoño se empezará á aumentar la comida: se comerán carnes más secas, y se beberá menos, y el vino no

tan aguado. Se pasará el invierno bebiendo muy poco, y el vino todavía menos aguado, haciendo en todo lo demás lo que queda dicho. De este modo se tendrá una salud robusta, y no se padecerá frio. Este régimen se funda en que esta estacion es húmeda y fria.

Los sugetos gordos, los que tienen las carnes blandas, y que son colorados y rubios, deben comer la mayor parte del año carnes muy secas, porque su temperamento es muy húmedo. Los que son flacos, enjutos, secos, rubios ó negros, deben guardar con frecuencia un régimen húmedo, porque su temperamento es seco.

Los jóvenes deben tambien alimentarse de carnes mas blandas y húmedas, porque esta edad es muy seca, y el cuerpo está todavía muy nervioso y firme.

En orden á los viejos, observarán la mayor parte del año un régimen mas seco, porque en esta edad estan los cuerpos blandos, húmedos y frios. Se

deben pues prescribir los varios métodos de vida segun la edad, la estacion, la costumbre, los lugares y los temperamentos, oponiéndose siempre al frio y al calor: este es el modo de conservar una salud completa.

En el invierno se debe andar de prisa, y en el verano despacio, á no ser que se ande por donde da el sol. Los gordos deben andar todavía mas aprisa, y los que son muy flacos todavía mas despacio.

En el verano es menester bañarse con frecuencia, y rara vez en invierno. Los flacos deben bañarse con mas frecuencia que los gordos: en invierno no se deben usar mas que telas naturales, y en verano las que estan preparadas ó fabricadas con aceite.

Los gordos que desean disminuir algo su gordura deben hacer ejercicio en ayunas, y comer inmediatamente aun antes de descansar y de enfriarse; pero antes de principiar á comer es preciso que beban vino aguado, y que no

esté frio. Las carnes de que usen se cocerán con sésamo ú otras sustancias de esta naturaleza, y gordas, porque de este modo se necesitarán pocas para sustentarles. Ademas de esto es preciso que no hagan mas que una comida al dia, que se abstengan del baño, que duerman en una cama muy dura, y que se paseen con la menos ropa que puedan.

Los flacos que desean ponerse gordos deben hacer todo lo contrario, y no hacer ejercicio hasta despues de haberse desayunado.

En orden á los vomitivos y á las lavativas, hé aqui el modo como se debe usar de ellos. En los seis meses de invierno se debe vomitar, porque esta estacion es mas pituitosa que el verano; sobrevienen enfermedades hácia la cabeza, y en la region superior al diafragma; pero en los seis meses de verano es preciso usar de lavativas, porque es cálida esta estacion y abunda la bilis. Se siente peso en los lomos

y en las rodillas; hay mucho ardor, y se padecen cólicos: es pues necesario refrescarse y atraer hácia abajo de todos los parages los humores que intentan remontarse.

Las lavativas para los gordos y húmedos deben ser mas saladas y fluidas; y para los secos, endebles y flacos deben ser mas grasas y compactas. Las lavativas de esta última especie serán de leche ó de cocimiento de guisantes y otras cosas de esta naturaleza. Las otras se compondrán de agua salada, de agua del mar, ó de cosas semejantes á estas. Ahora vamos á decir cómo se ha de usar de los vomitivos. Los gordos deben vomitar en ayunas, despues de haber corrido ó de haberse paseado con mucha celeridad al rededor del medio dia. Tomarán cuatro onzas de hysopo desleido en una azumbre de agua; usarán de esta bebida despues de haber echado un poco de vinagre y sal para hacerla mas agradable. Al principio la tomarán despacio, y luego muy aprisa.

Los flacos y mas débiles no deben vomitar hasta despues de haber comido, y lo harán del modo siguiente: despues de haber tomado un baño templado beberán una libra de vino puro; comerán luego muchas especies de carnes, y no beberán ni en la comida ni despues de ella, y procurarán no beber tanto tiempo como se necesita para andar diez estadios. Despues de este espacio tomarán tres especies de vino, áspero, suave y agrio: los mezclarán y beberán de esta mezcla, al principio pura y muy despacio, y luego aguada, mas aprisa y en mayor cantidad.

Los que acostumbran tomar vomitivo dos veces cada mes, será mejor que lo tomen dos dias seguidos, que vomitar cada quince dias. Pero hay muchos que hacen todo lo contrario.

Los que no pueden vomitar, y no tienen el vientre libre, deben comer muchas veces al dia de muchas especies de carnes compuestas de varios modos, y beber de dos ó tres especies

de vinos. Pero los que vomitan con facilidad, ó que tienen el vientre húmedo, observarán un método enteramente opuesto.

Se debe bañar á los niños en agua caliente por mucho tiempo: se les debe dar vino aguado que no esté frio, y elegir aquel que no infle el vientre y que no produzca flatos. Con esto se logrará que no esten tan espuestos á las convulsiones, y que sean mas fuertes y de mayor corpulencia.

Las mugeres deben hacer uso de un régimen mas seco, porque los alimentos secos son mas convenientes para la blandura de su carne; y el vino menos aguado es el mejor para la matriz y para la nutricion de la criatura.

Los que hacen ejercicio deben correr y luchar mucho en invierno, y en el verano hacer todo lo contrario; pero en esta estacion deben pasearse mucho en parages frescos.

A los que cansa ó fatiga el correr les conviene luchar, y al contrario: por

medio de este ejercicio la parte cansada se recalienta, se alivia de su fatiga, y vuelve á adquirir su vigor.

Los que tienen flujo de vientre por un ejercicio muy violento, y cuyas deposiciones presentan alimentos indigestos, deben abstenerse de la tercera parte á lo menos de su ejercicio, y de la mitad de su comida ordinaria; porque es una prueba evidente de que su estómago no tiene bastante calor para cocer esta cantidad de alimentos: se alimentarán con pan muy tostado y empapado en vino; beberán poco, y vino muy puro, y no se pasearán despues de comer; no harán mas que una comida al dia, porque de este modo adquirirá calor el estómago y la fuerza necesaria para digerir. Esta especie de flujo de vientre ataca á los que tienen las fibras rígidas, especialmente cuando comen mucha carne. Siendo su temperamento de esta naturaleza, sus vasos estrechos y compactos no pueden recibir los alimentos que toman. Esta es-

pecie de temperamento está espuesto á varias mutaciones, que se verifican con facilidad; de suerte que la buena complexion dura en ellos poco. Los que tienen las carnes mas laxas y los vasos mas anchos, y son mas vellosos, digieren mejor las carnes, resisten mas los trabajos y fatigas, y su buena complexion dura mas tiempo.

Los que vomitan por la mañana lo que comieron el dia anterior, y cuyos hipocondrios se inflan cuando no hacen buenas digestiones, tienen necesidad de dormir mucho mas y de sujetarse á hacer mas ejercicio: deben beber mayor porcion de vino puro, y comer mucho menos; porque es evidente que su estómago está demasiado débil y frio para digerir la cantidad de alimentos que toman.

Los que tienen sed con frecuencia deben acortar su comida y sus trabajos, y beber vino muy aguado y lo mas frio que sea posible.

Los que padecen dolores en las vis-

ceras, ya sea por los ejercicios violentos, ó por sus trabajos, deben descansar antes de comer, y usar de una bebida que en corta cantidad haga orinar mucho, para que los vasos de las vísceras no se pongan tirantes por una gran replecion, porque estas obstrucciones son las que producen los tumores y las calenturas.

Los que padecen enfermedades que proceden del cerebro tienen la cabeza pesada, orinan mucho, y padecen todos los demas síntomas de la estranguria. Este estado dura nueve dias, y si echan por la nariz ó por los oidos materias viscosas ó pus, quedan curados y cesa la estranguria; orinan entonces mucho y con facilidad, y su orina es blanca hasta el dia veinte, y no tienen dolor de cabeza. Pero cuando quieren leer algo que pida atencion, observan que se les obscurece la vista.

Es necesario que todo hombre juicioso se persuada que la salud es un tesoro muy precioso, y que sepa lo que

puede producir las enfermedades, y las reglas que las evitan.

DEL RÉGIMEN

EN LAS

ENFERMEDADES AGUDAS.

Los que compilaron las sentencias enidias espusieron muy bien todos los síntomas de cada una de las enfermedades, y el modo con que se verifican algunas de ellas; en una palabra, todo lo que uno que no supiese Medicina podría escribir, despues de haberse informado de los enfermos de lo que han padecido; pero nada dijeron de la mayor parte de cosas que debe saber el médico, sin haber oido la relacion de los enfermos.

Asi, supuesto que la curacion de cada enfermedad exige un conocimiento perfecto de las circunstancias que le son propias, no debe causar admira-

cion que sea yo de opinion contraria á la suya sobre este particular, mayormente cuando ellos emplean pocos medicamentos para curar las enfermedades agudas. Es cierto que nos han dejado una gran porcion de remedios para las demas enfermedades, siendo casi todos ellos de la clase de los purgantes, y que han alabado mucho la eficacia de la leche y del suero usados con oportunidad. Si estos medicamentos fuesen buenos y apropiados para los males que los prescriben, tendrian mucho mas valor por su simplicidad, por ser tan pocos, y por la facilidad de su preparacion; pero no es asi.

Los que han tratado despues de la misma materia han mostrado mas inteligencia en la Medicina, indicando los remedios propios para cada enfermedad. Por lo mismo es preciso confesar que todo lo que han escrito los antiguos acerca del régimen no merece leerse, y por lo comun nada han dicho sobre este particular. Es cierto que al-

gunos no ignoraron las diferentes formas y divisiones de las enfermedades; pero lo erraron en querernos dar sus varios nombres, porque no es tan fácil como se cree hacer la enumeracion de ellas, si las colocamos todas en diferentes clases, porque siempre se diferencian en algo, ó si se cree que una enfermedad no puede ser la misma si no tiene el mismo nombre.

Mi opinion es que en todo nos debemos conducir segun las reglas del arte, y obrar con la mayor exactitud si deseamos conseguir buenos efectos. En los casos en que se necesita resolucion, y en los cuales seria peligrosa la detencion, seria imprudencia retardar nuestros auxilios. En los que pide la enfermedad un plan moderado, no se debe incomodar sin provecho al enfermo: en una palabra, debemos siempre intentar lo mas perfecto, sea la que fuere la parte de la Medicina que hayamos abrazado, sin atenernos servilmente á métodos particulares. Para mí será siempre

muy apreciable el médico que por ser útil, tanto á los enfermos como á los de su profesion, no omitiere nada de cuanto pueda contribuir á perfeccionar los métodos ó planes curativos que se siguen ordinariamente en las enfermedades agudas mas destructoras, como son las que los antiguos han conocido con el nombre de pleuresías, pulmonías, letargos, calenturas ardientes, ademas de otras muchas que tienen grande analogía con estas, porque agotan las fuerzas de los enfermos por la calentura continúa que las acompaña.

Cuando no reina ninguna enfermedad epidémica pestilencial, y solo calenturas esporádicas de varias especies, mueren mas personas por estas calenturas que por cualquier otra enfermedad. No siendo por lo comun el pueblo capaz para distinguir un médico bueno de otro ignorante, aprueba ó condena por capricho las curaciones que ve ejecutar. Tambien se debe creer que los médicos vulgares no conocen estas ca-

lenturas, cuya naturaleza no se puede comprender sin mucho estudio; porque no es difícil saber el nombre de las cosas que se presentan todos los días á la vista; pero no sucede así en las que estamos tratando, que no pueden menos de caracterizar á un médico por sabio ó por ignorante.

No puede hacerse cosa mejor, á mi parecer, que comunicar al público aquello que le conviene conocer, lo cual ha burlado también algunas veces el conocimiento de los médicos; por ejemplo, la razón que ha determinado á algunos de ellos á dar en las enfermedades agudas la tisana sin colar, por la persuasión en que están de que este método es el mejor.

Otros combaten con todas sus fuerzas la costumbre que tienen algunos otros médicos de dar á sus enfermos la cebada cocida, porque creen que es perjudicial, al paso que ellos mismos administran el zumo que sacan de ella, colándolo por un lienzo.

Otros, finalmente, no permiten que se dé la tisana crasa y su zumo hasta el dia séptimo de la enfermedad, y otros hasta despues que se haya verificado la crisis.

Me atrevó á asegurar que el conocimiento del régimen que se debe observar en las enfermedades agudas es excelente, y comprendè otras muchas partes de las mas importantes de la Medicina; porque el régimen importa mucho para la curacion de los enfermos, para conservar la salud, para fortificar á los que se ejercitan, y para facilitar la concepcion.

La tisana me parece preferible á cualquier otro alimento sacado de varias especies de granos, y alabo mucho á los que le han dado esta preferencia, porque tiene cierta especie de viscosidad ligera é igual, agradable, lubricante y humectante, que no produce ninguna alteracion, y diluye todo lo que necesita diluirse; no es astringente, no causa desórdenes en el estómago mientras

se digiere, no infla el vientre, habiendo perdido esta propiedad por medio de la coccion, que la dilata tanto, quanto permite su naturaleza.

El médico que prescribe la tisana en las enfermedades, no debe permitir de ningun modo que los enfermos pasen un solo dia sin tomar alimento, á no ser que lo juzguen necesario para apresurar el efecto de un purgante ó de una lavativa que se les hubiese administrado.

Los que acostumbran hacer dos comidas al dia pueden usar igual número de veces de la tisana; pero los que regularmente no hacen mas que una comida, la tomarán una sola vez los primeros dias, pero se les acostumbrará poco á poco á que la tomen dos veces al dia, si se cree necesario. No se debe dar de ningun modo muy espesa, ni en gran cantidad; basta solo dar la suficiente para precaver la escesiva inanicion de los vasos. Si viene la enfermedad acompañada de gran sequedad, no

se debe dar de ella una gran dosis, y aun seria bueno darle antes al enfermo hydromiel, vino, ó cualquier otra cosa que se tenga por conveniente: dentro de poco especificaré lo que conviene mas á cada caso en particular. Si la lengua está húmeda, y es buena la espectoracion sin mezcla de ninguna mala cualidad, se debe aumentar mucho la cantidad de la tisana que toma el enfermo, porque la humectacion repentina y abundante indica que se hará pronto la crisis, y al contrario cuando es poca y se hace con lentitud.

Este es el modo con que se debe administrar la tisana: paso en silencio otras muchas cosas, de las cuales se pueden deducir algunos pronósticos, para volver á tratar de ellas en lo sucesivo. Cuanto mas abundante fuere la espectoracion, tanto mayor debe ser la cantidad de la tisana que se tome, hasta que se verifique la crisis. Tambien será oportuno continuar su uso dos dias despues de la crisis, para evi-

tar la recaída, especialmente cuando hay indicios ó señales de crisis el dia quinto, séptimo ó noveno, atendiendo siempre á los dias pares ó impares. Será bueno, dos dias despues de la crisis, dar por mañana y tarde tisana al enfermo, hasta que esté en estado de comer alimentos mas sólidos.

Hé aqui las ventajas que saca el enfermo del uso inmediato de la tisana. Cesan al punto los dolores que acompañan á la pleuresia, porque empieza á establecerse la espectoracion. Las evacuaciones pulmonales son mucho mas perfectas, y la supuracion mas corta ó menos abundante que si el enfermo usase de otra especie de alimento. Las crisis son tambien mas regulares, mas fáciles, y menos frecuentes las recaídas.

La tisana debe hacerse de buena cebada y bien cocida, á no ser que solo se quiera emplear su zumo, porque ademas de las otras virtudes de la tisana, esta preparacion comunica á la cebada

Una virtud lubricante que preserva las fauces. Jamas causa la tisis obstrucciones y peso en el estómago; pasa fácilmente, no altera, se digiere con facilidad y relaja mucho, con tal que esté bien cocida; por lo cual es sumamente útil en las enfermedades agudas, de suerte que lo pasan muy mal todos aquellos enfermos que no quieren hacer de ella el uso debido.

Quando el enfermo no obra, y toma la tisis sin haber evacuado antes los escrementos, no hace mas que aumentar los dolores que sentia ya, ó escitarlos si no los tenia. Añádase á esto la dificultad de respirar, que puede tener consecuencias funestas, porque seca los pulmones y determina dolores en los hipocondrios, en el vientre y en el diafragma, tanto mas si el dolor de costado es continuo, y no cede á los fomentos calientes, ó si el enfermo no arroja mas que un material viscoso y crudo; si en lugar de mitigarlo con la sangría ó la purga, segun fueren las circuns-

tancias, se le hace tomar la tisana, solo se consigue abreviarle la vida: de aqui procede que los que toman la tisana en estos casos, mueren el dia séptimo, y aun antes, algunas veces en medio del delirio, y otras en la ortofnea y el estertor.

Estos síntomas hicieron creer á los antiguos que estos enfermos habian sido heridos por un golpe del cielo, es decir, castigados por los dioses: lo que les confirmaba mas en su opinion era lo que observaban en los que morian de estas enfermedades, á saber: que tenian el costado lívido despues de muertos, como si verdaderamente hubiesen recibido algun golpe; pero la verdadera causa de este color consiste en que muere el enfermo antes que cese la inflamacion de la pleura y de los pulmones. Se ponen al punto asmáticos, porque impidiendo la velocidad de la respiracion la coccion de la materia que debe expectorarse, y poniéndola sumamente viscosa, como lo hemos notado ya, im-

pide la espectoracion, y pegándose á la garganta produce el estertor; y la enfermedad es por lo comun funesta quando llega á este punto, porque toda materia viscosa obstruye ó impide el paso del aire en los pulmones, y le obliga á salir con rapidez, lo cual contribuye á acelerar la muerte; pegándose el material en la garganta, retarda, y su lentitud aumenta mas y mas la viscosidad de la materia, é impide su salida.

Si el abuso de la tisana es perjudicial en estas especies de enfermedades, mucho mas peligrosos serán los alimentos y las bebidas nutritivas. Sea pues que un sugeto se encuentre mal por haber usado de la tisana, de su zumo ó de cualquier otro líquido espeso, se deben emplear los mismos remedios, á no ser que circunstancias particulares obliguen á obrar de otro modo: hé aqui los métodos que deben adoptarse.

Si se halla alguno atacado de calentura, inmediatamente despues de haber

comido, y antes de haber regido el vientre, debe abstenerse de la tisana, ya tenga ó no dolor, hasta que los alimentos hayan pasado á los intestinos inferiores. Si no tiene dolor alguno tomará oximiel templado, si fuese invierno, y frio en el verano; si estuviese muy alterado, usará del hydromiel diluido en mucha agua. Si el dolor es continuo, y se teme que sobrevenga algun inconveniente, no se le permitirá el uso de la tisana hasta despues del dia séptimo ó noveno, con tal que sea fuerte su complexion; y aun en este caso se cuidará de que no sea ni muy crasa, ni en gran cantidad. Si es robusto el enfermo y está en el vigor de su edad, y si no ha evacuado los alimentos que tomó en su última comida, se le echará una lavativa; pero si fuere de constitucion débil, será mejor valerse de un supositorio, á no ser que tenga el vientre naturalmente libre. Por lo que toca al tiempo oportuno para darle la tisana, se debe tener por máxima,

tanto al principio como en el curso de la enfermedad, que siempre que tenga los pies frios le será perjudicial su uso; pero se le podrá dar cuando se restablezca el calor en estas partes. Esta precaucion es de la mayor importancia en todas las enfermedades, especialmente en las agudas, y aun mucho mas en aquellas que vienen acompañadas de calentura ardiente, y en que peligra la vida del enfermo.

Se debe empezar dando primero al enfermo el zumo, y luego la tisana, observando siempre las reglas que hemos prescrito. Tambien convendrá intentar desvanecer el dolor del costado, ya se presente al principio ó en el curso de la enfermedad, con fomentos calientes: el mejor de todos es el agua caliente en una vasija de cuero, en una vejiga, ó en una vasija de tierra ó de cobre, poniendo antes alguna cosa suave sobre la parte para impedir su ofensa.

Se puede tambien fomentar cómodamente la parte con una esponja fina,

despues de haber esprimido un poco el agua caliente en que se hubiere empapado; pero de cualquier especie de fomento que se use, se cuidará siempre de cubrirla, ya para que conserve mas tiempo su virtud, ya tambien para impedir que los vapores que se desprenden penetren á los pulmones. Tambien será útil aplicar sobre la parte almohadillas llenas de cebada y de yerba maceradas en vinagre, el cual por este medio pierde su virtud para los usos comunes. El salvado es tambien muy á propósito para satisfacer esta indicacion: la sal y el mijo cocidos en horno, y puestos en almohadillas, proporcionan tambien fomentos secos sumamente útiles, porque el mijo es lenitivo y laxante. Estas especies de fomentos emolientes disipan los dolores que se estienden hasta las clavículas; pero cuando los fomentos calientes no mitigan los dolores, no se deben continuar por mucho tiempo, porque debilitan los pulmones y apresuran la supura-

cion. Si se fija el dolor en la clavícula, y siente el enfermo peso en el brazo, al rededor de la mama, ó sobre el diafragma, es preciso, sin perder tiempo, hacerle una copiosa sangria del brazo, hasta que se disminuya el dolor y la sangre se presente mas encarnada ó mas lívida; porque estas dos mutaciones son propias de esta enfermedad.

¶ Pero si el dolor no se fija en las clavículas, y se presenta en la region inferior al diafragma, se deberá purgar con heléboro negro, ó con el tithimalo marino, mezclando con el primero zanahorias silvestres con seseli, comino, anís, ó cualquiera otra planta aromática que se quiera, y con el tartago el zumo del *sylphium*; porque teniendo todos estos simples una misma virtud, resultan los mismos efectos de su mezcla. El heléboro negro tiene mas fuerza que el tartago, y acelera con mas eficacia la crisis; pero el tartago es mas á propósito para desalojar el flato. Estas dos plantas, que son las mejores, tienen una

virtud anodina que les es comun con otras muchas plantas cathárticas. Aunque los purgantes que no son amargos, ó que no tienen un sabor desagradable, y que no incomodan al enfermo por su enorme cantidad, ni por su color, producen escelentes efectos quando se administran en forma de tisana, conviene sin embargo que el enfermo tome aquella cantidad de tisana que no sea inferior á la que estaba acostumbrado á tomar, despues de una dósis de los purgantes de que acabamos de hablar; pero que no tome alimento líquido mientras dure la accion del purgante; mas luego que cese, lo podrá tomar aunque en menor cantidad que la que tenia de costumbre; esto al pronto, y despues ir aumentando sucesivamente, con tal que haya cesado el dolor, y que por otro lado tampoco lo contradiga alguna otra cosa.

Las mismas reglas deben observarse en orden al zumo de la tisana: vale mas empezar al principio por esto, que re-

currir á ello al tercero, cuarto, quinto, sexto y séptimo dia, cuando estan ya los vasos vacíos por la abstinencia, á no ser que se haga la crisis en este tiempo. Las precauciones que se han de tomar son las mismas que he espuesto. Hé aqui lo que opino acerca del uso de la tisana y de las bebidas, de que haré mencion en lo sucesivo. Sin embargo, hay médicos que obran de un modo enteramente opuesto al que deberia observarse en estos casos, porque se proponen, despues de haber agotado al enfermo al principio de la enfermedad con uno, dos, tres ó mas dias de abstinencia, darle alimentos y permitirle el uso de los líquidos nutritivos, fundados talvez en aquel principio de que se debe compensar la mudanza acaecida en el cuerpo con otra mayor y enteramente opuesta. A la verdad semejante mudanza seria ventajosa si pudiese verificarse de un modo regular, sucesivo y sin violencia; pero como consiste principalmente en la cantidad de alimentos que

se concede al enfermo, si no es proporcionada, lo pasa mal, especialmente cuando se da toda la tisana. Aun los que usan de su zumo se hallan incomodados, como tambien los que toman cosas líquidas, aunque no tanto como los otros. El conocimiento del régimen que observan las personas sanas puede tambien sernos de mucha utilidad en estos casos, porque si se nota una gran diferencia entre los alimentos con relacion á las mudanzas que ocasionan en los cuerpos sanos, con mucha mas razon debe ser mayor en los que estan enfermos, especialmente en los que padecen enfermedades agudas.

Es fácil de comprender que el régimen constante y uniforme, aunque no deja de tener inconvenientes, es mucho mas oportuno para conservar la salud que el tránsito repentino de un mal régimen á otro mas saludable. Los que estan acostumbrados á hacer una ó dos comidas al dia, se incomodan

cuando mudan de costumbre. Si alguno toma al medio dia algo mas de lo ordinario, se incomoda, siente pesadez, debilidad é inaccion en todo el cuerpo; si ademas de esto cena, tiene regüeldos agrios, y algunas veces diarrea cuando se carga el estómago mas de lo ordinario, acostumbrado á desembarazarse por sí solo, y no habiendo jamas experimentado la necesidad de sufrir la fatiga de una doble coccion. En este caso se debe compensar esta mudanza con otra, es decir, se debe dormir despues de comer, y por la noche despues de cenar, evitando el frio en el invierno y el calor en el verano. El que no puede dormir se pasará largo rato, descansando de cuando en cuando; cenará poco ó nada, y beberá con moderacion de algun licor que no sea muy crudo. El mismo sugeto se hallará mucho mas incomodado, si hace tres comidas al dia, y será mayor su incomodidad á proporcion que fueren mas frecuentes sus refacciones. Sin embargo, hay su-

getos que pueden hacer tres comidas diarias sin incomodarse, lo que debe atribuirse á la costumbre que han adquirido. Otros, que solo hacen dos comidas, se sienten flojos cuando no comen al medio dia, y no pueden vacar á sus negocios, y ademas sienten un dolor ó desazon en la boca del estómago; parece que sus vísceras están en algun modo colgantes, la orina es cálida y amarilla, y los escrementos salen muy encendidos. Algunos tienen amargor de boca, los ojos hundidos, y sienten latidos en la region temporal, y frio en las estremidades. Los hay tambien que no habiendo comido al medio dia no pueden cenar sin resentir una opresion de estómago, y la mayor inquietud durante la noche, que evitarián si hubiesen comido las dos veces. Asi, supuesto que toda mudanza en el régimen ordinario, aunque no fuese mas que de pocas horas, produce tales efectos en los sanos, lo mas acertado será no añadir ni quitar nada del ali-

mento que se acostumbra á tomar. Un sugeto que contra la costumbre no come mas que una vez al dia, y que despues de haber dejado los vasos vacíos ayunando todos los dias, toma en la cena la cantidad de alimento que acostumbraba, enfermará seguramente por haberse privado de la comida del medio dia, y sentirá despues de cenar un peso tanto mayor, quanto mas habrá cenado; será mucho mas considerable la opresion si estando los vasos en inanicion por una escesiva abstinencia, come copiosamente en la cena. Los que estan agotados por una larga abstinencia no pueden hacer pues una cosa mas conveniente para compensarla y reparar sus fuerzas, que preservarse del frio y del calor, y no cansarse inútilmente con trabajos que no pueden soportar. Es preciso que cenén mucho menos de lo ordinario, y que los alimentos que tomen no sean secos, sino mas bien húmedos. La bebida no debe ser acuosa, ni en menor cantidad que los ali-

mentos que toman. Al dia siguiente deben comer con sobriedad para volver á emprender insensiblemente su modo de vida ordinario: algunos, y especialmente los que tienen las partes superiores muy cargadas de bilis, se incomodan mucho mas con estas irregularidades que los flegmáticos, los cuales pueden por todos respectos soportar la abstinencia á que no estan acostumbrados, y pasarlo bien con una sola comida al dia.

Lo dicho basta para probar que toda mudanza extraordinaria en las cosas concernientes á la naturaleza y hábitos del cuerpo, es una de las causas principales de las enfermedades. Por lo mismo es absolutamente peligroso evacuar escesivamente los vasos, ó tomar alimento al principio de una enfermedad que viene acompañada de inflamacion; en una palabra, pasar repentinamente de un estado á otro diametralmente opuesto.

Con relación á lo que se acaba de

esponer, se podrian decir aqui muchas cosas pertenecientes al estómago y á las demas partes que tienen relacion con él; por ejemplo, que soportamos con facilidad los alimentos y bebidas á que estamos acostumbrados, aunque malos por su naturaleza; y al contrario, que los mejores alimentos son dañosos cuando no se está acostumbrado á ellos. Tambien podrian tener aqui lugar los efectos que produce el abuso de la carne, del ajo, del *silphium* y de su zumo, de las berzas y de las demas sustancias semejantes, que gozan de una propiedad particular; pero no causará admiracion que incomoden y desordenen el estómago mas bien que otra cualquiera entraña, si se atiende á la hinchazon, inflacion, y á los dolores que causan las tortas á los que jamas las han probado; á la sed y á la replecion instantánea que causa el pan caliente por la propiedad que tiene de resecar, y por la dificultad con que se digiere; á los diferentes efectos que

produce el pan moreno y el de la flor de la harina en los estómagos que no están acostumbrados á él; á los que producen las tortas cuando están más secas, húmedas ó viscosas que lo ordinario; y la harina recién estraida de la cebada, secada al fuego, según el modo con que obra cuando es añeja en aquellos que solo han usado de la reciente; á los efectos que se experimentan por haber sustituido el vino al agua, ó al revés, ó haber dejado la costumbre de beber el vino puro ó aguado, por otra enteramente opuesta; porque estas mutaciones no pueden dejar de producir una superabundancia de humedad en el estómago, y flatos en los intestinos inferiores, ó palpitaciones de corazón, pesadez de cabeza y una sed excesiva. Los vinos blancos y colorados, sustituidos mutuamente contra la costumbre, son capaces de causar un sinnúmero de alteraciones en el cuerpo, aunque sean igualmente espirituosos; de suerte que no debe

nadie admirarse de que los vinos dulces y espirituosos que se sustituyen mutuamente de pronto, produzcan mutaciones tan considerables.

Sin embargo, es preciso confesar que se presentan ciertos casos en las enfermedades agudas, en los cuales se puede variar el régimen sin que el cuerpo experimente, en orden á su fuerza ó debilidad, alteracion bastante considerable, de modo que sea necesario aumentar ó disminuir la cantidad de los alimentos. Con todo, en tales casos se debe atender á las fuerzas del enfermo, á la naturaleza de la enfermedad, á la constitucion del cuerpo, al hábito y al modo de vida ordinario con relacion á la comida y bebida.

El aumento del alimento raras veces es útil al enfermo en las enfermedades agudas; antes bien en muchas de ellas es necesario privarle de él enteramente, con tal que tenga bastante fuerza para soportar tanta abstinencia, hasta que la enfermedad haya llegado á su mayor

grado, y esté próxima la crisis. Mas abajo indicaré los casos en los cuales se verifica lo que acabo de decir; y como los ejemplos tienen mucha mas fuerza que las reglas que yo podria dar; tendré cuidado de proponer algunos. Continuaré esponiendo la doctrina, cuya escelencia tengo ánimo de probar á mis lectores, convencido de que es mucho mas importante de lo que comunmente se piensa.

En el principio de las enfermedades agudas se les ha permitido á algunos tomar alimento el primer dia, y á otros el segundo de la enfermedad; y aun algunos han tomado tambien todo lo que les han presentado, sin exceptuar el *cyceon*.

Está muy distante de ser este régimen el mejor, aunque las faltas de esta especie no son tan perjudiciales como si despues de dos ó tres dias de abstinencia, y de la inanicion de los vasos, que es el resultado, principiase el enfermo semejante régimen el dia cuarto

ó el quinto. Es sumamente peligroso despues de tantos dias de abstinencia y de inanición tomar alimento á los siguientes, antes de estar iniciada la crisis. Semejante método no podria menos de ser funesto á un sinnúmero de personas, á no ser que la enfermedad fuese muy benigna. Los desórdenes no son tan perjudiciales al principio, y se enmiendan con mucha mas facilidad que los que se cometen cuando la enfermedad ha hecho algunos progresos. Me parece que no se puede prohibir en los primeros dias el uso de tal ó tal alimento líquido á los enfermos que tengan precision de tomarle en los dias siguientes. ¿Qué imprudencia, pues, no cometerán aquellos enfermos que empiezan á hacer uso de la tisana de cebada despues de dos ó tres dias de abstinencia, supuesto que no puede menos de serles perjudicial? Los que solo usan de la crema ignoran sin duda el daño que se hacen á sí mismos cuando la toman inoportunamente. Sin embargo, no se

necesita gran talento para conocer que el uso de la tisana entera de cebada, antes que esté preparada la crisis, es muy perjudicial para los que solo estan acostumbrados á la crema; asi es que deben abstenerse de ella.

Todo lo que acabo de decir prueba evidentemente que algunos médicos siguen un método muy perverso cuando permiten á sus enfermos el uso de los alimentos al principio de las enfermedades, ó cuando les privan de ellos del todo repentinamente. Los principios en que se fundan para concederles ó negarles alimentos, las mas de las veces son falsos, y por la mayor parte contrarios á las reglas que se deberian seguir. Algunas veces pasan de la inanicion de los vasos al uso de los alimentos líquidos; siendo asi que debia ser lo contrario, en caso que la enfermedad exigiese semejante mutacion. Estos errores son algunas veces causa de que las crudezas biliosas se arrebatan á la cabeza y á la region del pecho, á lo

cuál sobreviene la vigilia, que impide la coccion de la materia morbosa; se abate el enfermo, se pone inquieto, de mal humor, y delira; sus miradas son feroces, y sus ojos estan rutilantes; tiene zumbido de oidos, se apodera el frio de las estremidades, la orina es cruda, los esputos sin consistencia, salados y naturales en orden al color, pero en corta cantidad; se presenta el sudor al rededor del cuello, acompañado de ansiedades y de inquietud; la respiracion está como entrecortada, frecuente y muy fuerte; las cejas se dilatan en algun modo; tiene frecuentes síncope; se desarropa, y le entra un temblor en las manos, y algunas veces en el labio inferior. Cuando sobrevienen estos síntomas al principio de la enfermedad, presagian un delirio violento, y por lo comun la muerte. Solo pueden escapar por un absceso, por una hemorragia por la nariz, ó por la espectoracion de un pus compacto.

Pocos son los médicos que tienen

bastante sagacidad para discernir en las enfermedades la debilidad que proviene de la inanición de los vasos, ó de cosa semejante, de la que solo procede del dolor ó de la violencia de la enfermedad, y para discernir las varias impresiones y afecciones de toda especie que tienen su origen en la naturaleza y hábito de los individuos, aunque la vida y la muerte dependen del conocimiento ó de la ignorancia de estas cosas. El inconveniente es mucho mayor cuando el médico, mirando la debilidad del enfermo como un resultado de su abstinencia, aumenta el alimento, siendo así que su estenuación y debilidad solo proceden de su tristeza y de la violencia de la enfermedad. Es una ignorancia imperdonable cuando no se sabe distinguir si una enfermedad proviene de inanición, y disminuir fuera de propósito el alimento al enfermo. Semejante descuido es peligroso, y mucho mas ridículo que el precedente, aunque no trae tanto riesgo; porque si entonces cual-

quiera otra persona que no sabe una palabra de Medicina, pero que sabe lo que ha pasado, aconseja al enfermo el uso de los alimentos que el médico le tenía prohibidos, no se puede dudar que le aliviará mucho; y un error de esta naturaleza le acarrea al médico el desprecio del público, que se persuade enteramente de que el enfermo debe la vida á los consejos de que acabamos de hablar.

Mas adelante describiré las señales que son propias de estas diferentes enfermedades, para que se las pueda distinguir; y en efecto, tienen alguna semejanza con lo que se observa en el estómago. Si permanece el cuerpo largo tiempo en reposo contra su costumbre, se disminuirán sus fuerzas de un modo sensible; y si pasa repentinamente del reposo al trabajo, no hay duda que esta mudanza le acarreará alguna incomodidad, lo cual se verifica en cualquier parte del cuerpo. Los pies, del mismo modo que los demas miem-

bros, se resentirán de un ejercicio violento si han estado mucho tiempo en inaccion; lo mismo sucederá á los dientes, á los ojos y á las demas partes del cuerpo. La cama muy blanda ó muy dura producirá dolores á los que no estan acostumbrados á ello; y si se duerme al raso, aunque no se tenga tal costumbre, perderá el cuerpo su flexibilidad ordinaria. No será inútil ilustrar esta doctrina con algunos ejemplos. Supongamos que un hombre contrae una úlcera en la pierna, que no sea tan peligrosa que le cause inquietud, ni tan despreciable que no le dé ningun cuidado, y que sus carnes no sean ni muy fáciles ni muy difíciles de curar: supongamos tambien que los primeros dias guarda cama para no mover la pierna; con esta precaucion evitará la inflamacion, y se curará mucho mas pronto por este medio que si hubiese hecho el menor ejercicio durante la curacion. Pero si se levanta el dia quinto, sexto ó séptimo, se encontrará mucho peor

que si desde el principio se hubiese mantenido en pie y hubiese paseado. Si pasa repentinamente á un ejercicio violento, padecerá mucho mas que si se hubiese fatigado del mismo modo todo el tiempo del mal. Todas estas cosas reunidas prueban suficientemente que toda mudanza extraordinaria, de cualquier especie que sea, es perjudicial.

La escesiva cantidad de alimentos perjudica al estómago de muchos modos, despues de una grande abstinencia; y todas las demas partes del cuerpo experimentan mayor perjuicio del trabajo despues de un gran reposo, que del tránsito de un alimento abundante á la abstinencia, con tal que se le proporcione siempre al cuerpo alguna quietud despues de esta mudanza.

Si se pasa repentinamente del ejercicio y del trabajo á la quietud y á la inaccion, es tambien necesario disminuir á proporcion la cantidad de alimento, porque de otro modo no puede dejar de sentirse pesadez en todo el

cuerpo, ó alguna otra incomodidad.

Me he detenido mucho en las mudanzas del régimen, á causa de la importancia de la materia, no solo en general, sino tambien con relacion al objeto de que tratamos, es decir, del paso del estado de inanicion de los vasos al uso de los alimentos líquidos en las enfermedades agudas. Esta mudanza debe ser tal, qual acabo de esponer; pero no se puede usar de esta especie de alimentos á menos que no esté la materia morbífica en estado de coccion, y que no aparezcan algunas señales de evacuacion ó de irritacion al rededor de los intestinos ó de los hipocondrios, tales como los describiré.

La vigilia continua y pertinaz engendra crudezas é impide la coccion de los alimentos, tanto sólidos como líquidos; y el sueño escesivo relaja por el contrario el cuerpo, y pone débil y pesada la cabeza.

REGLAS

PARA EL USO

**DEL VINO PURO, DEL AGUADO, DEL AGUA,
DEL HYDROMIEL, DEL OXIMIEL Y DE LOS
BAÑOS.**

Se debe atender á los caracteres siguientes en la eleccion de los vinos dulces, espirituosos, blancos ó negros, en las enfermedades agudas. Los vinos dulces no estan tan espuestos á embriagar y á causar pesadez de cabeza como los espirituosos; pero son mas laxantes: sin embargo, aumentan los tumores del hígado y del bazo mucho mas que los otros, y no son convenientes para los sugetos biliosos, porque aumentan la sed. Engendran tambien flatulencias en los intestinos superiores, las cuales no llegan á los inferiores, como podria alguno creer; porque siendo causadas por

los vinos dulces, no tienen una cualidad penetrante, y se detienen al rededor de los hipocondrios. Tampoco promueven la orina, como lo hacen los blancos espirituosos; pero facilitan algo mas la espectoracion. Pero en esta parte se debe notar que el vino dulce, que causa alguna alteracion, no proporciona una espectoracion tan abundante como la que produce aquel que no aumenta la sed.

En lo que acabamos de decir acerca del vino dulce hemos hecho en parte el elogio y la censura del vino blanco espirituoso, el cual penetra con mas facilidad que el otro hasta la vejiga; es diurético y destruye poderosamente las obstrucciones, por lo cual es de grande utilidad en las enfermedades agudas, porque aunque sea menos apropiado que el precedente para otros usos, la propiedad que tiene de promover la orina liberta el cuerpo de las enfermedades, cuando se usa de él con oportunidad. Se puede tener confianza en las

reglas que acabo de dar sobre las ventajas y los inconvenientes que resultan del uso del vino, aunque no hayan sido conocidas de los médicos que me han precedido.

Se pueden usar los vinos austéros negros, y de un color oscuro, en las enfermedades agudas, con las condiciones siguientes: que no haya pesadez de cabeza, ni delirio, que esté libre la expectoracion, y no haya supresion de orina; que los escrementos esten algo húmedos y semejantes á la raedura. En tales circunstancias se puede aventurar substituir estos vinos al blanco.

Se debe tambien tener presente que el vino bien aguado es menos dañoso á las partes superiores y á las que estan inmediatas á la vejiga; y el que no lo está tanto, es mejor para las que estan al rededor de los intestinos.

Del hydromiel ó del aguamiel.

El aguamiel no es tan á propósito en el curso de las enfermedades agudas

para los sugetos biliosos, ó que tienen infladas las vísceras, como para los demás. Sin embargo, no altera tanto como el vino dulce; humedece los pulmones, facilita la espectoracion y calma la tos, y aun tiene una cualidad jabonosa capaz de diluir mas los esputos. Es tambien un escelente diurético, con tal que no encuentre algun obstáculo en las vísceras; facilita igualmente la espulsion de los escrementos biliosos, que es algunas veces bueno, y otras suelen presentarse muy biliosos y espumosos, especialmente en los sugetos de un temperamento bilioso, ó que tienen obstruccion en las vísceras.

Cuando está muy diluido el hydro-miel es mas á propósito para adelantar la espectoracion y humedecer los pulmones: cuando no lo está tanto, espele con mas fuerza los escrementos espumosos y los muy ardientes y biliosos. Sin embargo, es preciso confesar que estas especies de evacuaciones traen algunos inconvenientes, porque au-

mentan el calor de los hipocondrios en vez de mitigarlo; producen inquietud y una agitacion continúa de las estremidades, ulceracion de los intestinos y del ano. Mas abajo se indicarán los remedios convenientes para estos síntomas.

Se puede pues en estas especies de enfermedades sustituir el hydromiel á cualquier otra bebida.

Se han visto antes las razones por las cuales es mas provechoso en ciertos casos que en otros.

Se cree que el hydromiel produce en los que le usan una debilidad que acarrea muy pronto la muerte: esto se funda en que algunos han muerto de hambre por haber hecho de él su principal alimento, como si su verdadero uso fuese para nutrir. El hydromiel, aun quando se bebiese solo, tiene mucha mas fuerza que el agua, á no ser que purgue; y es tambien en algun modo mas fuerte que los vinos blancos ligeros, flojos y sin olor, aunque mas

flojo por otros respectos. Aunque alguno beba dos veces mas vino que hydromiel, se encontrará ó se sentirá mas fuerte con el uso de este que con el del vino. Sin embargo, si se bebe hydromiel despues de la tisana, ocasionará una replecion y una inflacion extraordinarias en las vísceras inmediatas á los hipocondrios: al contrario, no producirá tan malos efectos, y aun en algun modo será saludable si se bebe antes de la tisana.

Cuando está cocido tiene mejor vista que cuando está crudo, porque se pone suave, claro, blanco y transparente, sin que por esto adquiera virtud alguna. Sin embargo, no es tan dulce como cuando está crudo, especialmente si la miel es buena; pero es mas flojo y engendra menos escrementos. No es necesario que el hydromiel tenga estas cualidades, atendidas las circunstancias en que se emplea. El hydromiel cocido es mejor cuando la miel es mala, negra, impura y de mal olor, porque el

fuego corrige la mayor parte de estas malas cualidades.

Del oximiel.

El licor que se llama oximiel es muy saludable en las enfermedades, por muchas razones; porque facilita la expectoracion y pone espedita la respiracion. Sin embargo, no se debe perder de vista en su uso, que cuando es sumamente ácido puede producir mutaciones ó alteraciones considerables en los esputos que salen fácilmente; y si llegase á facilitar la salida de los que, estando pegados á los bronquios ponen la voz ronca, y á dilatarlos, aliviaria considerablemente los pulmones y no podria dejar de ser sumamente saludable; pero algunas veces sucede lo contrario, y el que es muy ácido está tan lejos de facilitar la expectoracion, que antes bien pone mas glutinosos los esputos, lo que perjudica al enfermo. Causa todavía mayores perjuicios á los que ni pueden

sufrir ni arrojar el material que está pegado á la garganta.

En el uso del oximiél se ha de atender á las fuerzas del enfermo; y en la suposición de que esté todo en buen estado, se le debe dar caliente, pero en corta cantidad al principio; se aumentará poco á poco, mas nunca se le dará mucho de una vez. El que no tiene mucho ácido humedece la boca y la garganta, facilita la espectoración, mitiga la sed, y aprovecha mucho á los hipocóndrios y á las entrañas inmediatas. Impide las malas cualidades de la miel, corrigiendo lo que tiene de biliosa; disipa los flatos y promueve la orina, humedece un si es no es mas de lo debido los intestinos inferiores, y causa dolores de vientre. Sin embargo, algunas veces suele ser perjudicial en las enfermedades agudas, porque impide la salida del flato, y algunas tambien debilita el cuerpo y enfria las estremidades. Estos son los malos efectos del oximiél: es bueno dar un poco por la noche al

enfermo, antes que tome la tisana; y tampoco veo la razon que pueda impedir dársele bastante tiempo despues de la cena; pero á los que usan enteramente de cosas líquidas, sin tomar otro alimento, no creo que les sea conveniente el uso contínuo del oximiél, porque irrita y punza sus intestinos con tanta mas facilidad, quanto que estan vacíos y sus vasos agotados; añadiéndose á esto que disminuye las fuerzas.

Sin embargo, si se juzgase saludable el uso frecuente del oximiél en las enfermedades, tan solo se le pondrá aquella porcion de vinagre que baste para darle gusto, y por este medio se corregirá lo que podria tener de perjudicial, y se conservarán enteras sus buenas cualidades.

En una palabra, la cualidad ácida del vinagre hace á este licor mas propio para los temperamentos biliosos que para los melancólicos; porque siendo la bilis mas amarga se disuelve y se convierte en flema, quando la exalta el

vinagre, al paso que la flema fermenta, se exalta y no hace mas que aumentarse. El vinagre es mucho mas nocivo á las mugeres que á los hombres, porque ocasiona dolores en la matriz.

Del agua.

Yo no sé qué utilidad puede producir el uso del agua en las enfermedades agudas, supuesto que no mitiga la tos en las pulmonías, que no facilita la expectoracion, y que produce peores efectos que los demas líquidos cuando se usa de continuo. Sin embargo, puede facilitar la expectoracion, cuando se bebe alguna corta cantidad entre el oximiel y el hydromiel, por la razon de que altera estos licores y aviva sus buenos efectos, diluyéndolos en el estómago. No sirve para nada por otros respectos, porque no hace mas que aumentar la sed, en lugar de apagarla; se convierte en bilis en los temperamentos biliosos, perjudica á los hipocon-

drios, y es todavía mas perjudicial cuando llega á penetrar á los intestinos inferiores, porque se aumenta su calidad biliosa, y debilita tambien las fuerzas del enfermo; aumenta el calor del hígado y del bazo cuando padecen estas vísceras inflamacion, y llega á ser incómoda por su agitacion al estómago y á los intestinos. Como es fria y difícil de digerir, penetra con dificultad y no escita ni la evacuacion de la orina ni la de los escrementos; tampoco engendra escremento alguno, y por lo mismo es tambien perjudicial. Estos inconvenientes son mucho mas considerables cuando se bebe teniendo los pies frios, segun que las circunstancias la disponen para producir este ó el otro efecto malo.

Sin embargo, en las enfermedades en que se teme una violenta opresion de la cabeza, ó un delirio, se debe prohibir absolutamente al enfermo el uso del vino, y darle solo agua; ó si se le permite alguna corta cantidad, debe ser del blanco, acuoso y sin olor, y aun será

conveniente beber un sorbo de agua despues para que no cause tanto efecto sobre el cerebro y sobre los sentidos. Ya hemos visto los casos y las estaciones que exigen ó reprueban el uso del vino, y cuándo debe beberse frio ó caliente; de lo cual tendremos todavía ocasion de hablar en lo sucesivo.

En orden á las demas, como la de cebada, las que se estraen de las plantas frescas, de los pellejos ó de los pedúnculos de las uvas, del trigo, del cardo santo, de las bayas del arrayan, de la granada y de otras materias semejantes; se indicarán los casos en que pueden ser útiles cuando se hable de las enfermedades en que convienen. El mismo método seguiremos con relacion á los demas medicamentos compuestos.

Del baño.

El baño puede ser saludable en muchas enfermedades; en algunas por su uso frecuente, y en otras tomado con

mas moderacion. Algunas veces no se puede usar con la frecuencia que era necesaria, por falta de comodidades; porque son muy raras las casas que tengan los utensilios y los criados necesarios para este efecto; y si no se toma como debe, puede llegar á ser sumamente perjudicial. No debe haber humo en el baño, el agua ha de ser abundante, las abluciones frecuentes, sin que sean escesivas, á no ser que lo exijan asi las circunstancias. Me parece que no son necesarias las friegas; pero en caso que lo sean, el medicamento detergente que se emplea para ello debe ser caliente, y las fricciones mas frecuentes que las que se dan ordinariamente; debe haber agua en abundancia y renovarse prontamente. El baño ha de estar de tal modo colocado, que se pueda salir y entrar en él con comodidad: los que se bañan deben estar quietos y sin hablar, y dejar á los asistentes que hagan lo que sea necesario. Es menester que se tenga á mano agua

templada; las efusiones deben ser prontas, y en lugar de un paño, es preciso valerse de una esponja, cuidando de que no esté el cuerpo enteramente enjuto cuando se le vaya á untar. Se ha de procurar enjugar bien la cabeza quanto sea posible, frotándola con una esponja, y preservarla, como tambien á todas las demas partes del cuerpo, del menor frio posible. No se debe nadie meter en el baño inmediatamente despues de haber comido ó bebido, asi como tampoco se debe comer ni beber al salir de él: importa mucho saber si el enfermo gusta en gran manera del baño, ó si estaba acostumbrado á bañarse estando bueno, porque estos lo desean con mas ansia, les sienta mejor, y no pueden privarse de él sin incomodarse.

Hablando en general, el baño es mucho mas útil en las pulmonías que en las calenturas ardientes, porque mitiga los dolores del costado, del dorso y del pecho; cede los esputos y facilita su expectoracion; desembaraza la respira-

cion, quita las laxitudes, reblandece las extremidades y la piel, promueve la orina, disipa el peso de la cabeza y humedece las narices.

Estas son las ventajas que se sacan del baño cuando se toma como se debe; pero si falta alguna de las cosas necesarias es de temer que cause este remedio mas daño que provecho, y el menor descuido por parte de los asistentes es capaz de perjudicar estrordinariamente á los enfermos.

El baño no aprovecha en las enfermedades en que está el vientre mas suelto de lo que debe, y no es tampoco provechoso cuando está enteramente cerrado, á no ser que de antemano se haya procurado evitar este inconveniente. Los sugetos sumamente débiles deben abstenerse del baño, del mismo modo que los que estan propensos á las náuseas, vómitos, á los eruptos ácidos, á las hemorragias nasales, á no ser que la hemorragia fuese menos considerable de lo que debiera ser, y que se

sepa aprovechar la ocasion. Si la hemorragia no fuese considerable será bueno bañarse, ya sea por la utilidad que puede resultar á todo el cuerpo, ó solamente por la de la cabeza.

Siempre pues que se tengan todas las comodidades necesarias, y lo permitan las fuerzas del enfermo, se le podrá bañar todos los dias, y aun dos veces al dia, si tiene inclinacion á este remedio. Los que hacen uso de la tisana pueden bañarse con mas confianza que los que sólo toman la crema; sin embargo, alguna vez se les puede permitir tambien á estos. Este remedio no es tan conveniente á los que solo se alimentan de cosas líquidas, aunque pueden recurrir á él en ciertas circunstancias.

Lo que acabamos de decir es suficiente para dar á conocer la especie de régimen que pide el baño para que sea saludable. No conviene de modo alguno á los que carecen de las comodidades necesarias para tomarlo; los demas

pueden usar de él con tal que los síntomas de la enfermedad no lo contraindiquen, y que haya probabilidad de sacar alguna ventaja.

DE LAS CALENTURAS

Y DE LAS

ENFERMEDADES QUE VIENEN ACOMPAÑADAS DE CALENTURA.

El verano produce calenturas ardientes: cuando las venas, reseca-
das por el calor de la estación, chupan los humores acres, serosos y biliosos, sobreviene una calentura violenta con gran dolor y con una gran sensación de laxitud en los huesos. Por lo comun viene despues ó á consecuencia de una larga caminata y de una gran sed, cuando las venas atraen los humores cálidos y acriminosos.

En esta enfermedad se pone la len-

gua áspera, seca y negra; las partes inmediatas al vientre se afectan con un dolor pungitivo; las deyecciones son pálidas y muy líquidas: estos síntomas vienen acompañados de una sed vehemente, de vigilia, y algunas veces de delirio.

Deberá tomar el enfermo tanta cantidad de agua y de hydromiel cocido y bien diluido como quisiere tomar: si tuviese amargor de boca será bueno darle un emético y una lavativa; y si estos remedios no hiciesen su operación, purgarle con leche de burra cocida: todo lo salado y acrimonioso no le conviene, y debe abstenerse de todo alimento, aun líquido, hasta que no se verifique la crisis. Termina la enfermedad cuando sobreviene una hemorragia considerable por la nariz, un sudor crítico natural; se pone la orina blanca y espesa con un ligero sedimento, ó se forma un absceso. Cuando termina la enfermedad sin ninguno de estos síntomas, recae seguramente el enfermo,

ó le sobrevienen dolores en las caderas ó en las piernas, y espectoración un material espeso cuando ha de recobrar la salud.

Hay otra especie de calentura ardiente que acarrea el flujo de vientre y sed, pone la lengua áspera, seca y salada, suprime la orina, produce vigili-
as y frío en las estremidades.

Jamas se verifica la crisis en esta enfermedad que no sea por medio de una hemorragia nasal, de un absceso cerca del cuello, de dolores en las piernas, de una espectoración de un material espeso despues de haber cesado el movimiento de vientre, de dolores hácia la region del isquion, ó sin que las partes de la generacion se pongan lividas. La hinchazon de los testículos es tambien una señal que indica la proximidad de la crisis. El enfermo debe hacer uso de alimentos líquidos atractivos.

En las calenturas agudas, si la enfermedad es vehemente y el enfermo robusto, y está en la flor de su edad,

se le sangrará. Si tuviere una angina ó una pleuresia se facilitará la expectoracion con un eclegma. Si la sangría le ha debilitado mucho, en lugar de repetirla, se le dará una lavativa cada tres dias, hasta que esté fuera de peligro y no tenga necesidad de otro remedio que de la abstinencia.

Los tumores de los hipocondrios, que no provienen de la intercepcion de los flatos (tal vez histéricos); las contracciones del diafragma, la dificultad de respirar, la ortofnea seca y sin supuracion interna, pero que proviene de la intercepcion de la respiracion (impidiendo la entrada del aire la constriccion de las ramificaciones de la traquiarteria); pero sobre todo los dolores vehementes del hígado, las opresiones del bazo, las inflamaciones y las enfermedades causadas por tumores doloríficos en las partes situadas bajo del diafragma; todas estas enfermedades, repito, no ceden al pronto á los purgantes, pero se minora su ímpetu

cuando se empieza por la sangría. Se debe despues recurrir á las lavativas, á no ser que la enfermedad sea muy violenta; se debe atender á la seguridad y al efecto moderado de los purgantes que se emplean despues de la sangría.

Cualquiera que en el principio de una enfermedad inflamatoria intenta la curacion por medio de los catárticos, no conseguirá disminuir la tension y la inflamacion de la parte afecta, porque la enfermedad no cede, en el estado de crudeza, á semejantes remedios; antes al contrario, este método derrite y destruye las partes sanas que hubiesen resistido á la enfermedad; y cuando se debilita el cuerpo se aumenta la enfermedad y se hace incurable.

De la catalepsis.

Cuando un sugeto pierde repentinamente el habla sin causa manifiesta ó violencia esterna y perceptible, se debe

atribuir este síntoma á la estancacion de la sangre en las venas. En este caso se debe abrir la vena interna del brazo derecho, y sacar mayor ó menor cantidad de sangre, segun la edad y el temperamento del enfermo. Esta enfermedad viene ordinariamente acompañada de la rubicundez del rostro, de la inmovilidad de los ojos, de tensiones extraordinarias de los brazos, de rechineos de dientes, de palpitaciones, de la contraccion de las mandíbulas, de frio en las estremidades y de la interrupcion del pulso. Cuando principian los dolores se determina un acúmulo de humores acrimoniosos y de atrabilis hácia la parte que padece: las partes internas se hallan afectadas de un dolor agudo, del mismo modo que los vasos sanguíneos, que se resecan y constriñen considerablemente; y como ademas estan inflamados, atraen los humores, que se dirigen á ellos con facilidad. De aqui proviene que corrompiéndose la sangre, y no pudiendo cir-

cular del modo ordinario, se forman estancaciones que producen los escalofrios, los vértigos, la privacion de la voz, el peso de la cabeza y las convulsiones, cuando afectan el corazon, el hígado ó la vena cava. De aqui tambien las parálisis y las epilepsias, cuando la fluxion cae en la inmediacion de las partes que acabamos de nombrar, y que se resecan por la imposibilidad de poder pasar á ellas los espíritus.

Lo mejor que se puede hacer en estas enfermedades es sangrar luego despues de haber aplicado los fomentos, y mientras los espíritus afectados y los sentidos estan todavía en movimiento; porque entonces tienen estos remedios una eficacia muy grande. Luego que el enfermo haya recobrado un poco sus fuerzas despues de la sangría, no será fuera de propósito darle un vomitivo, á no ser que se sienta muy aliviado; pero siempre se deberá atender á la crisis. Si las lavativas no producen efecto alguno se le purgará con seis

pintas de leche de burra cocida, y aun con ocho y mas, si su temperamento lo resiste.

De la esquinancia.

La esquinancia, que es una enfermedad muy frecuente en el invierno y en la primavera, es causada por la fluxion de una cantidad de humores viscosos hácia las venas jugulares, que absorven mucho mas que las otras por su magnitud extraordinaria. Este humor frio y viscoso obstruye todas las vias de la sangre y de los espíritus, condensa la sangre de las partes inmediatas, le fija y le estanca, siendo naturalmente frio y propio para causar obstrucciones.

De aquí proviene que los enfermos se sofocan, la lengua se les pone lívida, redonda é inversa por la hinchazon de las venas sublinguales; y cuando se hace una incision en la campanilla, que otros llaman columela, se presenta en cada lado una gran vena. Hinchadas así

las venas por los humores, comprimen la lengua, la cual por su sequedad y por su cualidad esponjosa, es susceptible de las impresiones que ejercen sobre ella las venas inmediatas, y absorven con ansia los humores de que abundan, lo cual la pone redonda, de aplana da que era, lívida, seca é inflexible; de modo que el enfermo está espuesto á sufocarse si no tiene un pronto so- corro, el cual consiste en abrirle las venas de los brazos, como tambien las sublinguales; en darle gargarismos ca- lientes y eclegmas propios para incindir los humores; en evacuar parte de estos por medio de una abundante expecto- racion, y rasurarle la cabeza: se le de- be tambien aplicar un cerato en la ca- beza y en el cuello, y ademas lana por encima, y fomentarle las partes ester- nas con esponjas empapadas en agua caliente: deberá beber agua, hydromiel templado, ó la crema de la tisana, quan- do hay seguridad por la crisis de que está fuera de peligro.

En verano ó en otoño los humores cálidos y acrimoniosos que participan del calor y de la acrimonia de la estacion, descendiendo de la cabeza, corroen, ulceran é hinchan la parte donde se detienen, y producen una ortofnea acompañada de gran sequedad. En estos casos no se nota tumefaccion alguna en la garganta; los músculos inferiores del cuello estan contraidos como en el tétanos; la voz interrumpida, la respiracion débil, frecuente y dificil; sobreviene ulceracion en la traquiarteria é inflamacion en los pulmones, que impide la introduccion del aire en ellos; y si la enfermedad no se dirige por su propio impulso hácia las partes esternas del cuello, es mas terrible y funesta por causa de la estacion y porque proviene de los humores cálidos y acres.

OBSERVACIONES SOBRE LAS CALENTURAS.

Cuando acomete á alguno la calentura antes de habersele movido el vientre, ó inmediatamente despues de haber comido, ya venga acompañada ó no de dolor de costado, deberá el enfermo guardar quietud hasta que los alimentos hayan pasado á los intestinos inferiores, y tomar al mismo tiempo oximiel. Cuando se siente peso en los riñones se debe purgar con una lavativa ó con un catártico suave, y darle luego alimentos líquidos y oximiel. Podrá despues hacer uso de los vegetales y de los pescados cocidos, de un poco de vino aguado por las noches, y del aguamiel diluida por el dia. Cuando los flatos que arroja son muy corrompidos, un supositorio ó una lavativa no podrán menos de serle provechosos; por lo demas po-

drá continuar el uso del oximiél hasta que los escrementos hayan pasado á los intestinos inferiores, y echarse luego una lavativa.

Si acomete la calentura ardiente á un sugeto que tiene el vientre libre, y que se juzga que conviene purgarle, no se debe verificar hasta el dia cuarto. Se le dará despues de la purga algun alimento líquido, teniendo cuidado en observar el periodo de la accesion, para no darle nada durante ella, ó cerca de verificarse, y solamente cuando haya pasado y esté la enfermedad muy distante de la repeticion del siguiente paroxismo. No se le dará bebida alguna ni alimento alguno líquido, ni cosa alguna de esta especie, mientras tenga los pies frios; espérese siempre que vuelva el calor, y désele entouces lo que se crea mas oportuno, porque el frio de los pies es siempre una señal de la aproximacion de la accesion; y si se carga entouces el estómago del enfermo no podrá menos de perjudicarle y

aumentarse por esto la enfermedad de un modo considerable. Cuando ha pasado la accesion se ponen los pies mucho mas calientes que el resto del cuerpo, y si se enfrian, se aumenta la calentura, se enciende en el pecho un fuego que abrasa la cabeza, porque dirigiéndose todo el calor hácia esta parte, no debe sorprender que se enfrien los pies, que son naturalmente nerviosos y de una sustancia poco carnosas; ademas de que la distancia en que se hallan de las partes donde reside el calor, no contribuye poco á enfriarlos, cuando el calor se reconcentra en el pecho. Basta solo la razon para conocer que los pies deben ponerse calientes cuando cesa enteramente el paroxismo febril; se enfrian entonces la cabeza y el pecho, y hé aqui el motivo porque debe tomar el enfermo algun alimento. Cuando estan los pies frios debe estar necesariamente incomodado el estómago por esceso de calor; de aqui provienen el levantamiento del estómago, la

tension de los hipocondrios, la vigilia por la agitacion interna, el delirio y los dolores que siente el enfermo cuando son crudas y malas las materias que arroja con el vómito. Pero cuando los pies estan calientes y la orina sale libremente, aun cuando no se presentase el menor sudor, se mitigan todos estos síntomas malos, y entonces será muy del caso darle algun alimento líquido, que seria muy perjudicial en otro cualquier tiempo.

Los que tienen el vientre libre en todo el curso de la calentura, deben tener los pies tan calientes como las demas partes del cuerpo, calentándolos y aplicándoles ceratos, y envolviéndolos con bayetas; pero cuando estan naturalmente calientes no son necesarios los fomentos sino para preservarlos del frio. En estos casos no debe el enfermo abusar del aguamiel ni del agua fria.

Los que desde el principio de la calentura se sienten atacados de vértigos y de pulsaciones en la cabeza, y cuyas

orinas son claras y crudas, estan espuestos á que se aumente la calentura al tiempo de la crisis, y aun puede fácilmente suceder que se pongan delirantes.

Los que arrojan la orina espesa y turbia al principio, necesitan purgarse si no hay cosa que lo contraindique. Los purgantes no aprovechan á aquellos cuya orina no presenta sedimento, y es clara; pero se les podrá echar una lavativa, si se tiene por conveniente, observando en lo demas lo siguiente.

El enfermo debe guardar quietud, untarse y estar bien arropado; beber aguamiel bien diluida y tomar por la noche la crema de la tisana. Las lavativas son tan saludables al principio como dañosos los purgantes, porque la menor agitacion causada en la region del estómago basta para impedir la coccion de la orina y alargar considerablemente la calentura sin sudor alguno ó crisis. No se le debe dar alimento alguno líquido al enfermo cerca de la

crisis, cuando la enfermedad está en su mayor periodo, y se debe esperar que sienta el enfermo algun alivio, y vaya á mejor.

Se debe poner mucho cuidado en observar las crisis en toda especie de calenturas, y prohibir entonces todo género de alimentos líquidos al enfermo.

Hay calenturas que son por lo comun de larga duracion; y cuando se apodera el frio de las estremidades, terminan por abscesos cerca de los oidos y del cuello. Bajo el supuesto de que esten los pies calientes, se debe esperar que sobrevendrán otros síntomas, como una hemorragia por la nariz, y algunas veces la diarrea.

Los que estan atacados de calenturas que vienen acompañadas de grandes ansiedades, de tension en los hipocóndrios, de una especie de inquietud que no les permite permanecer un momento en la misma situacion, y de frialdad en las estremidades, necesitan que se les cuide mucho y con una particu-

lar atención. El método que se debe seguir en orden á estos enfermos es no darles más que oximiél diluido, y prohibirles todo alimento líquido hasta que se haya desvanecido enteramente la calentura y presente la orina señales de coccion. El enfermo debe tener la cama en un aposento obscuro, ha de ser blanda, permanecer mucho tiempo en una misma postura y evitar quanto fuese posible qualquiera movimiento del cuerpo, por cuyo medio logrará un alivio considerable. Tambien será conveniente aplicarle en los hipocondrios una cataplasma de la simiente de lino cocida en agua y aceite, tan caliente como pueda ser.

Se pueden formar pronósticos muy probables por la orina. La turbia y pálida es mucho mejor que la negra y sin consistencia: sus frecuentes alteraciones indican que la calentura será de larga duracion, la cual debe ser por consiguiente irregular, y presentar diferentes mutaciones, tanto buenas como ma-

las. No debe intentarse la curacion de las calenturas anómalas antes que hayan tomado algun caracter y alguna regularidad, contentándose con oponerles un régimen conveniente, siguiendo un buen plan, atendiendo siempre á lo que efectúa la naturaleza. El semblante y todo el exterior del enfermo varían y merecen nuestra atencion; debe pues el médico no dejar escapar la menor circunstancia, ya sea que se manifieste por señales externas, ó que sea necesario descubrirla por medio del racionio, y no despreciar especialmente ninguna de aquellas que son propias de los dias pares ó impares.

Se deben siempre temer los dias impares, porque traen mutaciones buenas ó malas en las enfermedades. Se observará pues el dia primero en que haya empezado la enfermedad, de dónde y cómo se verificó, que es lo que se tiene por la primera y mas principal observacion. Se debe luego examinar ó reconocer el enfermo, pesar y considerar

atentamente todas las cosas, informarse al momento del estado en que se siente su cabeza, si tiene dolor ó pesadez en ella. Se le preguntará si siente algun dolor en los lados ó en los hipocondrios, y particularmente si estos estan doloridos, inflados ú oblicuos (esto es, si estan mas inflados de un lado que de otro); si siente alguna plenitud ó algun dolor en el costado, y si este viene acompañado de tos, de retortijones ó desazon del vientre.

Si alguno de estos síntomas afecta los hipocondrios, el remedio mas oportuno es una lavativa laxante; el enfermo tomará tan caliente como pueda aguamiel cocida. Será tambien preciso informarse si se desmaya cuando se incorpora, y ver si tiene libre la respiracion. Todavia es preciso atender á las deyecciones, y examinar si son muy negras, ó tan regulares como cuando estaba sano el enfermo: obsérvese tambien si la calentura se exacerba cada tercer dia.

Despues de haber observado todo lo que pasa los tres primeros de estas enfermedades, queda todavia que examinar otras cosas: por ejemplo, si algunos de los síntomas dichos son los mismos el dia cuarto que el tercero, el caso es peligroso.

En orden á los signos las deyecciones negras pronostican la muerte; pero las que se parecen á las de las personas sanas, indican la convalecencia, cuando son diariamente las mismas.

En el supuesto de que no se pueda conseguir la menor evacuacion por medio de un supositorio, y que sin embargo continua libre la respiracion del enfermo, pero que se desmaya siempre que se sienta ó incorpora en la cama desde el principio de la calentura, es de temer que sobrevenga delirio, tanto en los hombres como en las mugeres.

Tambien se debe poner cuidado en la observacion de las manos, porque si tiemblan es señal de que vendrá una hemorragia por la nariz.

Tambien se han de examinar las narices del enfermo, para ver si el aliento ó respiracion sale igualmente por los dos caños: cuando sale estraordinariamente por ellas, no tardan por lo comun en venir las convulsiones que producen la muerte; y le importa mucho al médico formar pronósticos ciertos.

Si la calentura sobreviene en invierno con sequedad y aspereza de la lengua, aun quando pareciese que el enfermo está mejor, será bueno debilitarle, sin darle mas que agua sola ó agua-miel, y la crema de la tisana, porque es peligroso fiarse de la remision que presentan esta especie de calenturas, y porque las señales de esta naturaleza prueban que el enfermo se halla en un estado peligroso. Quando alguno estuviere bien enterado de todas estas cosas, podrá, si quisiere, formar el pronóstico de la enfermedad; pero que lo haga siempre con mucha circunspeccion.

Si sobreviene en las calenturas algun síntoma formidable en el día 5.º, como por ejemplo, que sea atacado de repente de la diarrea, que le vengán desmayos, que pierda el habla, que se ponga convulso, ó le dé hipo continuo; si se presenta el sudor en el labio superior, en la frente ó en la nuca; los que experimentan estos síntomas no tardan en morir asmáticos.

Aquellos que padeciendo esta calentura tienen tubérculos en las piernas, que tardan mucho en madurar, continuando siempre la calentura, y que tienen además sufocacion de garganta, sin que se presente el menor tumor cerca de esta parte, permaneciendo siempre los tubérculos en el mismo estado, son por lo comun atacados de una hemorragia nasal, que siendo copiosa, indica la terminacion de la enfermedad, y su larga duracion cuando no lo es, de modo que cuanto menor fuere la hemorragia, tanto mas peligrosa y larga será la enfermedad.

Si el enfermo se halla por otro lado regularmente bien, puede esperar que le sobrevendrán dolores á los pies; pero si el dolor se apodera de esta parte, llega á ser excesivo, y le sigue una inflamacion continúa, se apoderará poco á poco del cuello, de las clavículas, de la espalda, del pecho y de las caderas, afectándose estas necesariamente de tubérculos. Si desaparecen estos y sobreviene temblor en las manos de los enfermos, no tardan en ponerse convulsos y con delirio; se presentan pústulas y manchas encarnadas en las cejas, se hinchan los párpados, y se aproximan mutuamente, sobreviniendo en ellos una inflamacion seca, se hinchan enormemente los ojos y se aumenta mucho el delirio; sin embargo es mucho mas violento por la noche que entre el dia. En los dias impares se suelen presentar los síntomas referidos; pero de cualquier modo y en cualquier tiempo que se presenten, son siempre de malísimo agüero.

Si hay necesidad de purgar á estos enfermos en el principio, es preciso hacerlo antes del dia 5.º, con tal que haya algun ruido en los intestinos, de lo contrario no debe hacerse; pero si se percibiere dicho ruido, y los esccrementos fuesen biliosos, se les purgará levemente con la escamonea. En orden á lo demas del régimen se les prohibirá en cuanto fuese posible el uso de los alimentos líquidos, hasta que pase el dia 14 y empiece á declinar la calentura; porque este método hará mas pronta la curacion.

Si el enfermo llega á perder la voz cerca del dia 14, es señal de que durará mucho la enfermedad: si este síntoma se verifica en el mismo dia 14, será todavia mucho mas larga.

Si el que está atacado de calentura tiene alguna dificultad en el habla el dia 4.º, y sus deyecciones son biliosas y sin consistencia, caerá por lo comun en delirio.

Tambien es de la mayor importan-

cia la consideracion de las resultas de muchos de los síntomas que sobrevienen.

En las enfermedades agudas del verano y del otoño, la destilacion repentina de algunas gotas de sangre por la nariz, indica gran resistencia, inflamacion de los vasos, y que saldrá clara la orina el dia siguiente. Si el enfermo está en la flor de la edad, encallecido con el trabajo, es carnosos, de un temperamento propenso á la melancolia, ó que por el uso escesivo de los licores espirituosos, tenga las manos trémulas, se podrá con toda seguridad pronosticar el delirio ó convulsiones que son mucho menos peligrosos quando sobrevienen en los dias pares que en los impares, á no ser que el enfermo quede curado por una hemorragia nasal copiosa, por un flujo hemorroidal, por una supuracion, por una metastasis de la materia morbosa, por tumores críticos, por dolores cerca de los hipocondrios, de los testículos ó de las

piernas; cuando cesan estos síntomas, subsigue regularmente la evacuacion y el desahogo de una orina espesa y blanca, con sedimento de la misma naturaleza.

En la calentura que trae el hipo por síntoma, se le dará al enfermo el zumo del *silphium* y de la zanahoria silvestre machacada con oximiél, y el gálbano con miel y cominos en forma de eclegma, y podrá tomar despues el zumo colado de la tisana. El enfermo no podrá libertarse, sino por medio de sudores críticos, de un sueño regular, y de la evacuacion de una orina acre y espesa, á no ser que termine la enfermedad por un absceso. Se puede tambien componer un eclegma con piñones y mirra. El enfermo podrá tomar por bebida el oximiél, ó el agua de cebada, con tal que esté muy alterada.

En la perineumonia ó en la pleuresia se debe atender con sumo cuidado á la calentura aguda que las acompaña; si ataca el dolor los dos lados, ó

uno solamente; si respira el enfermo con dificultad; si tóse, se ha de atender tambien á la naturaleza de los espantos, si son encarnados, lívidos, claros, espumosos, iguales ó diversos por todos respetos de su estado natural, y de lo que se observa regularmente. En estos casos el método curativo debe ser el siguiente.

Si el dolor se dirige hácia las clavículas, al pecho ó á los brazos, se abrirá la vena interna del brazo del lado del dolor, y se sacará tanta porcion de sangre quanto permita la constitucion del enfermo, la estacion, la edad y el temperamento; y aun se la podrá dejar salir hasta que se desmaye el paciente si es el dolor agudo, y echarle luego una lavativa. Se le deberá purgar si el dolor es muy agudo y está en la parte inferior del pecho: no se le dará cosa alguna mientras está obrando el remedio; pero luego que cese su efecto se le dará á beber oximiel; se le purgará el dia 4.º, y solo se usará de lavativas en los tres pri-

meros; y si no siente alivio se recurrirá á los purgantes: téngase mucho cuidado del enfermo hasta que falte la calentura y pase el dia 7.º Si entonces desaparece el riesgo, hágase lo siguiente: désele primero una corta porcion del zumo de la tisana con miel, y luego si salen los esputos con facilidad, está la respiracion libre y mitigado el dolor del costado, hágase mas consistente la tisana, y désele mayor cantidad dos veces al dia.

Si la enfermedad es rebelde, la bebida debe ser mas escasa, y menor la cantidad de los alimentos líquidos; es decir, el zumo de la tisana no debe ser espeso, y solo lo ha de tomar una vez al dia, y esto cuando empiece á sentirse mejor, lo que podrá conocerse por la orina. En estas enfermedades de nada sirven los alimentos líquidos, mientras la orina y los esputos no dan señales de coccion. Si se le ha purgado muchas veces, es preciso que la dieta sea ligera y algo abundante, porque de otro

modo no podria dormir por la inanicion de los vasos, ni tampoco podria contribuir con lo necesario para la crisis. Hecha la coccion, y evacuada la materia morbosa, ya no hay inconveniente en que pueda comer mas. Se conoce que la orina y los esputos estan en estado de coccion quando estos se parecen al pus, y tiene aquella un sedimento latericio, semejante á la harina de las arvejas.

En los dolores de costado es muy bueno usar de los fomentos calientes y de los ceratos, untar los lomos y las piernas con aceite ó gordura caliente, y aplicar en los hipocondrios una cataplasma de simiente de lino, que se estienda hasta las mamas.

Quando la perineumonia está en su mayor fuerza, no cede á remedio alguno que no promueva la expectoracion, y aun esta es peligrosa si viene acompañada de escesiva dificultad de respirar, si es clara y acre la orina, y si suda el enfermo por la cabeza y cuello: todos estos síntomas son funestos, por

lo mismo que provienen de la opresion de las fuerzas, y de la misma violencia de la enfermedad, á no ser que sobrevenga una abundante evacuacion de orina, ó una espectoracion de materia cocida, porque entonces se verifica una verdadera crisis.

Se hace una eclegma para la perineumonia con piñones, gálbano y miel ática. Al principio de la pleuresia, cuando el dolor aprieta, es preciso cocer abrotano, pimienta y eléboro negro en oximiel, y darlo al enfermo. El cocimiento del *panax* con oximiel es bueno para las afecciones del hígado y para los dolores del diafragma. Los medicamentos que evacuan por la cámara ó por la orina, deben tomarse con vino ó con miel; pero algunas veces conviene que el enfermo tome algunos purgantes ligeros, dilatados en la suficiente cantidad de hidromiel acuoso.

Cuando cesa la diarrea sobreviene un absceso ú otra especie de tumor, á no ser que termine el dolor por una

terciana, por sudores, por la evacuacion de una orina espesa, blanca y trasparente, por varices, ó que se fije en los testículos, en las piernas ó en las caderas.

En las calenturas biliosas si sobreviene ictericia con frio antes del dia 7.^o; termina la enfermedad; pero es funesta si viene despues de este tiempo y sin frio.

La sangria mitiga las convulsiones que sobrevienen cerca de los riñones, y destruye las congestiones de la sangre, causadas por el exceso de los humores melancólicos. Pero cuando el cuerpo se inclina hácia la parte anterior con violencia por las contracciones convulsivas de los músculos, se presenta el sudor por el cuello y por el rostro: la vehemencia del dolor estimula y hace contraer los músculos psoas, que siendo muy gruesos se adhieren sobre la espina dorsal en aquella parte que da origen á los mayores nervios, y que se estienden hasta los pies; á no ser que

el enfermo tenga calentura, que duerma, que su orina esté en estado de coccion, y que tenga sudores críticos; es preciso darle vino de Creta y harina cocida. Será tambien conveniente untarle con ceratos emolientes, hacerle meter las piernas en un baño de agua caliente, y envolverle luego los brazos y piernas. Tambien se le podrá aplicar en la region lumbar un pedazo de piel caliente llena de gordura y de cerato, que se estiende desde el cuello hasta la rabadilla de modo que abrace las partes anteriores: tambien se podrán fomentar de cuando en cuando las partes con vejigas llenas de agua caliente; y despues de dejar bien tapado al enfermo dejarle que descanse.

20 Cuidado con purgar mucho al enfermo; pero si no hubiese obrado en muchos dias, échese mano de un supositorio, que si produjese el efecto que se desea, aliviara al enfermo; y si no se le hará tomar por la mañana en ayunas, antes de bañarse, vino aromático,

mezclado con la raiz de brionia y de la zanahoria silvestre, y darle despues á comer harina cocida muy caliente, y vino aguado quanto quiera. Si este método le aprovecha se podrá pronosticar bien; pero si no fuese asi, corre riesgo de que pierda la vida.

Todas las enfermedades terminan ó se curan por las evacuaciones que se verifican por la boca, por el vientre, por la vejiga ó por cualquier otro emuntorio; pero el sudor es comun á todas, y las termina tambien todas.

Quando la fluxion procede del cerebro, el heléboro es un remedio excelente; pero no conviene á los que tienen un absceso ó algun vaso roto, y que se resienten de los malos efectos de la intemperancia, ó que tienen alguna supuracion, de cualquier causa que provenga, porque en estos casos no puede producir buen efecto; y si se aumenta el mal se echará la culpa al médico. Pero si estuviese el cuerpo débil, y el enfermo tuviese dolor de cabeza, cerra-

dos los conductos de la respiracion, es-
pectora mucho, siente peso en las ro-
dillas, y echa de su cuerpo un olor mas
fétido que el regular y ordinario, se le
podrá dar el eléboro, con tal que los
síntomas espuestos no provengan de la
intemperancia ó del libertinage, de al-
gun pésar, de falta de sueño, de alguna
pasion de ánimo; porque entonces será
preciso acomodar la curacion á la causa
y á la fuerza de la enfermedad.

Los dolores del costado, del dorso,
de los riñones y de las caderas, y todo
lo que imposibilita la respiracion, pro-
viene algunas veces del trabajo; aunque
los de los riñones y de las caderas pue-
den tambien provenir de la crapula ó
del uso de alimentos flatulentos, la di-
suria, la ronquera y la constipacion,
como tambien los demas síntomas que
acabo de esponer, son con frecuencia
causados por las fatigas é incomodida-
des de los viages.

Se pueden deducir del régimen una
multitud de señales que conviene co-

nocer á proporción que un sugeto se aparta de aquel á que estaba acostumbrado. Si el que jamás ha comido al medio dia lo verifica, se le infla el vientre extraordinariamente, se siente pesado y soñoliento; y si á pesar de esto cena tambien, no podrá dejar de desarreglársele el estómago. Los que se hallen en este caso deben echarse á dormir inmediatamente despues de haber tomado el baño, y pasearse un buen rato por la mañana al tiempo de levantarse; y si por estos medios consiguen que se les mueva el vientre, no deben privarse de la cena, y aun les será permitido beber un poco de vino que no esté muy aguado; pero si continúa la estricción de vientre deben untarse con aceite caliente, beber algun poco de vino blanco ó dulce aguado, y echarse luego á descansar; y si no pudiesen dormir, con tanta mas razon deberán guardar quietud.

En orden á las bebidas, las que son acuosas pasan con dificultad, se acumu-

lan y estan fluctuantes al rededor de los hipocondrios, y no salen fácilmente por la orina. El que se llena de semejantes bebidas no puede hacer cosa alguna que pida grandes esfuerzos, mucha fuerza y agilidad. En este caso conviene guardar quietud hasta que se cuezan estos líquidos y se mezclen con los alimentos. Las bebidas muy fuertes y muy austeras producen palpitaciones en el cuerpo, y pulsaciones en la cabeza. Los que se sienten incomodados por tales escesos se alivian con el sueño y con beber algun licor caliente.

El ayuno es incómodo para los dolores de cabeza: los que solo comen una vez al dia se ponen débiles: su orina es cálida por la inanicion preternatural de los vasos: tienen un sabor de boca amargo y salado: se ponen trémulos al menor ejercicio que hagan: se hinchan las arterias temporales, y no pueden digerir tan bien la cena como si hubiesen comido al medio dia. A tales sugetos les conviene beber menos de lo regular, co-

mer cosa de masa muy líquida en vez de pan, y hacer uso de la malva, de la tisana de cebada mondada, de la acedera y de la acelga; beber una cantidad moderada de vino bien aguado, y pasearse despues de cenar hasta que se haga la digestion y puedan arrojar por la orina lo que hayan tomado: podrán tambien comer peces cocidos.

Los alimentos manifiestan tambien sus cualidades por los efectos que producen. El ajo, por ejemplo, engendra flatos y ardores en el estómago, pone la cabeza pesada, causa inquietud y aumenta los dolores que se padecen; pero promueve la orina, que es una escelente cualidad.

El queso engendra flatos, y es astringente, quita la humedad á los alimentos, es crudo, indigesto y muy perjudicial á los que han bebido con esceso.

Las legumbres de toda especie son flatulentas, ya se coman crudas, cocidas, fritas, verdes ó maceradas: solo se debe usar de ellas mezcladas con otros alimentos, y cada especie tiene sus defectos particulares.

Los garbanzos, ya crudos ó cocidos en horno, engendran flatos y producen dolores.

Las lentejas con las cáscaras son as-tringentes, y producen frecuentes y violentas contracciones del corazón. Los altramuces son los menos perjudiciales de esta especie.

Tanto el zumo como la misma planta del *silphium* le digieren algunos sujetos con facilidad; pero les cuesta mucho trabajo á los que no están acostumbrados á tomarle: engendra lo que llamamos *bilis seca*, especialmente cuando se come con queso y con vaca, porque la vaca aguza las afecciones melancólicas, porque se resiste á la digestión, y no se disuelve fácilmente por la acción del estómago; pero todas estas malas cualidades se corrigen haciéndola cocer debidamente, y comiéndola solamente cuando es vieja.

La carne de cabra tiene, además de los defectos de la de vaca, el de engendrar crudezas, flatos, eructos y bilis.

La aromática, firme y agradable al paladar, es la mejor; pero se debe cocer bien, y comerse fría. Al contrario, la dura, desagradable y de mal olor es la peor, especialmente siendo fresca. En la primavera es mejor que en el otoño.

La carne de cerdo es mala cuando está muy poco ó demasiado cocida, porque entonces puede engendrar bilis y un sinnúmero de incomodidades. La de la marrana es preferible; pero se debe escoger de aquella que no sea ni muy crasa, ni muy magra, ni muy vieja: es mucho mejor cuando se come un poco fría, después de haberla quitado el pellejo.

En la bilis seca se inflama el vientre, hay ruido en los intestinos, se apodera el dolor de los lados y de los riñones, no pasan los escrementos, y el vientre está estreñado.

En este caso no se debe dar de modo alguno un vomitivo; bastará solo purgar por abajo, para lo cual podrá servir una lavativa caliente lo mas emoliente que pueda ser, echándole gordu-

ra; y después de haber untado como se debe al enfermo, se le meterá en un baño y se le echará el agua por grados. Si con este método se le mueve una vez el vientre, cesará la enfermedad. El sueño y el uso de un vino añejo, suave y muy puro, no podrán menos de serle útiles. Désele también aceite para que le mueva el vientre y se liberte de este modo de la enfermedad; pero no se le permita tomar ninguna especie de alimento. Si no se mitiga el dolor, désele leche de burra hasta que haga los efectos de una purga. Si los excrementos salen líquidos y biliosos, y si suele padecer cólicos, vómitos y congojas, debe guardar quietud, beber aguamiel, y evitar el vómito.

Hay dos especies de hidropesía, la una llamada *hyposarcidios*, que es incurable si una vez llega á formarse; y la otra que es de aire, que se cura por una rara felicidad, para lo cual es menester que trabaje mucho el enfermo, ó que haga un ejercicio penoso, que se

le den fomentos, y que viva con mucho cuidado; que coma cosas acres y secas, que es el medio mas seguro para fortificarle y promoverle abundantemente la orina. Si tiene dificultad de respirar será preciso sangrarle del brazo, en caso de que sea en la estacion del verano, que esté en la flor de su edad, y sea muy robusto. Debe alimentarse con pan caliente empapado en vino tinto y aceite, con carne de cerdo cocida en vinagre; debe beber muy poco, hacer todo el ejercicio que pudiere, y pasearse por lugares ó parages peñascosos.

Los que tienen el vientre cálido estan espuestos á padecer deyecciones acres é irregulares, y diarreas. Si sus fuerzas lo permiten deben tomar un poco del eléboro blanco á fin de producir una revulsion; pero si estan débiles se les debe dar el zumo del trigo reciente, espeso y fresco, el de harina de lentejas, pan cocido entre cenizas, ó pescado, que debe ser cocido para

los que tienen calentura, y asado para los demás. Los que no tienen calentura pueden beber vino tinto ó agua de nísperos, bayas de arrayan, membrillos, servas, dátiles, ó uvas silvestres. Si tuviere dolores de vientre sin calentura beberá leche de vaca caliente, primero en corta cantidad, y luego en mas abundancia, ó se le hará una bebida con simiente de lino, trigo asado reducido á harina, habas de Egipto sin cáscara molidas y maceradas. Comerá tambien huevos á medio cocer, harina de flor, mijo y *alica* (cierta especie de trigo) cocido con leche; pero estos alimentos deben tomarse frios: usará tambien de alimentos y bebidas de la misma naturaleza de aquellos de que hemos hablado arriba.

Uno de los puntos mas importantes del régimen es saber cuándo se les ha de dar de comer á los que tienen enfermedades agudas y crónicas: para ello debe observarse el aumento y la remision de las calenturas, á fin de darles

de comer cuando se debe, quitárselo cuando se juzgue oportuno, y conocer cuando la enfermedad está mas remota de su mayor grado de intensidad.

Tambien será bueno atender al dolor de cabeza que podrá molestar á los enfermos, ya provenga de un ejercicio violento, ya de correr mucho, de la caza, de un viage, de cualquier otro trabajo extraordinario, ó bien del comercio venéreo. Tambien se debe observar la disposicion de aquellos que tienen mal color, que estan romadizados, que no sanguifican, de los asmáticos, de los que padecen una tos seca, flatos, alteraciones, y cuya sangre forma estancaciones. Ni se debe despreciar la observacion de aquellos que tienen los hipocóndrios tirantes, como tambien los costados y el dorso, que estan torpes y pesados, que tienen zumbido de oidos, incontinencia de orina, ó ictericia: igualmente aquellos cuyas deyecciones son crudas, que padecen hemorragias por la nariz, ó un flujo he-

morroidal copioso, que estan hinchados, ó que padecen dolores insoportables que no pueden de modo alguno evitar. A ninguno de estos enfermos se debe purgar, porque ademas de ser inútil y peligroso, se impide la crisis, y se le quitan á la naturaleza los medios de que se vale para verificar la curacion. Si fuese necesaria la sangria en alguno de estos casos, es menester de antemano fortificar el vientre, encargar la abstinencia al enfermo, y prohibirle el vino. Todo el resto de la curacion consiste en un buen régimen, y en el uso de fomentos húmedos; pero si el vientre no se le mueve se le echará una lavativa, ó si se cree necesario purgarle, se podrá echar mano con seguridad del eléboro; pero en ninguno de estos casos conviene purgar por las vias inferiores.

El mejor método para estos enfermos consiste en el uso de los diuréticos y de los diaforéticos; en mandarles buenos paseos y friegas suaves para que no se estanquen los humores, y si no

pudiesen dejar la cama, será preciso que alguno se las dé repetidas veces.

Si ataca la enfermedad el pecho y las partes superiores al diafragma, deberá el enfermo mantenerse sentado, y bajarse lo menos que pueda hasta que recobre sus fuerzas; y será bueno tambien frotarle, mientras permanece sentado, con gran porcion de aceite caliente.

Si reside el dolor en el vientre bajo del diafragma, la mejor situacion es estar echado, sin menearse mas que lo preciso para las frotaciones.

Las enfermedades del vientre que terminan por orina y sudor, se curan espontáneamente cuando son leves, por poco que se mitiguen; pero las que son mas fuertes tienen consecuencias funestas, porque ó muere el enfermo, ó incurre en otras enfermedades antes de que pueda recobrar la salud. Por lo general esta especie de enfermedades se fijan en algunas partes determinadas.

Pocion para la hidropesia.

R.^o Tres cantáridas: córteseles la cabeza, las piernas y las alas, y macháquense los cuerpos en una cuarta parte de azumbre de agua, y désele al enfermo. Cuando principiare á obrar el remedio, échese mano de las embrocaciones de agua caliente. Debe tomarse en ayunas despues de haberse uñado, y comer pan caliente empapado en aceite.

Para contener las hemorragias de la nariz.

Empápese un pedazo de lana en zumo de ligos, y aplíquese sobre la arteria interna de la nariz; ó si no introdúzcase en las narices una tiente de hilas, ó la *calclitis*, comprimiendo por la parte esterna con los dedos los cartilagos de la nariz. Púrguese tambien al enfermo con leche de burra cocida: aféi-

tesele la cabeza, y aplíquensele en ella refrigerantes, si el tiempo es cálido.

El sésamo purga por arriba cuando se toma en polvo en cantidad de dragma y media, con oximiél: se le mezcla también con tres partes mas de eléboro, y entonces es menos sufocante.

Sutura para la tricosis.

Tómese una aguja enebrada, y pásese por la parte superior y mas estensa del párpado y hácia abajo; pásese otra de bajo á arriba, debajo del parage en que estuvo la primera. Cósase luego, y reúnanse los dos hilos hasta que caigan los pelos.

Lo mismo debe hacerse en orden á las hemorroides, esto es, atravesarlas con una aguja enebrada con un cordon de lana grasa, cortarle, y aplicar encima un supurante. Se debe usar de las embrocaciones despues de esta sutura, y dejar siempre una sobre la parte. Cuando haya el enfermo recobrado sus fuerzas,

se le purgará con eléboro, y se le hará pasear hasta que sude; pero deben preceder las friegas. Debe abstenerse de correr mucho, del vino puro, y de todos los alimentos acres, escepto el orégano: se le hará vomitar una vez cada siete dias, ó tres veces al mes, y por este medio adquirirá una buena robustez. El vino de que use deberá ser de color oscuro, austero, aguado y en corta cantidad.

Para los que padecen supuraciones internas.

Cuézase una cebolla albarrana en agua, y arrójese el agua luego que esté bien cocida, y añádase otra porcion hasta que pierda enteramente su dureza. Macháquese despues con sesamo blanco asado, y con almendras recientes; y cuando tenga toda esta mezcla una regular consistencia, désele con miel al enfermo bajo la forma de eclegma, y beba encima un vaso de vino

dulce. Por alimento líquido tome la octava parte de una azumbre de adormidera blanca: desmenúcese y hágase macerar y cocer en agua en que se haya lavado trigo nuevo ó reciente: dulcifíquese con miel, y désele al enfermo, que no debe tomar otra cosa en todo el dia: cenará por la noche, y se notarán con cuidado las cosas que sobrevengan.

Para la disenteria.

R.^e Una cuarta parte de celemín de habas mondadas y doce pedazos de rubia. Macháquese y cuélese juntamente; y despues de haber hecho una eclegma con alguna materia oleosa, désele al enfermo.

Para los ojos.

R.^e Espodio. Lávese y redúzcase á polvo muy fino: humedézcase con agraz, y póngase al sol para que se seque; y

cuando se haya de usar de él, remójese de nuevo para que tome la consistencia de unguento. Cuando estuviere seco muélase y aplíquese sobre los ojos, y salpiquense con él los ángulos de esta parte.

Para la humedad de los ojos.

R.^e De ébano una dracma, de cal de cobre dracma y media. Muélanse bien sobre un porfirio, y añádase una dracma de azafran. Cuando todo estuviese reducido á polvo, échese una media azumbre de vino ático dulce, y despues de haberlo espuesto al sol, tápese y guárdese para usarlo cuando estuviese hecha la digestion.

Para los dolores de los ojos.

R.^e Calcitis una dracma; uvas esprimidas despues de haber sacado la tercera parte de suzumo, mirra y azafran. Muélanse estas sustancias y mézclense

con mosto; pónganse á digerir al sol, y úntese con ello la parte afecta. Guárdese esta composicion en un vaso de cobre.

Para reconocer la estrangulacion del útero.

Pellízquese á la enferma con dos dedos: si lo percibe es estrangulacion, y si no convulsion.

Para la hidropesia.

Désele la cantidad de un *acetábulo* redondo ático de meconio por una vez. R.^e escorias ó limaduras de cobre la cantidad necesaria para llenar la latitud de tres sosas; désele consistencia con harina de trigo nuevo; y despues de haberlo molido tómese en forma de píldoras; con esto se arroja el agua por medio de las deyecciones, y se espele los escrementos. Echense algunas gotas de zumo del thitimalo sobre higos

secos, siete gotas sobre cada uno de ellos, y guárdense en un vaso nuevo para que lo pueda usar el enfermo, que debe tomarlo antes de comer. Muélese tambien meconio, y échese agua encima; exprímase el zumo, y désele al enfermo con harina y miel, formando una torta, y cociéndola al horno, y encima vino dulce ó aguamiel.

Nadie debe admirarse de que haya insistido tanto sobre la medicina hipocrática, porque es la única que está fundada en la observacion y en la experiencia: no recogió Hipócrates mas que hechos; y esta coleccion es inmensa. Formó un código médico, al cual casi nada se ha añadido despues. Sus obras suponen un espíritu vasto, un juicio seguro, una exactitud y una sagacidad que nada dejan que desear. Tal fue el mérito de este hombre verdaderamente célebre, tal fue el de los médicos que le siguieron. Se puede afirmar con seguridad que los antiguos fueron los mas sabios en el arte de curar, porque

no estando preocupados con sistemas frívolos, y estando mas inmediatos á la naturaleza, la han estudiado y conocido mejor. Dichosos los hombres si se hubiese conservado la admirable simplicidad del arte, y si los innovadores atrevidos que aprendieron en las escuelas de la Grecia el arte de hacer agradables sus errores, no hubiesen desfigurado la medicina, adornándola con todas las paradojas y sistemas de su tiempo.

Hipócrates hizo grandes servicios á la Grecia, y particularmente á su patria. Una peste horrorosa devastaba el Atica: el celo y las diligencias de Hipócrates llegaron á contener sus progresos, y libertó á su pais de este azote terrible; para ello mandó encender hogueras, quemando maderas olorosas, aromas, flores y perfumes. Por este medio consiguió si no destruir, á lo menos debilitar los miasmas deleterios esparcidos en la atmósfera, corrigiendo de este modo la enfermedad.

Tucidides, que escribió la historia de la guerra del Peloponeso, dió una relacion muy exacta de los síntomas de esta peste: «me contentaré, dice, (lib. 2. de bello Pelopon.) con esponer «los síntomas de esta terrible enferme- «dad, como que he sido testigo de vis- «ta; esto podria ser útil para la poste- «ridad, si por desgracia vuelve á pre- «sentarse este azote. En primer lugar «en este año no se padeció ninguna «otra enfermedad; y cuando sobreve- «nia por casualidad alguna, degeneraba «al instante en la que nos ocupa. Ata- «caba repentinamente á las personas «mas sanas, y sin causa alguna cono- «cida; principiaba por un fuerte dolor «de cabeza; se ponian los ojos encen- «didos é inflamados, la lengua ensan- «grentada, como tambien las fauces, el «aliento fétido, y la respiracion muy «trabajosa, á lo que seguia el estornu- «do y la ronquera; bajando despues al «pecho, causaba una tos violenta; cuan- «do atacaba al estómago, producía uáu-

«seas y vómitos biliosos muy incómo-
 «dos. La mayor parte de los enfermos
 «tenian un hipo violento, al que se-
 «guian convulsiones terribles, que en
 «algunos duraban hasta la convalecen-
 «cia, y en otros desaparecian en el cur-
 «so de la enfermedad. No estaba el
 «cuerpo pálido, sino mas bien rojizo
 «y lívido, cubierto de elevaciones y
 «pústulas, y no estaba muy caliente
 «al tacto; pero era tal el calor interior,
 «que los enfermos no podian sufrir el
 «abrigo de una sábana. Experimentaban
 «un alivio notable metiéndose en un
 «baño de agua fria; y muchos de los
 «que no se podia tener el cuidado de-
 «bido, se echaron á los pozos, acosa-
 «dos de una sed inestinguible. Pade-
 «cian vigiliias y agitaciones continuas,
 «sin que el cuerpo se debilitase, mien-
 «tras duraba la fuerza del mal; porque
 «algunos resistian mas de lo que podia
 «creerse; de suerte que la mayor parte
 «morian al dia 7.^o ó 9.^o por el ardor que
 «los devoraba, sin que las fuerzas se

«hubiesen disminuido mucho. Si pasa-
«ba estos límites , se dirigia la enfer-
«medad al vientre , y afectando ó ata-
«cando los intestinos, producía una diar-
«rea extraordinaria , que ponía á los
«enfermos á las puertas del sepulcro.
«Atacaba sucesivamente, todas las par-
«tes del cuerpo , principiando por las
«superiores ; y si se podía resistir á los
«principios , el mal se dirigía á las estre-
«midades. Unas veces afectaba los tes-
«tículos , otras los dedos de los pies y
«de las manos ; muchos solo se liber-
«taban perdiendo el uso de estas par-
«tes , y algunos tambien la vista. Algu-
«nos recobraban la salud , perdiendo la
«memoria hasta el punto de no cono-
«cerse á sí mismos , ni á sus amigos. La
«enfermedad , añade luego despues , de-
«jando á parte muchos síntomas extraor-
«dinarios , diversos segun los sugetos,
«venía por lo general acompañada de
«los síntomas que acabo de describir.
«Percieron muchos enfermos , y no se
«encontró un remedio general , porque

«lo que hacia bien á unos, perjudicaba
 «á otros. Lo peor que hubo en la mate-
 «ria fue, que por un lado, apoderán-
 «dose la desesperacion de los enfermos,
 «se abandonaron á la suerte, y no que-
 «rian hacer nada para curarse; y por
 «otro contagiándose los que asistian á
 «los enfermos, resultaban los mayores
 «estragos y desolaciones.»

Reinando esta misma enfermedad
 en el ejército de Artagerges, este monar-
 ca hizo ofrecer á Hipócrates sumas in-
 mensas para atraerle á sus estados; pero
 este le hizo decir, que el patriotis-
 mo y el honor serian siempre para él
 mas apreciables que todas las riquezas
 del universo, y que jamas iria á socor-
 rer á los enemigos de la Grecia. Irrita-
 do el monarca le amenazó terrible-
 mente; pero contento Hipócrates con
 haber hecho lo que debia, le desprec-
 ció. Recorria las varias islas del Archi-
 piélago, curando por todas partes las
 enfermedades con el mayor desinterés,
 y con la mas noble generosidad. Se le

concedieron despues de su muerte los honores del apotheosis , y se le edificaron altares. Fue tan grande su reputacion, que los Atenienses le regalaron una corona de oro. Los Abderitas , que tenian un singular respeto al filósofo Demócrito , creyendo que su continúa risa era una señal de locura , enviaron á llamar á Hipócrates para que le administrase los auxilios de su arte : pasó inmediatamente á Abdera , y fue á visitar á Demócrito , que estaba en una gruta , donde le encontró ocupado en la diseccion de varios animales , y apuntando lo que observaba. Despues de la conversacion que tuvo con él , exclamó : ¡ oh Abderitas ! los verdaderamente locos sois vosotros : á su sabiduría debeis la prosperidad y la gloria de vuestra república : vosotros teneis mas necesidad de médico que Demócrito : vuestra locura , mas bien que la suya , es la que provoca su risa.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.

P ROLOGO <i>del traductor</i>	Pág.	2
<i>Hipócrates</i>		9
<i>Heráclito y Thales</i>		18
<i>Preceptos concernientes á la con-</i> <i>servacion de la salud</i>		39
<i>Preceptos concernientes á la Medi-</i> <i>cina práctica</i>		65
<i>Obras de Hipócrates</i>		159
<i>Tratado de los Aires , Aguas y</i> <i>Lugares</i>		167
<i>De la dieta saludable</i>		235
<i>Del régimen en las enfermedades</i> <i>agudas</i>		246
<i>Reglas para el uso del vino , del</i> <i>aguado , del agua , del hidro-</i> <i>miel , del oximiel y de los ba-</i> <i>ños</i>		281
		y sig.
<i>De las calenturas y de las enferme-</i>		

<i>dades acompañadas de calen- tura</i>	297
<i>De la catalepsis</i>	301
<i>De la esquinancia</i>	304
<i>Observaciones sobre las calenturas</i>	307
<i>Pocion para la hidropesia</i>	342
<i>Para detener las hemorragias de la nariz</i>	<i>ibid.</i>
<i>Sutura para la trichosis</i>	343
<i>Para los que tienen supuraciones internas</i>	344
<i>Para la disenteria</i>	345
<i>Para los ojos</i>	<i>ibid.</i>
<i>Para la humedad de los ojos</i>	346
<i>Para los dolores de los ojos</i>	<i>ibid.</i>
<i>Para conocer la sufocacion de la matriz</i>	347
<i>Para la hidropesia</i>	<i>ibid.</i>
<i>Conclusion</i>	348

ERRATAS.

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
196	12	sano	seco
211	4	un	uno
216	16	las	los
218	11	desunidas	desnudas
220	18	las corpos	los corpos
224	1	atacados	atacado
227	3	lo	la
260	4	presenten	presentan
321	17	peligrosos	peligrosas
328	12	estiende	estienda